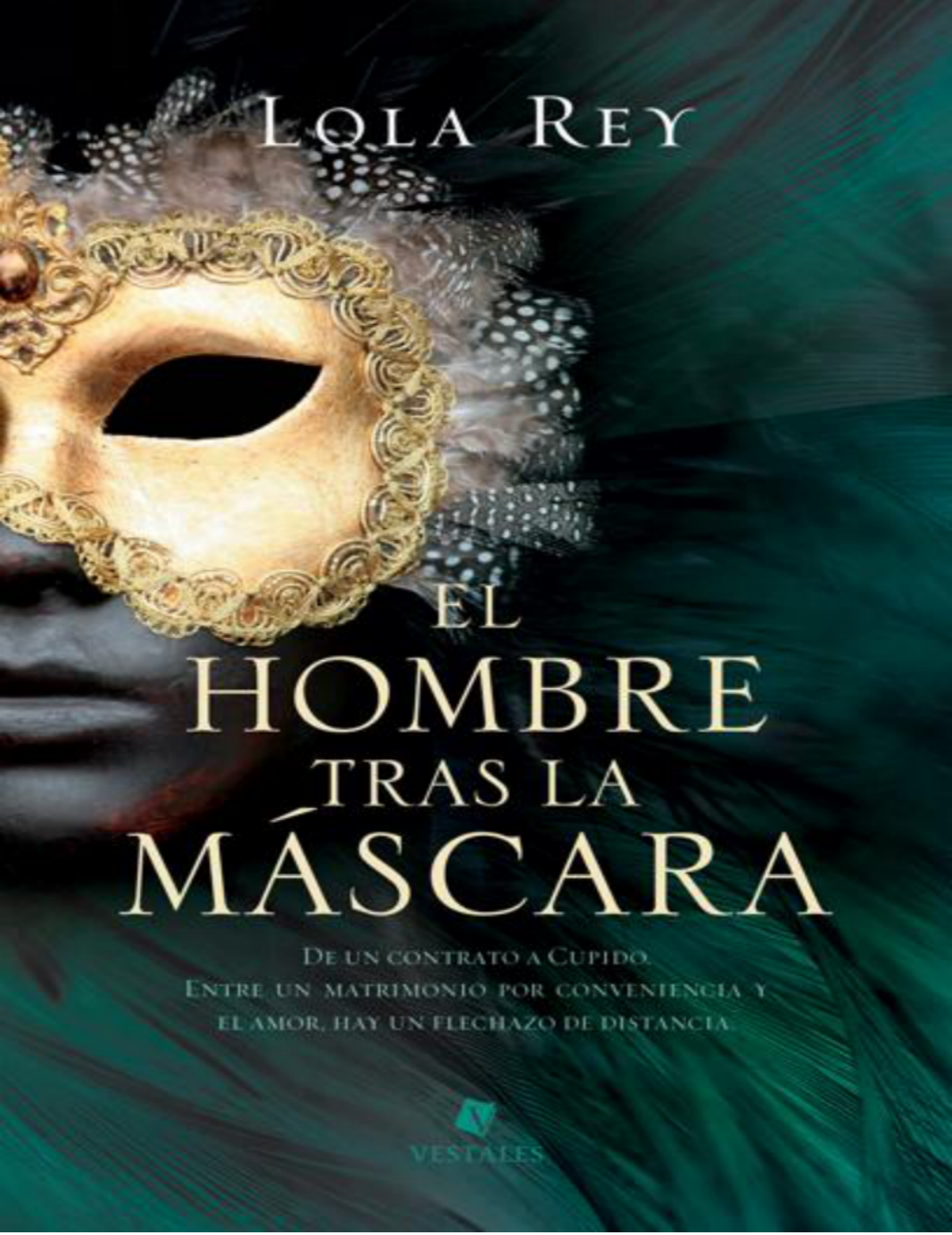
LOLA REY
EL HOMBRE TRAS LA MÁSCARA
DE UN CONTRATO A CUPIDO.
ENTRE UN MATRIMONIO POR CONVENIENCIA Y EL AMOR, HAY UN FLECHAZO DE DISTANCIA.
VESTALES

Rey, Lola
El hombre tras la máscara, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2023.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-47-0

1. Narrativa. 2. Novelas Románticas. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2023.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-47-0
Primera edición en libro electrónico (epub): Junio de 2023

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de mi padre, Rafael Rey Marmolejo;

él fue mi primer contador de historias

y el espejo en el que siempre me he mirado.

PRÓLOGO

Samuel Clyde, vizconde de Tottenham, alzó una ceja en un gesto de aristocrático desdén.

—¿Qué le hace pensar que me interesa lo que le suceda a lady Wells?

Lord Wartheid parpadeó desconcertado, pero se sobrepuso enseguida.

—Bueno, es de dominio público que ustedes estuvieron prometidos…

—Usted lo ha dicho: estuvimos.

—Aun así, creí que la noticia podría interesarle.

—Pues se equivocó.

Lo cortante de la respuesta debería haber advertido a lord Wartheid que era mejor dejar el tema en ese preciso momento, pero el hombre carecía del más elemental sentido del tacto, o quizá prefería ignorar la reticencia del conde y buscar una jugosa reacción que poder difundir entre sus amistades, así que continuó:

—Al parecer, ha contraído matrimonio con el antiguo secretario de su padre, un hombre sin título ni fortuna. Todo un escándalo.

—Bien, les deseo toda la felicidad del mundo. —El rostro de lord Tottenham permanecía impasible; entrecerró ligeramente los ojos, señal inequívoca de que algo lo disgustaba—. Como ya le he dicho, no me interesa lo que le suceda a la señorita Wells.

—¡Eso no es posible! Estoy seguro de que se siente agraviado por…

—Lord Wartheid, no pretenda usted saber cómo me siento.

La dureza de su voz provocó que algunas cabezas alrededor se volviesen a la vez que las conversaciones se iban atenuando. Samuel se levantó de forma tan repentina que lord Wartheid dio un traspié.

—Discúlpeme, pero he de irme.

Comenzó a caminar hacia el vestidor a recoger el sombrero y el abrigo, pero pareció pensarlo mejor y volvió sobre sus pasos.

—Mucha suerte con su hijo, lord Wartheid. Tengo entendido que debe enormes cantidades de dinero a gente no muy íntegra.

Sin hacer el menor caso al hombre que dejaba boqueando tras de sí, Samuel salió del White, el exclusivo club al que pertenecía por designación paterna, caminando con aplomo. Nadie que lo contemplase en ese momento podría imaginar que dentro de él burbujeaban la rabia y la humillación. Tan solo el gesto tenso de la mandíbula y el puño, que apretaba con tanta fuerza que los nudillos se le blanquearon, daban cuenta de lo afectado que se sentía. Habría dado cualquier cosa por que lo que acababa de decirle a lord Wartheid fuese verdad, pero lo cierto era que sí le importaba. Finalmente, lo había hecho: Emma se había casado con el arrogante secretario de lord Wells.

Una llamarada, amarga como la bilis, le subió hasta la garganta. ¿De qué le habían servido a él su fortuna, su impecable posición social y su aspecto privilegiado? La mujer a la que había amado con todas sus fuerzas, a la que imaginó como madre de sus hijos, lo había apartado a un lado como si él no fuese más que un sucio perro callejero. No le había importado nada rebajar su excelente posición como hija de un conde para casarse con un don nadie, un campesino irlandés con ínfulas, un bastardo insufrible que siempre había mirado a Emma con un brillo salvaje de posesión y a él, heredero de un conde, por encima del hombro.

Samuel había creído que ningún momento podía ser más doloroso que aquel, sucedido un año antes, cuando Emma, con esos hermosos ojos verdes anegados en lágrimas, le había dicho que no podía casarse con él. Sin embargo, se había equivocado.

Un puño, frío como un iceberg, le desgarraba las entrañas y le cubría el corazón. Samuel jadeó una, dos veces y se prometió a sí mismo que ese sería el último dolor que el amor le causaría. Arrancaría de su recuerdo a Emma –sabía que tarde o temprano lo lograría– y jamás permitiría que ninguna otra mujer tuviese semejante poder sobre él.

CAPÍTULO UNO

Cinco años después.

La hermosa mujer contemplaba el semblante sobrio de su hermano mientras compartían el opíparo desayuno. Pensaba en la mejor manera de abordar el asunto que la había llevado hasta la encantadora mansión familiar de Knightsbridge, uno de los mejores barrios de Londres, puesto de moda por el príncipe Alberto. Conocía lo suficiente a su hermano Samuel como para saber que iba a interpretar como una intolerable intromisión lo que tenía que decirle, pero sentía que, como hermana mayor, era su obligación hacerlo.

De pronto, Samuel levantó la vista del plato y la sorprendió mirándolo.

—O te fascina mi manera de comer los huevos escalfados, o estás pensando en cómo comenzar uno de tus sermones. Déjame ayudarte, no es demasiado difícil. —Exageró un tono de voz severo y exclamó—: ¡Samuel! He oído que otra vez bebiste más de la cuenta en la fiesta de ese depravado amigo tuyo.

Lady Kindersley alzó las cejas mientras esbozaba un gesto de reprobación.

—No seas mentecato.

—O quizá: ¡Samuel! Esa señorita es demasiado vulgar para que te pasees con ella por todo Londres.

—¡Haces que parezca una verdadera arpía! —En la voz de la joven, burbujeaba la risa.

—Llevas un rato mirándome con tanta intensidad que empiezo a sentirme como un exótico insecto.

La mujer inspiró aire con fuerza; no tenía más remedio que abordar el tema sin más dilación.

—Hace ya un año que murió nuestro padre, ¿no crees que ha llegado el momento de considerar seriamente el tomar una esposa?

Samuel endureció el gesto y continuó comiendo como si no la hubiese

oído.

—Por favor…

—Margaret, no tengo intención alguna de casarme.

Al oírlo, su hermana soltó el cuchillo con el que estaba untando la mermelada de albaricoque con un golpe seco que hizo tintinear el plato.

—¡Por el amor de Dios! ¡No digas sandeces! Un hombre de tu posición y con la responsabilidad de perpetuar el título no puede permitirse el lujo de escoger en estos asuntos. Acabas de cumplir treinta años.

—Hay más hombres en la familia —la interrumpió.

Lady Kindersley frunció los labios, contrariada; sabía que Samuel no iba a aceptar de buen grado su reclamo, pero no esperaba una resistencia tan pertinaz.

—Sabes que padre se revolvería en su tumba si dejaras que uno de nuestros despilfarradores primos pusiese las manos sobre su herencia. Por otro lado, yo solo tengo hijas, y ya sabes lo que dijo el doctor después del nacimiento de Olivia.

Samuel tuvo la deferencia de inclinar la cabeza con gesto contrito. El último parto de su hermana casi acabó con su vida. El doctor tuvo que arrancarle a la criatura del vientre, creyendo que no habría esperanzas para la pequeña, pero que aún podría haberlas para la madre. De manera milagrosa, según había declarado el médico, ambas se salvaron, pero por desgracia su hermana había quedado imposibilitada para tener más hijos.

—Después de tu inmejorable matrimonio con lord Kindersley, tu situación económica es excelente; lo que suceda con nuestro patrimonio no debe importarte tanto.

—No seas grosero.

La voz de la joven se endureció y él chascó la lengua con fastidio. Apartó el plato tras sentir que el apetito se le había esfumado y miró a su hermana a los ojos a la vez que rechinaba los dientes. Se recordó a sí mismo que Margaret solo hacía lo que llevaba haciendo toda la vida: cuidar de él como una gallina cuidaría de su polluelo.

—No siento ninguna inclinación hacia el matrimonio, no necesito una esposa para nada y, además, sería un marido horrible.

Con fastidio, apartó a un lado la servilleta que tenía sobre las rodillas y se levantó con el plato a medio terminar.

—Todo esto es por Emma, ¿verdad?

Samuel alzó los ojos al techo en un gesto de cansancio.

—Créeme, no puede afectarme menos esa mujer.

—Pero te importó lo suficiente como para pasar de ser un feliz prometido a renegar del matrimonio, y no solo eso… Han llegado a mis oídos maliciosos comentarios sobre tu afición por visitar determinados lugares en los que hay mujeres de dudosa reputación.

Samuel lanzó una áspera risotada carente de humor.

—¿Acaso creías que el rechazo de Emma me había convertido en un monje?

—Al menos, podrías ser discreto.

—¿Has venido aquí a fustigarme como si aún fuese un niño que lleva calzones cortos? Se le había endurecido la voz, y Margaret, al percibirlo, adoptó un tono conciliador.

—Sabes que tengo razón. Un hombre de tu posición necesita una esposa que le dé herederos. Por favor, considera buscar una mujer adecuada, alguien que…

—¡No pienso perder ni un segundo de mi tiempo en buscar esposa! —La exasperación era evidente—. ¿Quieres que contraiga matrimonio? Pues búscamela tú si quieres, dame un nombre, cortéjala tú por mí si te place y yo la desposaré.

Lady Kindersley se cubrió la boca con una mano a la vez que abría muchos los ojos.

—No hablas en serio.

—Nunca he dicho nada más en serio en mi vida.

—Pero no estamos en la Edad Media; no puedes tomar una esposa como quien compra una yegua.

Samuel estuvo a punto de decirle que, si supiese las negociaciones que se establecían entre las familias de los novios, comprendería que no estaban tan alejados de las costumbres medievales, pero se mordió la lengua. Alzó la

barbilla en un gesto de determinación y exclamó:

—¡Esas son mis condiciones!

Lady Kindersley apretó los labios y permaneció unos segundos en silencio, consternada por la respuesta de su hermano, preguntándose cómo era posible que el joven vivaz, alegre y extrovertido que era apenas unos años antes se hubiese transformado en ese hombre implacable e irrazonable que tenía delante.

Lo miró con detenimiento. Samuel era alto y se mantenía en buena forma gracias a la esgrima y al boxeo. Aunque más de una vez lo había emplazado a que dejara lo que ella consideraba una práctica tabernaria, su hermano parecía encontrar un perverso placer en probarse a sí mismo participando en algunos combates, no siempre entre caballeros, si tenía que hacer caso a las murmuraciones. Además de su buen aspecto general, era el conde de Tottenham y poseía un patrimonio más que saneado gracias a las extensas propiedades y cultivos asociados al condado, además de los negocios para los que había demostrado tener tan buen ojo que su propio esposo había considerado invertir en los mismos proyectos que su cuñado. A pesar de estas evidentes ventajas, sabía que conseguir una esposa sin un cortejo no solo sería absolutamente inadecuado y escandaloso, sino también muy difícil. Conocía lo suficiente a su hermano como para saber que acababa de lanzarle un desafío que creía que no podría cumplir, esperaba sin duda que abandonase la guerra antes de haber peleado siquiera la primera batalla. Pues bien, no le daría ese gusto.

Tarde o temprano Samuel tendría que modificar ese estado de cinismo en el que parecía haberse instalado. Por muy reacio que fuese a la idea del matrimonio, no era ningún patán. Ella estaba segura de que, en cualquier evento social, él se comportaría con el decoro y la educación que correspondía a su posición, y no sería tan grosero como para desairar a las jovencitas que ella pensaba presentarle. Sonrió; no sería fácil, pero tampoco imposible. Samuel siempre había sido terco, pero ella lo era más; siempre habían estado muy unidos y él la había idolatrado como su valerosa, intrépida y amorosa hermana mayor. Sabía que el cariño que los unía era una baza que, usada con inteligencia, jugaba a su favor.

—Escribiré a lord Kindersley para decirle que me quedaré una temporada aquí contigo.

Si Samuel se sorprendió, no dijo nada, se limitó a apretar los labios y murmuró:

—Está claro que no piensas desistir.

—Querido, soy tu hermana mayor. Sé qué es lo que te conviene.

—¡Margaret, por Dios! Ya no soy un niño.

—No, es evidente que no lo eres. —Lo miró de arriba abajo, entre apreciativa y burlona—. Pero te estás comportando como tal.

—¿De verdad piensas seguir adelante con esta idea delirante?

—¿Vas a tomar en serio tu obligación con el título?

Samuel la miró con el ceño fruncido mientras Margaret le mantenía la mirada sin amilanarse. Eran dos formidables contendientes que no estaban dispuestos a ceder ni un ápice su terreno.

—Eres injusta, Margaret; cualquiera podría pensar al oírte que me dedico a dilapidar la fortuna familiar en lugar de acrecentarla y que cada noche me tienen que traer a casa a rastras por culpa de la borrachera.

—Tus obligaciones con el título van más allá de mantener un comportamiento decente o acrecentar el patrimonio, Samuel. Necesitas un heredero, pero sobre todo necesitas dejar atrás el agravio y la ira que sientes por lo que sucedió con la señorita Wells.

Samuel inspiró aire con fuerza y entrecerró los ojos. Al ver su expresión hosca, Margaret pensó que se había excedido y se preparó para el estallido, pero él se limitó a apretar los puños a ambos lados del cuerpo y, antes de que ella pudiese añadir nada más, se retiró dando un portazo.

Samuel salió de su residencia sin rumbo fijo y, cuando llevaba diez minutos de caminata, se dio cuenta de que había olvidado el sombrero. Se mesó el cabello con frustración; estaba enfadado por la terquedad de su hermana. Conocía lo suficiente a Margaret como para saber que, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no paraba hasta salirse con la suya. Aún podía recordar cuando, a pesar del miedo que le daba el agua, ella se empeñó en que tenía que aprender a nadar. Nunca supo cómo consiguió burlar la vigilancia de la niñera, pero una soleada mañana de julio lo llevó al remanso del arroyo en la residencia campestre de su familia y, sin conmoverse por su llanto ni sus gritos, lo arrastró con ella al agua y no paró hasta que se sintió lo suficientemente seguro como para mantenerse solo. Unos pocos días después Samuel había perdido totalmente el miedo al agua.

Ahora había emprendido el proyecto de buscarle una esposa con la misma dedicación con la que Atila emprendió la conquista del mundo y, aunque Samuel sabía que nada ni nadie lo obligaría a casarse contra su voluntad, no era tan ingenuo como para no tener claro que se avecinaban

fastidiosas semanas de acoso e invasión de su privacidad. Siempre le había agradado recibir la visita de Margaret, esa vez, sin embargo, estaba deseando que se marchase. Se sentía cómodo con su vida tal y como era, lo último que le apetecía era tener a su hermana alrededor poniéndolo todo patas arriba.

* * *

Lynn trató de no encogerse bajo la mirada escrutadora y ligeramente despectiva de su tía.

—Lord Huxley es un partido formidable. —La expresión adusta de su tía se agudizó al observar el mohín de la joven—. Tus objeciones sobre su edad y su olor corporal no son más que bobadas propias de una niña frívola.

Lynn ahogó la protesta que le subía a la garganta. Los cuatro años que llevaba bajo la tutela de su tía le habían enseñado que no se avenía a razones y que encontraría alguna ladina manera de vengarse de cualquier actitud que considerase una oposición a sus órdenes.

—No sé qué pretendes conseguir sacando a colación las historias esas horribles que te complaces en escribir —continuó su tía.

—Creí que podría ser interesante comprobar si teníamos algo en común, como la afición a la lectura, por ejemplo.

—¡Alguien tan importante como lord Huxley solo lee publicaciones serias y de provecho, como *The Daily Telegraph*, no esas historias inverosímiles que escribes y que solo sirven para alimentar el fuego de las chimeneas!

Lynn tragó saliva y apretó los labios. Las palabras pugnaban por escapar a borbotones, como avispas furiosas atrapadas en un bote por un niño cruel. Desde pequeña había sido una lectora voraz y muy pronto comenzó a escribir pequeños cuentos divertidos y tiernos, que tenían a la gata Phoebe como protagonista, pero todo había cambiado para ella el día que una pequeña obra titulada *Frankenstein o el moderno Prometeo* cayó en sus manos. Su fascinación fue instantánea y el sufrimiento y brutalidad del ser creado por Mary Shelley dejaron una impronta duradera en su emotivo espíritu.

La dulce gatita Phoebe cayó en el olvido y fue sustituida por oscuros protagonistas atormentados, deformados, crueles o fantásticos, en historias llenas de horror, sufrimiento y misterio. Llevada tanto por el entusiasmo que

su afición le producía como por la necesidad de mostrar su trabajo a alguien, cometió el error de regalar a su tía las pasadas Navidades un ejemplar de su última historia que ella había llevado a encuadernar con sus exiguos ahorros.

Al día siguiente de recibir el regalo, su tía, con el semblante serio, la acusó de haberle provocado pesadillas, a pesar de no haber podido leer más allá del primer capítulo, según le contó ella misma. Aseguró que debía tener una mente perturbada, sin ninguna duda por culpa de los libros a los que su padre –ese hermano díscolo y descarriado al que nunca había entendido– le dejaba libre acceso.

Lynn se tragó la desilusión y la humillación, y nunca más había vuelto a hablar de las novelas que escribía, pero, por supuesto, no había renunciado a seguir escribiendo. Dar alas a su imaginación, adentrarse en los recovecos de las mentes torturadas y románticas de sus protagonistas, evadirse de la soledad que la rodeaba en la residencia de su tía y refugiarse en la creación de las historias que bullían en su mente era la única satisfacción que le quedaba tras la muerte de su padre.

—El próximo jueves lady Bradley nos ha invitado a una recepción musical. —La estridente voz de su tía la sacó de la abstracción—. Bien sabe Dios que no soporto esa exhibición constante que hace de su hija. —Con una fea mueca de desprecio, añadió—: Como si tocar el arpa fuese algo del otro mundo.

Lynn apretó los labios tratando de contener la risa. Que su tía, que no tenía el más mínimo talento musical ni de ningún tipo que ella supiera, despreciara así el talento ajeno era una muestra evidente de lo reducida y mezquina que era su visión del mundo.

—Por supuesto, iremos —aseguró—. La hija de lady Bradley fue presentada hace tres temporadas y, a pesar de su supuesto talento, aún no ha conseguido pescar marido. Sin duda, invitará a muchos jóvenes casaderos y de buena familia a ver si por fin logra que alguno se fije en su talentosa hija. —Con una risita maliciosa, añadió—: ¿Ves, niña, cómo el hecho de ser una presumida no gusta a nadie?

Lynn no respondió; de todas formas, a su tía no le agradaría la respuesta y ella había optado por callar siempre que hacía afirmaciones con las que no podía estar más en desacuerdo. Se consoló pensando que, si tenía tanto interés en exponerla a jóvenes casaderos, era porque había abandonado su idea inicial de unirla al horrible lord Huxley.

* * *

Margaret resoplaba disgustada mientras Dorothy, su doncella desde que era una niña, ponía los ojos en blanco. La doncella era como de la familia y, por eso, ella se permitía hablar en su presencia con total confianza y libertad.

—No conozco hombre más terco e insufrible que Samuel. Se ha negado en rotundo a acompañarme a la velada de lady Bradley. Está claro que piensa ponérmelo difícil, pero, si cree que voy a desistir de mi empeño, es que ese jovencito aún no me conoce.

—Señorita Margaret, quizá sería más prudente dejar a lord Tottenham elegir a su esposa cuando considere oportuno.

A pesar de que Margaret llevaba doce años casada, su doncella continuaba dirigiéndose a ella de la misma manera que lo hacía cuando era niña.

—¡No digas tonterías, Dorothy! No voy a consentir que mi hermano se convierta en un solterón excéntrico y libertino, además, no quiero ni pensar que le pudiese suceder algo, pero es su deber asegurar un heredero. —Un breve estremecimiento la recorrió—. Odiaría que el título y todo lo que lleva aparejado cayese en manos de alguno de mis horribles primos; mi padre se revolvería en su tumba.

—Señorita Margaret, tal y como usted misma acaba de decir, lord Tottenham es muy tozudo; tal vez, al ver su empeño, él se empecina justo en lo contrario.

Margaret se quedó pensativa durante unos segundos. Lo que Dorothy decía tenía mucho sentido y cuadraba bien con el carácter de Samuel.

—Creo que tienes razón, Dorothy. Cuanto más me esfuerce yo, más en guardia se pondrá él. No volveré a sacar el tema, haré que se confíe, pero, cuando llegue el momento, le recordaré los términos del acuerdo al que llegó conmigo. —Una sonrisita de suficiencia le hizo estirar los labios bien formados—. Mi hermano tiene la maravillosa virtud de valorar mucho la palabra dada.

CAPÍTULO DOS

Lynn comenzó a sentirse algo más animada al llegar a la residencia de lady Bradley. Le gustaba la música, ya que tenía la virtud de inflamar su creatividad y, aunque sabía que la intención de su tía era encontrarle un marido, se dijo que, mientras durase la interpretación de la señorita Bradley, no tendría que tolerar la soporífera charla de ninguno de los sujetos con los que la obligaría a tratar.

Su tía nunca le había preguntado su parecer respecto a los caballeros que le presentaba ni se había molestado en averiguar sus preferencias, aun así consideraba sus objeciones como caprichos absurdos. Lynn comenzaba a temer que más pronto que tarde se vería obligada a casarse con alguno de los horribles hombres que su tía le proponía. Entendía que estaba siendo una carga para ella y que, habiendo casado ya a sus propios hijos, tener que encargarse de su sobrina, hija de su difunto hermano al que apenas le había hablado en vida, fuese una tarea desagradable. El problema consistía en que, a pesar de las recriminaciones y la incomprensión que encontraba en casa de su tía, ella no sentía ninguna inclinación al matrimonio.

No era tan ingenua como para creer que esos estirados y aburridos caballeros verían con buenos ojos su afición por la escritura. Tal vez sería distinto si escribiese poemas o relatos infantiles; eso, en la buena sociedad, se admitía con cierta condescendencia, pero en sus historias los hombres y las mujeres cometían actos horribles llevados por la venganza o el dolor y era habitual la aparición de seres monstruosos y malvados. Su tía le había advertido que no debía hablar de eso jamás.

—Creerán que tu cabeza no funciona bien y no se arriesgarán a casarse contigo —le había dicho.

Cuando llegaron a la residencia de lady Bradley, la anfitriona les dio la bienvenida.

—Lady Bradley, no se imagina la emoción que siento por tener la oportunidad de oír a su virtuosa hija, ¿no es cierto, Lynn querida?

La joven ya no se sorprendía por la hipocresía de la que su tía hacía gala, así que se limitó a asentir con una agradable sonrisa. Le gustaban lady Bradley y su hija, y había asistido con la esperanza de disfrutar esa velada más que las tediosas reuniones para tomar el té a las que su tía solía arrastrarla.

—Por favor, pasen a la sala de música. En breve estaré con ustedes y les presentaré a los invitados que aún no conozcan.

—Será un placer, lady Bradley.

Del brazo, como si necesitase apoyo para caminar, su tía la condujo hacia la amplia sala donde se estaban congregando los invitados conforme llegaban. En el centro, un arpa solitaria parecía aguardar a que todos los presentes cesaran el murmullo de las conversaciones. Sin dejar de tirar de ella, su tía oteó a su alrededor como un *pointer* que sigue la pista de una liebre.

—Estupendo, veo que lord Huxley ha asistido, quizá haya decidido no tomar en cuenta tu absurda conversación sobre esas historias extrañas que escribes… ¡Oh, mira! El señor Sparke… —Bajó la voz ligeramente para añadir—: Es un caballero muy distinguido, ¿no te parece?

Lynn se limitó a asentir mientras pensaba que el caballero en cuestión parecía un asno engreído, ya que hablaba con ademanes excesivos con los que parecía querer culturizar a su encandilada audiencia, compuesta principalmente por jóvenes casaderas como ella misma.

—¡Desde luego, Lynn! Menos mal que Dios nuestro señor, en su infinita sabiduría, tuvo a bien dotarte de belleza. Tu falta de entusiasmo y tu indiferencia no animan precisamente a los caballeros.

"Bien", pensó ella.

En ese momento lady Bradley, acompañada por su hija, irrumpió en el salón y los murmullos se fueron acallando a la vez que los presentes tomaban asiento. Lynn reprimió un suspiro de alivio; la inminencia del recital le evitaba tener que seguir escuchando la conversación repetitiva de su tía.

—Buenas tardes a todos y gracias por venir. —Lady Bradley poseía un rostro y una voz agradables y, a pesar de que habló utilizando un tono de voz moderado, los restos de murmullos se apagaron—. Mi hija, la señorita Bradley, estará encantada de ofrecerles este recital, que espero sea de su agrado.

La joven hizo una graciosa reverencia y se sentó en el taburete, luego inclinó el arpa hasta que esta descansó ligeramente sobre su hombro. Lynn la contemplaba embelesada; la señorita Bradley, con su figura rechoncha y su rostro de rasgos vulgares, no podía considerarse una joven agraciada, pero las finas manos y la dulzura del trato hacían de ella una persona francamente agradable. Cuando la delicada música del arpa comenzó a sonar, Lynn dejó de pensar y se sumergió totalmente en el embrujo de la melodía.

* * *

Lady Kindersley aprovechó la quietud impuesta por el comienzo del recital para estudiar a las jóvenes que la rodeaban. Era fácil distinguir a las debutantes, pues todas vestían con colores claros y ninguna iba sola. La velada musical de lady Bradley había atraído a multitud de jóvenes casaderas y caballeros deseosos de encontrar una dama adecuada a la que desposar, lo común en esos eventos.

Mirando con disimulo, Margaret sintió cómo el desaliento se apoderaba de ella. Ninguna de esas muchachas despertaría el interés de Samuel; él no se dejaría encandilar por ninguna de esas damas tan insulsas y convencionales, ni siquiera se impresionaría por la belleza de lady Stanhope, la sensación de esa temporada. Emma Wells, la antigua prometida de su hermano, había sido una joven bonita e inteligente, además de sencilla y natural. En ella se daban múltiples cualidades que no sería fácil encontrar en otra mujer. Samuel había estado totalmente encandilado con ella, pero ya habían pasado seis años desde la ruptura del compromiso; la negativa a contraer matrimonio no tenía ningún sentido. Su mirada paseaba por la sala, sin prestar apenas atención a la envolvente música que interpretaba la señorita Bradley. De repente, detuvo la vista en una joven a la que no había notado hasta entonces.

—Dorothy, ¿quién es esa joven de ahí?

Su doncella, además de ser su confidente y acompañante, era la mejor fuente de información que podía desear. No había nada que los sirvientes no supieran, pues entre ellos compartían todas las vicisitudes de los señores a los que servían.

—¿La del pelo negro?

—Sí, esa.

—Es la sobrina de la lady Hardesly, hija de su difunto hermano, que era baronet.

—Nunca la había visto antes…

—Es el primer año que debuta.

Margaret continuó observando a la joven a hurtadillas mientras duró el recital. Era hermosa, de una manera diferente a lady Stanhope, aun así, muy

agradable a la vista con el pelo negro como el ala de un cuervo y la piel blanca. No era el físico lo que había despertado su interés; la joven parecía ser la única que disfrutaba con sinceridad del recital de arpa. Permanecía ligeramente inclinada hacia delante en el asiento, en una postura atenta, muy distinta a la manera de sentarse del resto de damas presentes, todas bien erguidas y con las manos situadas con recato sobre la falda. Su mirada no perdía detalle del movimiento de la señorita Bradley sobre las cuerdas del arpa y, con los labios ligeramente entreabiertos, daba la sensación de que ella estaba escuchando algo diferente de lo que oían todos los demás.

Cada vez que la señorita Bradley finalizaba una pieza, Lynn aplaudía con entusiasmo y, cuando el recital acabó, tuvo que disimular un gesto de contrariedad, ya que sabía que no se limitarían a despedirse educadamente y marcharse. Antes de que los aplausos finalizasen, su tía la condujo, con la misma decisión con la que Napoleón llevó a sus tropas a la batalla de Austerlitz, en la dirección en la que lord Huxley se servía en un plato distintas exquisiteces del bufé.

—Lord Huxley. —Con voz afectada lady Hardesly saludó al hombre—. ¡Qué agradable sorpresa encontrarlo aquí! ¿Se acuerda de mi sobrina?

—Sí, por supuesto. Señorita Ross. —Lord Huxley se inclinó levemente y ella correspondió a su saludo—. ¿Les apetece tomar algo?

El hombre echó un rápido vistazo a la joven que tenía delante. Hacía ya un año que había enviudado y su difunta esposa solo le había dado hijas. La señorita Ross, si bien algo excéntrica, parecía gozar de una salud excelente y, además, era lo suficientemente agradable a la vista como para animarlo a visitarla en su alcoba. Sabía que lady Hardesly no solo aprobaría ese compromiso, sino que lo fomentaba, y ese era otro punto a favor de la señorita Ross, pues no deseaba perder el tiempo cortejando a una jovenzuela recién salida del cascarón. Con este pensamiento en la mente, dedicó una amplia sonrisa a la joven.

—¿Le ha gustado el recital, señorita Ross?

—Lo he disfrutado muchísimo, milord. La música me transporta y me hace imaginar… —Un tirón de su tía hizo que guardara silencio.

—A mi sobrina le gusta la música, milord, es una afición de lo más culta y aceptable, ¿no le parece?

—Por supuesto, claro que sí, no todo el mundo tiene el don de saber apreciarla.

—Y dígame, milord, ¿va a pasar toda la temporada en Londres?

—No es esa mi intención, lady Hardesly. Esta ciudad me parece demasiado ruidosa y sucia, y estoy deseando volver a mi residencia del campo en cuanto… —Carraspeó—. Resuelva los asuntos que me han traído hasta aquí.

Aunque tuvo la delicadeza de no decirlo, tanto Lynn como su tía sabían que el asunto que había llevado a lord Huxley a la ciudad no era otro que el encontrar una esposa.

—Estoy segura de que sus asuntos se resolverán más pronto que tarde —aseguró lady Hardesly sonriendo.

Lynn tuvo que evitar poner los ojos en blanco ante la falta de sutileza de su tía, que había remarcado su afirmación con un alzamiento de cejas muy significativo. Se sentía como un ternero examinado en una feria de ganado, sin ninguna capacidad para decidir sobre su destino.

La posibilidad de contraer matrimonio y escapar a la tutela asfixiante de su tía no le desagradaba, pero no podía considerar seriamente a lord Huxley como un candidato. Aunque desconocía los detalles de la cuestión, no era tan inocente como para ignorar lo que sucedía entre los esposos en la intimidad de la alcoba y el simple hecho de pensar en compartir un espacio tan reducido como una cama con lord Huxley le provocaba estremecimientos de repulsión. Sin embargo, sabía que poco podría hacer si el caballero mostraba interés y su tía se empeñaba en ese compromiso. Había llegado a amenazarla con echarla del hogar si persistía en su actitud.

—¡Ingrata! —le había dicho fuera de sí—. ¡Te acogí cuando quedaste huérfana y así me lo pagas! ¿Qué pretendes? ¿Que te mantengamos toda la vida mientras tú holgazaneas escribiendo esas historias horribles?

Lynn había hecho lo mismo que siempre: apretar los dientes y aguantar. A pesar del trato despectivo e indiferente, si no hubiera sido por su tía, se habría visto en una situación desesperada tras la muerte de su padre y, aunque a veces se sentía a punto de explotar como uno de esos fuegos de artificio que una vez había contemplado en los jardines Kensington, sentía que lo menos que le debía era controlar su temperamento. Luego, a solas en su habitación, podía dar rienda suelta a esos sentimientos de agravio a través de las historias que se complacía en crear y que lograban transportarla lejos de la monótona vida que su tía pretendía para ella.

—Sí, eso espero yo también, lady Hardesly.

La inequívoca mirada que el hombre cruzó con lady Hardesly hizo que Lynn tuviese ganas de huir de allí. Por fortuna, en ese momento lady Bradley se acercaba al grupo que formaban, acompañada de una hermosa dama rubia

de aspecto distinguido.

—Lady Hardesly, señorita Ross, lord Huxley, permítanme presentarles a lady Kindersley.

* * *

Ransom Thorton, hijo menor del conde de Greyland, realizó una finta para esquivar la acometida de su contrincante, que, con un movimiento en flecha, le apuntaba hacia el pecho. Bajando el florete, alzó la máscara y dejó al descubierto un atractivo rostro de marcados rasgos masculinos en el que se destacaban los ojos, ligeramente rasgados.

—¡Tranquilo, Clyde! Si no hubiera llegado a esquivar esa acometida, me habrías atravesado como un espetón atraviesa un conejo.

—Disculpa, Thorton. Estaba distraído.

Samuel se deshizo de la máscara y se limpió el sudor que le resbalaba por el rostro. Ransom lanzó un silbido.

—¿Debo sentirme aliviado de oír eso? Si distraído casi me ensartas, no quiero imaginarme qué habría sucedido de estar con todos tus sentidos atentos en el combate.

Sin responder, Samuel se despojó de la casaca. El pecho amplio y de músculos marcados brillaba a causa del sudor.

—¿Algo te preocupa?

Samuel apretó los dientes con cierto fastidio. Conocía a Ransom desde que ambos estudiaban en Oxford y su relación se había estrechado durante el viaje que habían emprendido juntos al continente. Al recordarlo, no pudo evitar que una sonrisa se le dibujara en los labios; era un ingenuo si pensaba que podía ocultarle su estado de ánimo a Ransom. Se conocían todo lo que dos personas que no viven juntas pueden llegar a conocerse.

—Margaret ha venido de visita.

Al ver que Samuel se detenía como si eso lo explicara todo, Ransom se alarmó.

—¿Le ocurre algo? ¿Ha tenido algún problema con Kindersley?

—¡Claro que no! ¡No seas absurdo! Ese hombre sería capaz de andar tras mi hermana a cuatro patas si ella se lo pidiese.

—Pues entonces explícame qué relación tiene que tu hermana haya llegado de visita con tu gesto ceñudo.

—Yo no tengo gesto ceñudo.

Ransom se limitó a alzar las cejas a la vez que se cruzaba de brazos y Samuel comprendió que no iba a dejar el tema hasta que no lograra sonsacarle lo que le pasaba por la mente.

—Margaret ha venido con un propósito muy concreto: está decidida a que contraiga matrimonio.

—¡Vaya! ¡No sé cómo ha podido pensar en algo tan absurdo! Que un conde soltero, con la obligación de proporcionar un heredero para el título, tenga que casarse constituye una tremenda insensatez.

—Te parecerá muy divertido, pero no te veo a ti muy ansioso por colocarte semejante yugo al cuello.

—Afortunadamente, mi apreciado hermano mayor ha tenido la deferencia de procrear en seis ocasiones; sus cuatro robustos vástagos me liberan del deber de reproducirme como un buey, pero ese, lamento recordarte, no es tu caso.

Samuel se mesó el cabello y lo dejó, luego miró a su amigo con impotencia.

—¿Acaso crees que no sé que lo que dices es cierto? Pero no quiero contraer matrimonio aún y, además, me horroriza la idea de que Margaret se haya propuesto conseguir que me comprometa. No sabes cómo es cuando se propone algo… puede convertir mi vida en un infierno.

—Por lo que dices, todo se resume a un problema doméstico entre tu hermana y tú. Quizá estás exagerando…

Samuel no añadió nada más, porque se negaba a admitir ante su amigo que su hermana tenía razón en algo: el abandono de su prometida lo había transformado. Samuel había confiado plenamente en Emma, seguro de sus promesas más allá de cualquier duda, y ella lo había traicionado. Sabía que no podía confiar en ninguna otra mujer. Su reticencia no parecía razonable si no explicaba el verdadero daño que el abandono de Emma le había causado, pero prefería que le arrancasen la piel a tiras antes de hablar de algo así con nadie.

CAPÍTULO TRES

Lynn escribía tan enfrascada en la historia que parecía que lo hiciese al dictado, ajena a los ruidos de la calle y a las instrucciones que, a voz en grito, su tía daba a las criadas. Se sentía afortunada por tener semejante capacidad de abstraerse; sabía que, de haber necesitado mayor concentración para crear, no habría sido capaz de escribir en esa casa ni una simple carta de agradecimiento. Hacía dos días que habían asistido a la recepción musical de lady Bradley y desde entonces su tía se había mostrado de un humor exultante. Según le había dicho, parecía evidente que, a pesar de su desafortunada charla sobre libros, lord Huxley continuaba interesado en ella.

—Verás cómo dentro de poco vendrá a pedirle permiso a sir Hardesly para cortejarte.

Ella había tratado de ganar tiempo, alegando que no había tenido oportunidad de conocer a otros posibles pretendientes, pero su tía había desechado esas objeciones mostrándose escandalizada por su falta de perspicacia.

—¿En serio crees que, siendo hija de un simple baronet y con tu exigua dote, puedes aspirar a algo más que a un barón? Además, si te ve coqueteando con otros caballeros, puede creer que no estás interesada y volver su afecto a otra debutante.

—¡Es que no estoy interesada! —A pesar de saber que contradecirla no le traería más que problemas, Lynn no había podido contenerse.

Un golpeteo en la puerta la sacó del ensimismamiento. Sin esperar que diese su permiso, Patsy, una de las criadas, abrió la puerta.

—Señorita Ross, lady Hardesly desea que baje inmediatamente. Está en la sala dorada.

Reprimiendo un suspiro de fastidio, tapó la pluma estilográfica con la que escribía. Esa pluma de nogal con depósito de tinta constituía su posesión más preciada, ya que se la había regalado su padre cuando cumplió catorce años. Por aquel entonces, ella escribía pequeñas y divertidas historias de la gatita Phoebe.

La posibilidad de que lord Huxley hubiese acudido a visitarla hizo que Lynn lanzase una mirada espantada a la doncella.

—¿Acaso tenemos visita, Patsy?

—No que yo sepa, señorita.

Lynn se relajó al oír la respuesta. Patsy, al igual que el resto de sirvientes, conocía todo lo que sucedía en la casa; la visita de lord Huxley no le habría pasado desapercibida. Mientras bajaba las escaleras que llevaban a la primera planta, meditaba que, aunque en esa ocasión la llamada de su tía no obedeciera a la visita del noble, más pronto que tarde tendría que enfrentarse al hecho de que él decidiese cortejarla. Lynn no sobrevaloraba sus encantos, pero había comprendido perfectamente el doble sentido de la conversación que lord Huxley y su tía habían mantenido en el recital ofrecido por la señora y la señorita Bradley. Si el hombre quería volver cuanto antes a su residencia en el campo, valoraría mucho el interés de lady Hardesly, a la que solo le faltaba servirla en una bandeja a la hora del té.

Lynn había fantaseado en multitud de ocasiones con negarse rotundamente y escapar de la casa, pero ¿a dónde iría? ¿De qué viviría? Nunca había valorado el pertenecer a la buena sociedad, así que la condena de las matronas no le preocupaba especialmente, pero no era tan ingenua como para ignorar que una mujer sola, sin recursos ni referencias, no podía sobrevivir dignamente. A pesar del rechazo que experimentaba ante la idea de casarse con lord Huxley, no tenía alma de mártir.

Cuando llegó a la sala dorada, su tía la esperaba sonriente; la evidente buena disposición de la mujer hizo que Lynn se tensara: nada que alegrase a su tía podría ser una buena noticia para ella.

—Querida, ¿sabes qué es esto?

Lynn miró con recelo la tarjeta que sostenía la mujer en la mano y negó con la cabeza.

—¡Es una invitación de lady Kindersley para tomar el té mañana en la residencia de su hermano!

Ante la falta de reacción de la joven, lady Hardesly lanzó un resoplido de fastidio.

—Lady Kindersley está casada con un conde y es hermana de otro; supone un honor que nos invite a su residencia y tu prestigio crecerá ante otros posibles pretendientes.

—Eso es fantástico —respondió ella con sinceridad. Había temido que la invitación proviniese de lord Huxley y el hecho de que su tía hablase de pretendientes en plural le hizo comprender que aún no había nada decidido.

—Espero que no se te ocurra hablar lo más mínimo de esas historias que escribes.

—No te preocupes, tía.

Aunque Lynn se repetía a sí misma que la opinión de su tía no le importaba, le dolían los comentarios despectivos y sarcásticos. Cuando le regaló su novela, deseaba de corazón que a ella le gustara, así que se había sentido muy humillada al comprender que no había sido así.

—Está bien; puedes irte.

Cuando llegó a su habitación, Lynn suspiró aliviada y se sentó junto a la ventana desde la que veía el trasiego de gente y carros. Aunque la residencia de sir Hardesly era amplia y confortable, Lynn solo se sentía libre entre las cuatro paredes que formaban su habitación, lejos del evidente fastidio que para su tía suponía encargarse de ella y de la absoluta indiferencia que su tío le manifestaba. Allí podía ser simplemente ella, sin preocuparse de sentarse erguida, de mantener las manos recatadamente sobre el regazo o de asentir "encantada" ante los absurdos comentarios de aburridos caballeros como lord Huxley. En la habitación, podía dedicarse a lo que más le gustaba: escribir, podía rememorar con añoranza lo mucho que le gustaba hablar con su padre, su inmensa admiración por él, un hombre sencillo, sin pretensiones, pero con esa sabiduría que da la experiencia de la vida, que sentía una profunda empatía por todos los seres vivos. Recordaba sus ojos grises y un sentimiento agridulce de alegría y añoranza la inundaba. Allí, en la soledad de su habitación, volvía a reencontrarse con su padre fallecido a través de los recuerdos. Su tía Helen había sido la hermana mayor de su padre, pero jamás lo había comprendido y su relación en vida había sido casi inexistente. Lynn no podía entender cómo dos personas que se habían criado juntas podían ser tan diferentes entre sí.

A su madre no la recordaba; había muerto cuando ella tenía dos años. Según le contaba su padre, compartía con ella la piel blanca y suave, y el cabello negro, así como la curiosidad por todo lo que la rodeaba. Añoraba esos días en los que era libre de actuar y decir lo que verdaderamente sentía; cuando se encontraba con sus tíos o con otros miembros de la sociedad, sentía que una parte de ella permanecía prisionera de las interminables normas y la actitud estereotipada que la sociedad establecía para las jóvenes damas.

* * *

Lynn miraba con admiración por la ventanilla del coche de alquiler que las llevaba a la residencia del conde de Tottenham, situada en Knightsbridge, una exclusiva zona de Londres de anchas avenidas y repleta de señoriales mansiones. Aunque el tránsito era abundante y, al igual que en zonas menos distinguidas de la ciudad, había numerosos vendedores callejeros pregonando su mercancía, se respiraba la clase y elegancia de sus habitantes en la mayor limpieza de las calles y la profusión de damas y caballeros elegantes caminando, seguidos por doncellas y lacayos casi tan altivos como sus señores.

Su tía apenas había podido contener la emoción durante todo el viaje y elucubraba los motivos que habrían llevado a lady Kindersley a invitarlas a tomar el té.

—Aunque pasa la mayor parte del año en su residencia de Dorset, donde, según me han dicho, tiene una magnífica mansión, suele venir un par de veces al año a visitar a su hermano. Al parecer están muy unidos.

Su voz se había teñido de cierto desdén. Lynn apretó los labios al detectarlo; desde luego lady Hardesly no podía entender una relación fraternal de ese tipo, no cuando siempre había despreciado a su propio hermano por sus ideas románticas y su pasión por el estudio. Jamás había aceptado que su único hermano no gustase más de las actividades propias de los caballeros y se empeñase en ponerlos a todos en evidencia, según sostenía, con las escandalosas conferencias reformistas que solía dar. Lynn no podía concebir que cualquier persona que hubiese conocido a su padre no sintiera algo menos que admiración por él.

Aún recordaba cuán devastada se había sentido la primera vez que atravesó el umbral de la residencia de su tía y comprendió que la vida que había llevado hasta ese momento se había terminado para siempre. Mentiría si dijera que la habían maltratado o que había pasado calamidades; su tía era una mujer obtusa, maledicente y prejuiciosa, pero no era cruel. Su esposo, sir Hardesly –que apenas parecía reparar en su presencia– era un hombre tranquilo y bonachón que pasaba gran parte del día encerrado en su estudio. Lynn tenía dos primas y un primo, que había heredado la residencia en la que hasta ese entonces había vivido con su padre; a ellos apenas los veía porque ya se habían casado cuando ella fue a vivir a la residencia de los Hardesly.

—Lord Tottenham, el conde, es un hombre muy atractivo —continuó su tía—. Todas las debutantes sueñan con pescarlo, pero hasta ahora nunca ha mostrado interés en comprometerse de nuevo.

Lo que acababa de decir despertó el interés de Lynn.

—¿De nuevo? ¿Ha estado prometido?

Esperó la respuesta inclinada un poco hacia delante, mientras dejaba su imaginación volar. Quizá la prometida del conde había muerto en extrañas circunstancias poco antes de la boda y él vivía atormentado por el recuerdo de su amada… Eso constituiría una base interesante para alguna de sus historias. Su tía bajó la voz, como si se encontrasen en medio de todas las matronas de Londres en lugar de en el interior de un carruaje cerrado.

—Sí, con la hija de lord Wells, una joven peculiar y extraña.

—¿Y qué sucedió?

—¡Oh, un completo escándalo! Ella rompió el compromiso y un año después se casó con el secretario de su padre.

—¿Su secretario?

—Un irlandés sin fortuna ni posición. —Movió la cabeza de un lado a otro—. Esa joven no debía andar muy bien de la cabeza o su padre la consentía demasiado. Siempre he dicho que no es bueno que los padres críen solos a las hijas; las vuelve rebeldes y extravagantes.

Lynn alzó los ojos al cielo preguntándose cómo era posible que cualquier conversación que mantuvieran siempre desembocara en una crítica velada hacia su padre.

—¿Lord Tottenham la amaba?

—¿Cómo quieres que yo sepa algo así? —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Lo que está claro es que no se quedó llorando por las esquinas. Dicen que es un mujeriego y que ha dejado tras de sí más corazones rotos que estrellas hay en el firmamento.

—Entonces, tal vez su prometida hizo bien en romper el compromiso…

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? ¿Romper el compromiso con un conde para casarse con un don nadie? ¿Quién en su sano juicio haría algo así?

Lynn renunció a tratar de razonar con su tía sobre el verdadero amor y la importancia de seguir los dictados del corazón porque se burlaría de ella y le echaría en cara que no sabía nada de la vida. Y Lynn tendría que guardar silencio porque, por más que a través de sus lecturas hubiese llegado a intuir la fuerza de la pasión, nunca había experimentado nada semejante y jamás lo haría si se veía obligada a casarse con lord Huxley, pensó con tristeza.

El coche se detuvo ante una hermosa residencia señorial rodeada por una cancela de reja y con una pequeña escalinata de entrada que desembocaba en un recibidor exterior flanqueado por columnas. La fachada, de ladrillo visto y piedra, estaba pintada de blanco en la parte inferior y color crema en la superior. En la planta de arriba, se observaba una terraza que ocupaba todo el frontal con una baranda de hierro forjado y grandes ventanales enmarcados por molduras de yeso.

Lynn bajó del carruaje y ayudó a su tía a descender, luego ambas se encaminaron hacia la entrada de la residencia. Les abrió un mayordomo no demasiado alto pero delgado y de rasgos elegantes, vestido con una impecable levita verde botella, chaleco de brocado y pantalones hasta media pantorrilla de color *beige*.

—Por favor, pasen —indicó cuando lady Hardesly le mostró la tarjeta de invitación—. Lady Kindersley las está esperando en la salita.

Siguieron al mayordomo hasta la salita, una estancia mayor que el comedor de la residencia de sir Hardesly, decorada en suaves tonos crema y azules. Todo en la estancia proclamaba buen gusto y excelente posición económica; aunque la residencia de su tía era confortable, no podía compararse a lo que veía allí.

—¡Lady Hardesly! ¡Señorita Ross! —Lady Kindersley las recibió como si fuesen unas queridas amigas en lugar de dos extrañas con las que apenas había cruzado unas pocas palabras en el recital de lady Bradley—. Muchas gracias por venir.

—Gracias a usted, lady Kindersley, ha sido muy amable al invitarnos.

—Por favor, siéntense.

A pesar de que todo aquello le resultaba extraño, Lynn sintió una simpatía instantánea por lady Kindersley. Se trataba de una mujer de unos treinta y cinco años, alta y atractiva. De cabello rubio, recogido en la nuca con una redecilla, estaba algo entrada en carnes, pero su figura era armoniosa y proporcionada, y tenía unos enormes ojos azules que brillaban con calidez.

—Dorothy, por favor, avisa para que nos traigan el té.

La silenciosa doncella, en la que Lynn no había reparado antes, se levantó y salió de la estancia. En ese momento, su tía comenzó a parlotear.

—Déjeme decirle, lady Kindersley, que la residencia del conde es magnífica.

—Así es, aunque no gracias a su buen gusto. Yo lo ayudé a redecorarla tras el fallecimiento de nuestro padre.

—Sin duda, el conde es muy afortunado por contar con usted —comentó Lynn sin percatarse de la mirada furiosa que le lanzó su tía; en cambio, Lady Kindersley lanzó una alegre carcajada.

—Me temo, querida, que mi hermano no siempre ve las cosas como usted.

Al ver que el comentario de Lynn había sido acogido con regocijo, lady Hardesly se subió al carro.

—¿Cómo iba a ser de otro modo? Su buen gusto es evidente.

Lady Kindersley agachó levemente la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Como todo hermano menor, se queja de que a veces me inmiscuyo en sus asuntos. —Hizo un gesto con la mano, tratando de quitarle importancia al comentario—. Es un tópico, imagino.

En ese momento, entró la doncella de la condesa con una bandeja y sirvió de manera eficiente el té, después de preguntarles sus preferencias. Junto a la hermosa tetera de cerámica, había un plato con unos pastelitos que despedían un delicioso aroma a albaricoque. Sin poder contenerse, Lynn alargó la mano y tomó uno.

—¡Lynn!

Su tía la miró escandalizada y entonces ella recordó que, hasta que la señora de la casa no comenzase a servirse, no debería hacerlo ella. Al ver que la joven se disponía a soltar el dulce, lady Kindersley intervino:

—No, por favor, tómelo. —Ella eligió otro—. La cocinera se esmera muchísimo en la preparación de sus platos, así que seguro que le agrada saber que usted quiso probar sus pastelillos enseguida.

Lynn lanzó una amplia sonrisa de agradecimiento a la mujer y probó el dulce, cerró brevemente los ojos al saborearlo.

—Es simplemente delicioso, se deshace en la boca.

Lady Kindersley sonrió y dio un pequeño mordisco al pastelillo asintiendo con entusiasmo a las palabras de Lynn. Lady Hardesly continuaba con el ceño fruncido aunque, al ver que las extravagancias de Lynn parecían

divertir a la condesa, se fue relajando poco a poco.

—¿Les gusta la música?

—¡Oh, por supuesto, milady! —Se apresuró a responder lady Hardesly —. Disfruté mucho con el recital de la señorita Bradley; tiene un talento prodigioso.

Lynn tuvo que hacer un gran esfuerzo para no atragantarse con un sorbo de té al oírla. Ya debía estar acostumbrada a sus mentiras y exageraciones, pero seguía sorprendiéndola esa enorme capacidad para decir exactamente lo contrario de lo que pensaba sin sonrojarse.

—Y usted, señorita Ross, ¿disfrutó también?

—Muchísimo. El sonido del arpa es muy evocador y la señorita Bradley tiene el don de transportar a quien la oye.

—¿Qué evoca en usted exactamente el sonido del arpa?

Lynn ignoró la mirada de advertencia de su tía. Tras sopesar durante unos segundos la pregunta de lady Kindersley, respondió:

—Me hace sentir que el mundo contiene mucho más de lo que puedo observar a simple vista, más belleza, más armonía, más magia…

—Disculpe a mi sobrina, es…

—No creo que tenga nada que disculpar, lady Hardesly —la interrumpió la condesa—. Su sobrina me parece absolutamente encantadora.

Horrorizada, Lynn sintió que la garganta le escocía. Sentía tal agradecimiento que tuvo que reprimir el impulso de levantarse y besar las manos de la condesa. Acababa de caer en la cuenta de que era la primera vez que recibía un elogio en cuatro años.

—He pensado que tal vez les gustaría visitar la residencia.

—Por supuesto, será un placer. —Lady Hardesly pareció esponjarse de satisfacción.

—Dorothy la acompañará, espero que no le importe, tengo un pequeño pinzamiento y me cuesta subir y bajar escaleras. Tal vez la señorita Ross sea tan amable de quedarse a hacerme compañía mientras usted recorre las estancias.

Una vez que Dorothy y lady Hardesly salieron, la condesa se dirigió a

Lynn con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—Bien, señorita Ross, me alegra mucho que haya accedido a quedarse conmigo.

CAPÍTULO CUATRO

Margaret –lady Kindersley– encontró a la señorita Ross increíblemente refrescante, sobre todo si la comparaba con otras insulsas debutantes a las que había tratado en las dos semanas que llevaba en Londres. Había improvisado una excusa para quedarse a solas con ella, ya que se había dado cuenta de que lady Hardesly vigilaba a su sobrina como un búho que espera atrapar a un ratón, y la joven parecía preocupada por decir o hacer algo que pudiera molestar a la tía. Y a pesar de esto, se había mostrado como una jovencita fascinante.

Una vez a solas, Margaret le preguntó sin ambages sobre las circunstancias que la habían llevado a depender de la protección de la tía y, cuando la joven le habló de la muerte de su padre, ella comprobó que aún sentía una enorme pena.

—Imagino que fue un alivio que su tía estuviese dispuesta a hacerse cargo de usted.

—Sí, por supuesto. Yo solo tenía quince años y, aunque me sentía capacitada para desenvolverme sola, mi tía me hizo ver que una joven en mis circunstancias sería presa fácil de maleantes. —Hizo una ligera pausa—. Además, la casa donde vivía pasó a manos de mi primo, ya que es el único heredero varón de la familia.

—Comprendo.

Una punzada de compasión la atravesó. Tuvo que haber sido muy duro para ella verse despojada de todo lo que amaba. Charlaron un poco más sobre sus gustos musicales y sus aficiones. La joven parecía haberse liberado, lejos de la supervisión de la tía, y Margaret se preguntó, con cierto enfado, cómo lograría lady Hardesly doblegar un espíritu tan chispeante como el de la señorita Ross.

En ese momento, Margaret oyó la puerta abrirse y el saludo del mayordomo le indicó que Samuel acababa de llegar. Bien. Todo había salido tal y como lo había planeado. Conocía perfectamente las idas y venidas de su hermano –las diurnas al menos–, y se había asegurado de que la señorita Ross estuviese en casa cuando él llegase.

—Discúlpeme un segundo. —Se levantó—. Mi hermano, el conde de Tottenham, acaba de llegar.

Cuando Margaret salió de la salita, vio que Samuel se disponía a subir la escalera que llevaba al primer piso, donde se encontraban las habitaciones de la familia. Los sirvientes dormían en la última planta. Por la ropa de calle, supuso que su hermano vendría de la oficina que tenía en Southwark, cerca del Támesis. Según le había contado cuando ella se interesó por los negocios que tenía, estaba inmerso en la fabricación de maquinaria industrial.

—Es el futuro, Margaret, una sola máquina puede hacer el trabajo de varios hombres con mayor rapidez —le había dicho.

—Pero eso dejará a los hombres sin trabajo —arguyó ella.

—No tiene por qué ser así. Se necesitarán nuevos trabajos; habrá que construir esa maquinaria y para ello se necesitan hombres.

Margaret suponía que su hermano tenía razón. Samuel no era un noble al uso, que se limitaba a vivir de las rentas que le proporcionaba su extensa finca familiar en Dorset. Los asuntos del campo los manejaba su administrador, el señor McDonald, un hombre serio y eficiente en el que Samuel confiaba a pies juntillas. Él sentía una intensa fascinación por formar parte de lo que llamaba el progreso, enseguida se dio cuenta de que el mundo cambiaba a marchas forzadas y consideraba que permanecer estático era un error. Sostenía que, si la nobleza no era capaz de adaptarse a los cambios, serían barridos como una brizna de hierba en una tarde ventosa. Samuel simpatizaba con los movimientos laboristas y mantenía frecuentes discusiones con otros nobles al respecto.

—Si la clase trabajadora comienza a pedir derechos, pronto creerán que son iguales a nosotros.

—Son iguales a nosotros —afirmaba Samuel—, pero pobres y sin privilegios.

No obstante, él no siempre había carecido de orgullo aristocrático. De hecho, había sido un joven bastante pagado de sí mismo y seguro de su superioridad moral, a fin de cuentas nació vizconde, único hijo varón de un conde, y desde la cuna lo habían educado para creer que era alguien especial. Con cinismo, tuvo que admitir que habían sido las mujeres las que lo habían despojado de su arrogancia. Primero Margaret, su hermana mayor, que no parecía nada impresionada por el hecho de que él fuese un vizconde y ya desde niño no tenía ningún reparo en tacharle las conductas que consideraba inadecuadas e incluso regañarlo con severidad cuando hacía algo mal.

Luego Emma.

—¡Samuel!

Él se volvió antes de pisar el primer escalón.

—¿Sí, Margaret?

—¿Puedes acompañarme un segundo?

—Por supuesto.

Su hermana lo condujo hacia la sala que usaba para recibir y que todos llamaban la salita. Al entrar, una joven a la que no había visto jamás se puso en pie. A Samuel le llamó la atención que estuviese sola, sin acompañante. Se notaba a la legua que era una tímida debutante.

—Señorita Ross, permítame presentarle a mi hermano, lord Tottenham.

Así que se trataba de eso. Intentando contener la irritación, Samuel hizo una ligera flexión de cabeza.

—Es un placer conocerla, señorita Ross.

—El placer es mío, milord.

Aunque estaba resuelto a no entrar en el juego de su hermana, a Samuel le llamó la atención que la voz de la joven sonara firme. No ignoraba que se había convertido en uno de los solteros más codiciados de Londres y siempre que se acercaba a saludar a una jovencita tenía que soportar suspiros, titubeos y caídas de pestañas. La señorita Ross, en cambio, lo miraba con franqueza, con una curiosidad rara, como si él fuese una extraña pieza arqueológica para examinar con lupa.

—He de marcharme; hay asuntos que requieren mi atención.

Sin que le importara lo más mínimo resultar brusco, Samuel dio media vuelta y salió.

* * *

En el carruaje de vuelta, Lynn escuchaba a medias el parloteo de su tía. Le describió con detalle cada una de las magníficas estancias de las que disponía la residencia del conde de Tottenham; disfrutaba de antemano de la envidia que provocaría en sus amigas cuando supieran que la condesa la había invitado a la residencia de su ilustre hermano.

Por su parte, Lynn iba ensimismada en sus pensamientos. Para empezar, el hecho mismo de la invitación resultaba algo extraño: no era común que una dama –hija, esposa y hermana de condes– invitara a su casa a alguien de inferior linaje con quien no la unía ningún tipo de amistad ni parentesco. Por otra parte, a Lynn, mucho más perceptiva que su tía, no se le escapaba que el interés de la condesa estaba centrado en ella. Mentalmente repasó sus escasas apariciones públicas, buscando alguna escena que hubiese protagonizado y la hubiese hecho merecedora de la atención de lady Kindersley, pero no encontró ninguna. Si había algún misterio, tarde o temprano acabaría resolviéndose, estaba segura. Al menos, la dama había sido amable y cercana.

A Lynn le había sorprendido el aspecto del conde de Tottenham; tras conocer los rumores que corrían sobre él, había esperado a alguien mayor y menos agraciado, pero lord Tottenham era un hombre de unos treinta años con un atractivo apabullante. Llevaba el cabello rubio –de la misma tonalidad que el de su hermana– un poco largo. También compartía con la condesa el color azul de los ojos, que estaban orlados de espesas pestañas de una tonalidad más oscura que el cabello, pero carecían de la calidez de los ojos de lady Kindersley. Por la manera en la que le caía la ropa, en la figura alta y esbelta, se apreciaban músculos definidos y bien desarrollados. Le había resultado inquietantemente hermoso y había despertado en ella una curiosidad innata, a pesar de que solo lo había visto durante unos breves instantes. Pensó que, si hubiese tenido el cabello negro, quizá hubiera podido ser el protagonista de alguna de sus historias, ya que compartía con los personajes el aire de misterio y peligro.

Se preguntó cómo sería la mujer que había roto su compromiso con él. ¿La habría amado? ¿Le habría afectado de alguna forma esa ruptura? Viéndolo tan altivo y distante, costaba creerlo, casi tanto como el hecho de que cualquier mujer en su sano juicio hubiese despreciado a tan buen partido. Claro que, por otro lado, nada sabía del carácter del conde; quizá fuese una persona horrible, un tirano disfrazado de gentilhombre. Costaba imaginarlo, conociendo a lady Kindersley, pero las profundas charlas que había mantenido siempre con su padre y lo variado de sus lecturas le habían enseñado lo compleja que es el alma humana.

—Es una pena que no hayamos coincidido con el conde —dijo en ese momento su tía.

Lynn se limitó a asentir. Por alguna extraña razón, no quiso hablarle de su breve encuentro con lord Tottenham. Quería seguir pensando en el misterio que ese hombre suponía, sin que las irritantes preguntas de su tía la distrajeran.

* * *

Como deferencia a la presencia de su hermana, Samuel cenaba cada noche en su residencia. En ese momento, mientras esperaba a que ella se uniera a él en el comedor, trataba de controlar la irritación que lo invadía, aunque no estaba seguro de poder conseguirlo. Cuando su hermana entró, él se levantó y le retiró una silla antes de sentarse a la cabecera de la mesa.

Mientras los criados servían los platos, intercambiaron frases de cortesía acerca de las actividades de cada uno en el día. En cuanto terminaron de servir y quedó solo el lacayo, firme ante la puerta que comunicaba con el servicio, Samuel decidió abordar el asunto que le estaba molestando como un tábano que se le hubiese metido en los pantalones.

—Margaret, ¿se te ha ocurrido poner una pasarela y hacer desfilar por aquí a todas las jóvenes casaderas del país? Quizá así acabaríamos antes.

—Oh, vamos, no seas exagerado. Tan solo te he presentado a un par de jóvenes.

—Sí y, por lo que veo, cada vez son menos distinguidas.

Margaret se envaró al oírlo.

—¿Cómo puedes decir eso? Todas las jóvenes que te he presentado tienen una reputación impecable y son verdaderas damas.

—Igualmente aburridas y desesperadas todas.

—No deberías ser tan condescendiente, Samuel. Tú las necesitas más a ellas que ellas a ti.

—¿Tan apremiante es mi situación que has pasado de presentarme a lady Stanhope, la sensación de la temporada, a esta desconocida señorita Ross?

Margaret tuvo que reprimir una sonrisa. Su hermano había aguantado con estoicismo todas las presentaciones a las que lo había sometido: en el teatro, haciéndose la encontradiza en la calle, en su propio hogar… Nunca había dicho nada, como si no notara las maniobras por buscarle una esposa que ella llevaba a cabo. Y justo ese día, cuando le había presentado a Lynn Ross, sacaba el tema. Tal vez fuese casualidad, tal vez no. Y a esa pequeña posibilidad pensaba agarrarse con uñas y dientes.

—Es desconocida porque esta es su primera temporada.

—Su apellido no me resulta familiar.

—Su padre era sir Ross, tenía su residencia en Hampshire.

—¿Era?

—Murió hace algunos años. —A Margaret le estaba costando mucho disimular su regocijo. Por primera vez, Samuel mostraba interés en una de las debutantes—. Desde entonces su tía, lady Hardesly, se ocupa de ella.

—¿Y es ella consciente de que la estás usando como cebo para atraparme?

Margaret hizo una mueca de desagrado.

—No sé por qué te empeñas en mostrarte tan desagradable.

—Responde a mi pregunta.

—No estoy usando a nadie de cebo para nada, estoy limitándome a disfrutar de la temporada alternando y conociendo a las jóvenes casaderas y a sus acompañantes.

Samuel no respondió nada, pero su elocuente gesto mostró a las claras que no le creía. Aprovechando que los criados retiraban los platos y servían el postre, Margaret reorganizó sus ideas, pensando en la mejor manera de hablarle de la señorita Ross sin provocar su rechazo.

—Lady Hardesly parece vigilar a la joven como un dragón que guarda a una princesa.

—¡Qué celo tan admirable! —La voz de Samuel sonó sarcástica.

—No es celo maternal lo que la anima, es más bien el temor a que la joven haga algo inadecuado.

Al oírla, Samuel levantó las cejas.

—¿Qué podría hacer? Tú misma has dicho que es una dama de reputación intachable.

—Sí, pero es… diferente. Es como si le corriese más vida por las venas que al resto de jóvenes de su edad. Resulta realmente encantadora con su manera sencilla y natural de conducirse. He disfrutado muchísimo esta tarde con ella.

—Cuánto me alegro. —Dejó a un lado la servilleta y, con cara de pocos

amigos, Samuel se puso en pie—. Si me disculpas, voy a retirarme, me encuentro algo cansado.

Una vez en su habitación, Samuel pidió a su ayuda de cámara que le sirviera una copa de brandy. Se sentía profundamente irritado con su hermana, pero no quería hacer ni decir nada que comenzase una discusión entre ambos, por eso había optado por retirarse.

La señorita Lynn Ross era sencilla y natural, había dicho. Ahora comprendía por qué había considerado oportuno presentarle a una joven con una familia tan por debajo de la suya propia. No es que Margaret o él mismo fuesen unos esnobs, pero, habiendo tantas debutantes hijas de nobles de primera, había sido algo extraño que Margaret optase por esta jovencita en concreto. Era muy bonita, pero también lady Stanhope, incluso más. Margaret había creído que la joven tendría alguna posibilidad porque era sencilla y natural, al igual que lo había sido Emma.

Habían pasado ya seis años desde que ella había roto el compromiso, cinco desde que se casó con ese maldito irlandés y su sombra aún parecía perseguirlo allá donde fuese. Ya no la amaba, era cierto, pero ella había dejado una huella profunda en él. Samuel no creía posible volver a enamorarse nunca más. Peor aún: Samuel no quería volver a enamorarse nunca más.

Capítulo cinco

Lynn esperó hasta haberse alejado lo suficiente de la casa para detener un carruaje. Si alguien conocido de su tía la veía caminando por los alrededores, podía alegar que había salido a dar un paseo aunque eso no la eximiría de recibir una reprensión; sin embargo, si la sorprendían en el momento justo de subirse a un carruaje, le resultaría mucho más difícil justificar sus movimientos. Por eso anduvo casi veinte minutos antes de decidirse a parar un coche.

Llevaba mucho tiempo dando vueltas a su plan, sin fecha exacta para ejecutarlo, porque todo dependía de que pudiese escabullirse de la casa durante al menos un par de horas sin que su tía se enterase. Esa mañana había tenido, por fin, la excusa perfecta. Lady Hardesly había recibido un aviso de su yerno: acababa de comenzar el parto de su segundo hijo. Por lo poco que Lynn sabía, un niño tardaba más de dos horas en venir al mundo. Además, su prima vivía en Highgate, en la zona norte, mientras que la residencia de sir Hardesly se encontraba en Bloomsbury, en la zona centro. Era una distancia de más de cinco millas, dos más de las que tenía que recorrer ella.

Cuando estuvo suficientemente lejos de la casa, alzó la mano para detener un coche de alquiler y el montón de hojas manuscritas que llevaba bajo el brazo, envueltas en una tela blanca de almohada, estuvo a punto de caérsele al suelo. Lynn maldijo por lo bajo, se arrepintió de su predilección por escribir en hojas sueltas en lugar de hacerlo en un cuaderno. Le dio la dirección al cochero y se recostó con abandono en el asiento, mientras el retumbar de su corazón le recordaba lo importante que era para ella lo que se disponía a hacer. Tal vez nunca consiguiera que nadie se interesara por sus historias, pero no pensaba dejar el camino por encontrarse una piedra.

Unos veinte minutos después, el cochero se detuvo en Southwark, en una zona que, si bien estaba cerca del Támesis, se encontraba lo suficientemente alejada de los ruidosos y peligrosos muelles. Se trataba de una calle concurrida de hombres con aspecto de estar muy ocupados; apenas se veían mujeres, solo algunas vendedoras, que principalmente ofrecían empanadas de carne y cucuruchos de pescado frito. Los edificios, pegados unos a otros, contaban con varias plantas en las que alojaban muchas oficinas: abogados, banqueros, comerciantes…

Comenzó a caminar mientras leía los carteles de las fachadas hasta que encontró el que buscaba. Al entrar, le sorprendió la tranquilidad y el silencio del lugar. Había imaginado que una editorial tendría un montón de gente de

acá para allá y que habría libros por doquier. En lugar de eso, halló una sala con una mesa tras la que se sentaba una mujer de unos cincuenta años, con el cabello gris y un cuaderno abierto ante ella. Frente a la mesa, había dos sillones de piel que parecían algo cuarteados y varias estanterías de pared. El suelo estaba enmoquetado y a Lynn le pareció que andar sobre él era casi como deslizarse.

—Buenos días, señorita, ¿en qué podemos ayudarla?

—Buenos días, soy Lynn Ross, tengo una cita con el señor Holburne.

La mujer la miró sobre los anteojos con inequívoca extrañeza, pero la mirada dubitativa desapareció al cabo de apenas un segundo.

—Espere un segundo, por favor.

Lynn asintió con la cabeza mientras la mujer desaparecía tras una de las dos puertas de madera oscura que había en la sala. Se sintió libre para examinar lo que la rodeaba; vio tras ella unas escaleras que subían y se preguntó si todos esos elementos que había esperado ver no estarían en las plantas de arriba. Se acercó a una de las puertas, la que no había usado la recepcionista, porque le pareció oír un murmullo sordo y rítmico, como si se tratase de un enorme animal que corriese sin descanso. Tras un instante de desconcierto, supuso que sería el taller donde se imprimían los libros. Por un momento, estuvo tentada de abrir la puerta y comprobarlo; le habría encantado ver cómo un puñado de páginas llenas de ideas se transformaba en un hermoso ejemplar, pero se dijo que estaría totalmente fuera de lugar y no causaría precisamente una buena impresión.

La recepcionista salió y le indicó que podía pasar. Lynn, que hasta ese momento había logrado mantenerse medianamente tranquila, sintió cómo se le aceleraba el corazón. Entró en una sala mucho más acorde con la idea preconcebida que ella tenía: paredes llenas de vitrinas y estanterías atestadas de libros. Una mesa enorme parecía dominar toda la estancia y, tras ella, un hombre se levantó nada más verla.

—Señorita Ross, es un placer.

Extendió la mano derecha y estrechó la suya. A Lynn le gustó el gesto, le dio la sensación de que la tomaría tan en serio como si ella fuese un hombre o una mujer de más edad.

—Gracias por recibirme, señor Holburne.

Él le lanzó una sonrisa y le indicó que se sentara en la silla que había frente a la mesa, a la vez que la estudiaba con disimulo sin poder ocultar, no

obstante, la admiración que sentía por su aspecto. Ella también lo estudió a él; le había sorprendido su juventud y su rostro afable, que contribuyó a relajarla en gran medida. Algo más alto que la media y ligeramente entrado en carnes, tenía el rostro redondo y la piel muy blanca, propia de los pelirrojos. El cabello abundante le formaba una especie de orla alrededor de la cabeza y los ojos castaños eran cálidos.

—Según entendí por su mensaje, desea que valoremos un manuscrito.

—Así es.

Ella se dispuso a desenvolver las hojas, pero el señor Holburne la detuvo con un gesto.

—Por favor, háble me primero sobre su obra.

Lynn respiró profundamente, era consciente de la importancia de saber transmitir cuánto creía en su propia creación si quería tener una oportunidad para que el señor Holburne la considerara.

—Le traigo un conjunto de relatos independientes; ninguno puede considerarse una novela.

—¿Cuántos relatos?

—Cuatro, de unas sesenta páginas cada uno.

El señor Holburne se limitó a asentir, en ningún momento había perdido la sonrisa y eso la animó a seguir.

—Mis historias no son amables, están llenas de secretos, dificultades y misterios; a veces, rozan lo paranormal…

—¿Algo en la línea de Poe?

Ella negó con la cabeza.

—No, no tan centrado en lo tétrico. Quizá sería mejor que usted le echara un vistazo a alguno de mis relatos.

Él alzó las cejas, gratamente sorprendido por su franqueza, y se le ensanchó la sonrisa.

—¿Sabe qué le digo, señorita Ross? Que tiene usted toda la razón.

Ella suspiró aliviada y le devolvió la sonrisa.

—¿Tiene copias?

—No.

—Bien, déjeme solo uno de los relatos. Prometo devolvérselo.

Ella pensó brevemente cuál dejarle y se decidió por "*El medallón de la señorita Shilbourne*". El señor Holburne tomó las hojas que ella le tendía y las ojeó rápidamente mientras Lynn contenía el aliento.

—Bien, señorita Ross, le prometo que dentro de unos días le daré una respuesta. Trataré de ser lo más franco posible.

—Muchas gracias, señor Holburne, no esperaba menos.

Cuando salió del edificio donde el señor Holburne tenía su modesta editorial, Lynn lucía una sonrisa de oreja a oreja. Cabía la posibilidad de que su manuscrito fuese rechazado, era algo que veía muy posible, pero el hecho de haber dado ese paso la había hecho sentir que caminaba con un rumbo fijado por ella misma. Sus relatos y lo que hiciese con ellos eran una decisión que le competía con exclusividad. Ser dueña de sus decisiones, aunque solo fuese en ese aspecto, le hizo sentir que su vida, que se le presentaba tan monótona y predecible, acababa de adquirir más valor del que había tenido hasta ese momento.

Se detuvo a mirar hacia ambos lados de la calle; algo aturdida por sus alegres pensamientos, le costó centrar la vista en la búsqueda de un coche. Al cabo de unos minutos, por fin divisó uno y le hizo una seña. No había dejado de sonreír.

* * *

Samuel contempló a la joven dudando si acercarse o no a ella; le resultaba muy extraño que una joven dama de buena familia anduviese sola por ese lugar aunque no parecía perdida ni angustiada, más bien todo lo contrario. Justo cuando se decía que no le importaban nada los asuntos que hubiesen llevado hasta allí a la señorita Ross, vio que esta detenía un coche de alquiler y se marchaba. Desde luego, se traía algo entre manos y, a su pesar, sintió deseos de descubrir los secretos que ocultaba la joven.

* * *

Tal y como había esperado, cuando Lynn llegó a casa, su tía aún no había regresado. Con suerte quizá se quedase varios días junto a su hija, eso le proporcionaría a ella unos preciosos momentos de libertad, aunque solo fuese para encerrarse en la habitación y escribir cada vez que le apeteciese, o poder leer durante horas en la sala principal, que tenía grandes ventanales que daban a la calle y recibían mucha luz natural, sin que su tía le recriminara que era una afición muy poco femenina.

Tras quitarse las agujas que le sujetaban el sombrero, fue buscar a Patsy. Ella se encargaba cada mañana de abrir las cortinas de la sala y preparar la mesa para el desayuno, se levantaba antes que nadie y abría la puerta al lechero y al cartero. Gracias a Patsy, había podido mantener la correspondencia con el señor Holburne y era la única amiga que tenía en la casa de su tía. A Patsy le gustaban sus relatos, aunque se los tenía que leer en voz alta, pues la joven criada no sabía leer. Ella imaginaba que los personajes eran reales, tan intensa era la manera en la que vivía las historias que Lynn le iba leyendo a la vez que las escribía. Ella, más que ninguna otra persona, merecía saber cómo había ido su entrevista con el señor Holburne.

* * *

Cuatro días después, Lynn aún no tenía noticias del editor. Se convenció a sí misma de que cuatro días no eran demasiados; lo más probable era que el señor Holburne tuviese decenas de manuscritos que considerar, además de otros asuntos derivados de la editorial. Aun así, cada día buscaba a Patsy para preguntarle si había llegado algo para ella.

Afortunadamente, lady Hardesly no tenía nada más en la cabeza que el nuevo nieto. Repetía hasta la saciedad cuán estoicamente su hija había afrontado el parto y lo hermoso y saludable que era su vástago. De lo contrario, no le habría pasado por alto la inquietud de Lynn.

Unos golpes en la puerta la hicieron saltar y dio permiso para entrar, con la esperanza de que fuera Patsy con la carta que esperaba con tanto anhelo. Efectivamente, era la joven criada.

—¿Ha llegado ya?

—No, señorita Ross. —Patsy bajó los ojos entristecida—. Su tía le pide que baje. —Al ver que el brillo se apagaba en los ojos de la señorita, añadió en un murmullo bajo—: Lo siento.

—¡Tú no tienes la culpa, Patsy! —Lynn le dio un suave apretón en el brazo—. Y creo que te debo una disculpa, me siento demasiado impaciente y estoy trasladándote mi inquietud.

—El señor Holburne le dijo que le escribiría, ¿no es así?

—Así es. —Lynn sonrió a la joven—. Y me dio la impresión de que es un hombre que cumple su palabra.

—Entonces, señorita Ross, no se angustie más; tarde o temprano recibirá esa carta.

Lynn bajaba la escalera con una sonrisa dibujada en los labios; haber expresado en voz alta la confianza en que el señor Holburne cumpliría su palabra había servido para insuflarle esperanza. Cuando se acercaba a la salita, oyó la voz de su tía, que no estaba sola. Se preguntó quién habría ido a visitarla y deseó que fuese lady Kindersley, era una de las pocas damas con las que se había sentido verdaderamente aceptada.

Cuando llegó a la sala, la sonrisa se le congeló en el rostro. Sentado frente a su tía estaba lord Huxley; a Lynn le resultó parecido a un enorme sapo dormido a la orilla de un estanque. Nada más verla, él se levantó e hizo una ligera inclinación con la cabeza.

—Señorita Ross, es un placer verla. —Hizo una breve pausa para examinarla de arriba abajo—. Está usted encantadora.

Lynn sabía que no era cierto. Algunos mechones se le habían soltado de la trenza, llevaba un sencillo vestido de algodón de un insulso color grisáceo y estaba segura de que había empalidecido a causa de la desagradable sorpresa.

—Buenos días, lord Huxley.

Su voz fue apenas un susurro. Más que sentarse junto a su tía, se dejó caer, lo cual le valió una mirada de desaprobación.

—Le decía a lady Hardesly que hace una mañana estupenda, ni mucho frío ni mucho calor, y había pensado que tal vez les apetecería que diésemos un paseo.

Lynn se disponía a rechazar la propuesta, pero su tía, sin lugar a dudas al sospecharlo, se adelantó a contestar.

—Es una idea excelente, lord Huxley. Nos encantará acompañarlo.

Lynn caminaba a la izquierda de lord Huxley y lady Hardesly, a la derecha. Por fortuna, ella llevaba todo el peso de la conversación hablando de su nieto y su hija. Por una vez, el parloteo sin sentido de su tía la alegró, ya que así podía concentrarse en sus propios pensamientos. De repente, lady Hardesly se detuvo frente al escaparate de una floristería. Lanzó una mirada cargada de intención a lord Huxley, mirada que le provocó un escalofrío a Lynn.

—Discúlpenme, por favor. Tengo que hacer un encargo, quiero regalar un arreglo a mi hija.

—Te ayudaré a elegirlo, tía —se apresuró a decir Lynn.

—¡Por supuesto que no! No podemos obligar a lord Huxley a que aguante una soporífera sesión en la floristería. Continúen con su paseo; enseguida los alcanzaré.

Lynn no pudo evitar lanzarle una mirada de resentimiento que su tía no vio, o bien ignoró completamente. Aun así, la joven hizo un último intento desesperado.

—Tía, no estaría bien que pasease yo sola con un caballero…

—Oh, vamos, será solo un par de minutos. De hecho, pueden aguardar aquí mientras yo entro un momento.

Antes de que pudiese añadir nada más, Lynn se encontró a solas con lord Huxley. Por un instante, sopesó comenzar a hablar de sus relatos, deseando tal vez ahuyentarlo, tal y como sostenía su tía, pero él se le adelantó.

—Señorita Ross, agradezco la oportunidad que se me ofrece de hablar a solas con usted.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos; el corazón le latía con fuerza, pero no era la emoción la que lo impulsaba, sino verdadero pánico, pues sabía que lord Huxley se disponía a declararse. Si ella se negaba, su tía se lo haría pagar, pero ¿cómo aceptar la proposición de un hombre que le provocaba tal repulsión?

—No se le escapará el hecho de que mi presencia en Londres tan solo tiene un objetivo: encontrar una esposa.

Lord Huxley hizo una pausa; ella no podía verle el rostro, permanecía con la mirada baja, tratando de evitar que él pudiese leerle en los ojos el

horror que sentía.

—Como sabrá, hace poco enviudé y aún no tengo un hijo. —Carraspeó —. Por lo que su tía me ha contado sobre usted y lo que yo mismo he podido observar, creo que usted será una esposa idónea para mí. Parece fuerte y sana, y no gusta de las frivolidades de otras damas.

—Lord Huxley, me siento muy halagada por la opinión que tiene de mí.

Lynn tuvo que hacer un esfuerzo consciente para que la voz le saliera del cuerpo. Deseaba que sucediese algo terrible, un terremoto, que el sol cayera sobre sus cabezas, que el suelo se abriese bajo sus pies, cualquier cosa que le impidiese vivir ese momento, pero a su lado la gente seguía caminando como si nada, y lord Huxley la miraba con fijeza y una sonrisa boba. "Ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que yo lo pueda rechazar", pensó con resentimiento.

—Comprenderá usted que lo que me pide no es algo que pueda tomarse a la ligera.

—No, claro, el matrimonio es algo muy serio y mis intenciones son…

—Me gustaría tener un poco de tiempo para pensarlo antes de darle una respuesta definitiva —lo interrumpió con ímpetu.

El rostro de lord Huxley reflejó a las claras su desconcierto.

—Esperaba poder acabar con este asunto cuanto antes.

"Un asunto. Este matrimonio, que arruinaría mi vida, significa para él solo un asunto", pensó Lynn y el enfado comenzó a apoderarse de ella.

—Unos días nada más, lord Huxley.

Lynn intentó componer su sonrisa más encantadora. Sabía que, si se negaba rotundamente a aceptar la proposición, lord Huxley le iría con el cuento a su tía. Al pedirle unos días, tal vez lo apaciguara lo suficiente como para no hablar sobre el tema y eso le proporcionaría a ella un precioso tiempo en el que quizá se le ocurriese alguna idea para salir del atolladero en el que se encontraba.

Había fantaseado con la posibilidad de que el señor Holburne accediera a publicar su obra, que esta tuviera una gran acogida y ella pudiese vivir cómodamente del porcentaje que le correspondía por la venta. Suponiendo que todo eso llegase a ocurrir, aún faltaría mucho tiempo para que su sueño se materializase y la proposición de lord Huxley era como una espada de

Damocles que pendía sobre su cabeza.

—Supongo que es razonable… —murmuró el hombre, no muy convencido.

—¡Gracias, milord! Sabía que lo entendería.

El hombre inclinó la cabeza. En ese momento su tía salió de la floristería; a Lynn no se le escapó la mirada inquisitiva que le lanzó mientras se acercaba y se esforzó por mantener el rostro impasible. Temiendo que lord Huxley comentase algo de lo que acababa de pasar, decidió tomar la iniciativa.

—¿Has encontrado lo que buscabas, tía?

A pesar de que la mujer mantuvo el ceño fruncido mientras la observaba con suspicacia, asintió y, haciendo gala de la verborrea a la que era tan aficionada, comenzó a describir con profusión de detalles las características del arreglo floral que había encargado. Lynn, más entusiasta que nunca ante el parloteo de su tía, le pedía más y más detalles para evitar que lord Huxley sintiera la tentación de hablar de lo que acababa de ocurrir entre ellos.

CAPÍTULO SEIS

Lynn echó un último vistazo a su aspecto en el espejo de medio cuerpo que tenía en la habitación. Patsy le había hecho un recogido que pretendía ser una creación de fantasía; ella no quiso decepcionarla al decirle que no era más que un recogido alto adornado con cuentas de cristal brillante.

—¡Está tan hermosa, señorita Ross! —murmuró la joven con los ojos luminosos.

—No veo qué importancia puede tener mi aspecto, a fin de cuentas acabaré casada con un hombre que no querría para sí ni una de las gorgonas.

—No la entiendo, señorita.

Ella se había vuelto y le había dedicado una mirada cariñosa.

—Oh, no me hagas caso; últimamente mi humor es horrible.

—Pero, señorita, va a ir usted al Covent Garden, ¡un sitio tan elegante! Yo en su lugar estaría dando saltos de alegría.

—Tienes razón, Patsy. Lady Kindersley ha sido muy amable al invitarnos a su palco. —Lynn esbozó una sonrisa y echó un último vistazo a su imagen en el espejo—. Lo menos que puedo hacer es mostrarme agradecida.

Ciertamente se sentía agradecida, pues comprendía que, tras la visita que había realizado a la residencia de los Tottenham, lady Kindersley había tomado buena nota de todo lo que ella había dicho relacionado con su amor por la música, por eso había tenido la deferencia de invitarlas a la ópera. Su tía parecía esponjarse como un suflé cada vez que lo contaba a sus amistades, aunque en la intimidad del hogar admitía que sentía la misma extrañeza que Lynn por el repentino interés que la dama parecía mostrar hacia ellas.

—Estas damas de tan alta alcurnia suelen ser caprichosas —le había confiado esa misma mañana mientras la acompañaba a comprar unas cintas—. Les gusta rodearse de caras nuevas hasta que se cansan y buscan otras diferentes.

A pesar de que lady Kindersley le gustaba, Lynn tuvo que admitir que por una vez coincidía con el pensamiento de su tía. No había otra explicación para la súbita inclinación que la condesa parecía mostrar hacia ellas.

—Aprovecharemos esta circunstancia para hacer ostentación y que todos tus pretendientes vean que eres una dama humilde, pero bien posicionada.

Lynn había torcido el gesto al oírla; su tía hablaba de todos sus pretendientes como si tuviese una legión de admiradores haciendo fila para pedir su mano a sir Hardesly, cuando en realidad tan solo lord Huxley había mostrado interés en ella.

Al bajar a la sala, lady Hardesly ya la estaba esperando. Tras echarle una mirada escudriñadora, asintió con un gesto seco de la cabeza. El coche que habían alquilado ya estaba en la puerta y Lynn sintió un estremecimiento de placer al entrar en el caldeado interior. Hacía una noche desapacible y el viento venía tan húmedo y frío que parecía meterse en los huesos. En la misiva que lady Kindersley les había enviado, les indicaba que se representaría una ópera de Händel, *Lucio Cornelio Silla*.

—Tía, ¿sabes que el padre de Händel le prohibió cualquier contacto con la música? —Su tía la miró con sorpresa y Lynn, malinterpretando esa mirada de asombro, continuó con animación—: Así es. Quería que estudiase Derecho Civil, pero el pequeño Händel se las apañó para conseguir un clavicordio con el que practicaba a escondidas.

—¡¡Jovencita!! Espero que no se te ocurra aburrir a lady Kindersley con esas historias. —La sonrisa que Lynn lucía se le esfumó del rostro—. Te he dicho cientos de veces que a nadie le gustan las damas que presumen de sabias.

Lynn pensó con resentimiento que su tía afirmaba eso porque su ignorancia era de tal calibre que ni siquiera sabría nombrar los puntos cardinales.

Cuando llegaron al Covent Garden, Lynn abrió los ojos como platos. El edificio recordaba a uno de los templos romanos que ella había visto en las ilustraciones de los libros que su padre tenía. En la fachada principal, había un pequeño frontón triangular sostenido por multitud de columnas de gran altura, a modo de entrada. Las fachadas laterales tenían hornacinas semicirculares con estatuas femeninas de gran belleza en algunas. Su ánimo se elevó anticipando el disfrute que, sin duda, experimentaría en un lugar tan magnífico.

Un ujier les pidió la invitación y les indicó cómo llegar al palco de la condesa. En el recibidor el bullicio era inmenso; multitud de damas elegantemente vestidas y caballeros con sus fracs negros y camisas de inmaculada blancura charlaban en pequeños grupos. Lynn echó un vistazo rápido y suspiró aliviada al no ver a lord Huxley. Sí reconoció, en cambio, a

lady Bradley con su hija y a lady Stanhope, que había acudido con su acompañante, una prima viuda algunos años mayor que ella. Como era habitual, la joven se encontraba rodeada por multitud de caballeros que pugnaban por llamar su atención. Lynn la observó con interés, pensando si podría usar la descripción de sus regulares rasgos para alguna de sus protagonistas femeninas.

—¡Mira, Lynn! La condesa está allí. Acerquémonos.

Lady Hardesly la tomó del brazo y la fue conduciendo hasta que llegaron al lugar donde la condesa, su doncella, su hermano –lord Tottenham– y otro caballero al que no conocía permanecían charlando tranquilamente.

—Lady Hardesly, señorita Ross, bienvenidas.

Ambas hicieron una cortés genuflexión que impidió que repararan en la expresión de sorpresa del conde.

—Permítanme presentarles a mi hermano, lord Tottenham.

—Ya nos conocimos, lady Kindersley, ¿no lo recuerda?

Su tía le dio un disimulado puntapié, que no lo fue tanto, ya que el conde alzó las cejas divertido por la situación.

—¡Es cierto! ¡Qué cabeza la mía! —Se volvió al caballero que permanecía junto al conde—. Este caballero es el honorable Ransom Thorton, gran amigo de la familia.

El señor Thorton inclinó la cabeza mientras ellas murmuraban el placer que sentían por conocerlo. Lynn lo estudió con disimulo, sorprendida por su masculina belleza. Tenía la piel morena y el pelo completamente negro; los ojos, en contraste, eran grises. Lynn pensó que el honorable Ransom Thorton bien podría ser el caballero tras la máscara, el protagonista del relato en el que se hallaba enfrascada en esos momentos, pero por alguna extraña razón lord Tottenham, a pesar del cabello rubio y los ojos azules, le parecía mucho más oscuro e inquietante.

A Samuel no se le escapó la mirada admirativa que la señorita Ross lanzó a Ransom y, si bien eso era algo habitual, no pudo evitar fruncir el ceño. Esa joven lo intrigaba; ya que su hermana se empeñaba en ponerla en su camino como si de un molesto guijarro se tratase, bien podría saciar su curiosidad.

—¿Le gusta la ópera, señorita Ross? —preguntó tratando de allanar el camino para llegar al punto que verdaderamente le interesaba.

—Mucho, milord.

—Veo que es de las que disfrutan con un grupo de hombres y mujeres lanzando alaridos.

Samuel ignoró la mirada colérica de su hermana, contemplaba con intensidad a la señorita Ross, esperando despojarla del aplomo del que parecía hacer gala.

—Disfruto con la buena música, milord. Respecto a los alaridos, no debe usted preocuparse, esta ópera en concreto es bastante intimista, muy alejada de las de Mozart, por ejemplo.

Samuel tomó aire a la vez que a su lado Ransom carraspeaba para disimular una risa de regocijo. Sabía que una jovencita recién salida del cascarón acababa de ponerlo en su sitio, eso lo desconcertó y lo divirtió por igual. Le ofreció su brazo y murmuró:

—¿Me permite?

Algunos metros más allá, lady Stanhope no perdía detalle de la escena que sucedía en el corrillo de lady Kindersley. La insulsa señorita Ross, sobrina de la espantosa lady Hardesly, se encaminaba hacia la entrada del gran auditorio del brazo de lord Tottenham. El conde era el soltero más preciado de todo Londres, no solo por su fortuna –que era considerable–, sino que a ella se unía un increíble atractivo muy viril. Además, lo rodeaba un aura de peligro que, a sus ojos, lo hacía aún más excitante. Aunque todas las matronas de la sociedad murmuraban en voz baja sobre ciertas costumbres algo disipadas del conde, cualquiera de ellas hubiese dado un dedo de la mano derecha si hubiesen podido atraparlo para alguna de sus hijas. Y en secreto, lady Stanhope se había propuesto ser ella la que se llevase el premio; apenas un par de semanas antes, lady Kindersley la había invitado a tomar el té en su casa y allí había tenido la oportunidad de conocer a lord Tottenham. Aunque el saludo masculino fue cortés y breve, ella creyó detectar un brillo de interés en sus ojos. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Sabía que era la beldad más solicitada de esa temporada y, aunque varios pretendientes la rondaban como las abejas a la miel, ella se limitaba a juguetear con todos, como un gatito travieso con una madeja de lana, sin decantarse claramente por ninguno. Esperaba que el conde se decidiese a tomar esposa y estaba segura de que ella sería la elegida. Sin embargo, en ese momento le prestaba toda la atención a la señorita Ross, una joven que a duras penas sabía comportarse en sociedad y que parecía estar siempre ensimismada. Reconocía que la joven era bastante bonita, pero el pelo tan negro en contraste con la piel en exceso pálida le daba un aire inquietante que no podía competir con su belleza clásica, pensó con arrogancia.

Lynn sentía el brazo del conde de Tottenham bajo la palma de su mano enguantada como si de un yunque de hierro se tratase. La cercanía del hombre la perturbaba, pero no era su atractivo el que la dejaba sin palabras, sino la manera de observarla con fijeza: quería soltarse para buscar alguna imperfección en el cabello o en su ropa que justificase tan minucioso escrutinio.

—Señorita Ross, hay algo que me gustaría saber.

A pesar de que era al menos tres palmos más alto que ella, le habló tan cerca que Lynn pudo sentir la calidez de su aliento rozarle la oreja.

—Händel no es mi compositor preferido, pero he leído algunas cosas sobre su vida y…

—No es de Händel de quien quiero hablar, señorita Ross —la interrumpió—, sino de su solitario paseo hace un par de días.

Ella se detuvo bruscamente, pero un ligero tirón de él la obligó a continuar. Había procurado una pequeña distancia del resto del grupo y deseaba mantenerla.

—No entiendo a qué se refiere. —Lynn odió el temblor que percibía en la voz.

—Oh, vamos, señorita, no sea evasiva. Estamos a punto de llegar al palco; no querrá que todos oigan lo que tiene que decir.

Lynn inspiró con fuerza y trató de contener la irritación. ¿Por qué tenía ella que dar explicaciones a lord Tottenham? La amenaza del conde la hizo murmurar entre dientes:

—Imagino que me vio usted en Southwark.

—Así es, un barrio que no suelen frecuentar las jóvenes damas como usted.

—¿Y usted qué hacía allí?

Él sonrió, divertido por su desparpajo y arrojo. Él era conde; ella, una jovenzuela recién salida del cascarón, lo habitual hubiese sido que se echase a llorar tras verse enfrentada por él. Claro que tampoco era nada habitual que una dama anduviese sola por ningún sitio.

—Soy yo el que hace las preguntas, señorita Ross.

Lynn sopesó por un momento qué pasaría si le decía la verdad –

cualquier mentira resultaría extrañamente sospechosa–, pero por otro lado no quería que el conde le contase nada a lady Hardesly. Para su consternación, vio que llegaban a un palco situado en la segunda grada.

—Mis asuntos son cosa mía, milord —susurró y le soltó el brazo.

Con profundo alivio, Lynn observó que el conde de Tottenham no volvió a hacer ningún comentario al respecto y, por fortuna, se sentó tres asientos más alejado de ella. Aun así, en ocasiones sentía un extraño calor en el rostro y, al volverse a mirar, lo sorprendía escudriñándola, mientras ella trataba con todas sus fuerzas de seguir la historia del dictador Lucio Sila.

* * *

—Sabía que esa jovencita llamaría su atención.

El regocijo que sentía se traslucía claramente en la voz de lady Kindersley.

—Señorita Margaret, si me permite decirlo, el conde siempre está rodeado de jóvenes; no es nada extraño que en la ópera hablase con la señorita Ross, a fin de cuentas ella estaba allí.

La doncella remarcó con intención las últimas palabras. Conocía a lady Kindersley desde que era una niña y la quería como si fuese la hija que Dios no le había dado, pero estaba convencida de que su empeño en casar al conde como si este fuese incapaz de decidir por sí mismo no acarrearía nada bueno.

—Es cierto que, cuando mi hermano aparece en un baile o recepción, las jóvenes casaderas y sus chaperonas lo acorralan como un gato a un ratón, pero esto ha sido diferente. En esta ocasión, él se ha dirigido a la señorita Ross.

—Lord Tottenham puede ser reacio al matrimonio, señorita Margaret, pero siempre ha sido un caballero con una educación intachable. Es lógico que trate de incluir en la conversación a la señorita Ross.

—¿Incluirla hasta el extremo de excluirnos a los demás?

Dorothy lanzó una mirada de extrañeza a su señora, quien continuó explicando con voz animada:

—Le ofreció el brazo y la alejó de nosotros. —Frunció el ceño—. Si no fuese porque sé que es imposible, diría que le susurraba algo al oído.

CAPÍTULO SIETE

Al llegar al dormitorio, llamó suavemente, pero no recibió respuesta, así que, suponiendo que la señorita estaría enfrascada escribiendo, abrió con suavidad y comprobó que su suposición había sido correcta. Unos segundos permaneció en silencio, observándola. Patsy no acababa de entender a la señorita Ross, aun así, la estimaba más que a nadie de esa casa. Una joven de su posición, tan hermosa y agradable, debería estar mucho más preocupada de alternar con otras damas y caballeros, y de buscar un buen esposo que le pudiese proporcionar todas las comodidades y le permitiese mantener un buen estatus en la sociedad. Pero a la señorita Ross no le interesaba nada de eso, ella solo pensaba en escribir las historias que tanto la fascinaban y que a menudo le pedía que le leyese.

—Señorita Ross…

La joven se volvió, sobresaltada.

—¡Oh, Patsy! Eres tan silenciosa como un ratón.

La criada alzó los ojos al techo al recordar las veces que había tenido casi que aporrear la puerta para recibir una respuesta.

—Un mensajero ha traído esto.

Lynn se levantó con tanta premura que estuvo a punto de tirar la silla sobre la que se sentaba. Tomó el sobre y leyó el remitente; el corazón le galopaba como un caballo fuera de control. Apretó el sobre contra el pecho, se sentó en el borde de la cama y miró a la joven criada con los ojos muy abiertos.

—Patsy, cuando abra este sobre, puede ser que el mayor de mis sueños se cumpla o que todas mis esperanzas se diluyan como los granos de azúcar en el té.

—¡Vamos, señorita Ross!¡No sea dramática! Seguro que recibe la respuesta que espera. Y en todo caso, ¿no hay más editores en Londres? No debería tirar la toalla tan pronto.

—No me queda demasiado tiempo, Patsy, más pronto que tarde me casarán y me temo que mi esposo no me dejará seguir escribiendo.

Patsy no respondió, sabía que lo que la señorita Ross decía era verdad;

en su lugar, la apremió para que abriese el sobre.

—Vamos, señorita Ross, abra ese sobre y salgamos de dudas.

Lynn miró el sobre y, cerrando los ojos brevemente, lo abrió de un pequeño tirón. Patsy la observaba con avidez mientras la joven leía el contenido de la carta, tratando de adivinar por su expresión si las noticias que había recibido eran buenas o no.

—¡Quiere que volvamos a vernos!

Lynn se había levantado de la cama y respiraba con agitación, mientras estrechaba el sobre contra el cuerpo como si fuese un niño al que hacía mucho tiempo que no veía.

—Eso solo puede significar que está interesado en publicar mi historia. ¿No lo ves, Patsy? Si no le interesara, lo habría puesto en la misiva, no me haría desplazar hasta allí. ¡Tengo que contestarle enseguida!

Lynn se sentó en la mesa, sacó una cuartilla del secreter y comenzó a escribir con trazos rápidos una respuesta. Tras meterla en un sobre, la tendió a Patsy, con brillo en los ojos.

—Dásela a Arthur. —Se refería al muchacho de los recados—. Dile que la entregue a la mayor brevedad posible.

—No se preocupe, señorita Ross, así lo haré.

Durante toda esa tarde Lynn se sintió flotar, no dejaba de fantasear con la posibilidad, cada vez más cercana, de ver sus relatos publicados. Sin duda tendría que inventar algún seudónimo; a lady Hardesly le daría un síncope si publicaba con su nombre real. De repente la desagradable imagen de lord Huxley se interpuso en sus pensamientos y le hizo fruncir el ceño. Ahora más que nunca se hacía necesario evitar ese enlace. Saber que su tía prácticamente la arrastraría al altar en cuanto supiera que lord Huxley le había propuesto matrimonio la llenó de angustia.

Le había respondido al señor Holburne que, en cuanto encontrase un hueco, iría a visitarlo; tendría que aguardar el momento en que su tía se ausentase para escabullirse. Un pensamiento la asaltó repentinamente: no solo debería procurar que ninguna matrona amiga de su tía la viese subir sola a un carruaje, también debería mantener los ojos muy abiertos para no encontrarse con lord Tottenham. Estaba segura de que el conde no la dejaría marchar de nuevo sin saciar su curiosidad.

Tres días después, por fin encontró la oportunidad que buscaba: su tía

iba a repartir comida a los niños del orfanato con el comité de damas caritativas. Ella había declinado acompañarla alegando que le dolía la cabeza y su tía no había insistido; sin duda agradecía la oportunidad de poder chismorrear con sus amigas libremente. Lynn tenía la desagradable sensación de que ella sería tema de conversación en algún momento, ya que a lady Hardesly le encantaba señalar lo mucho que hacía por su sobrina y los disgustos que le ocasionaba su carácter rebelde y atípico.

Tal y como había hecho la vez anterior, anduvo durante casi media hora hasta que estuvo lo suficientemente lejos como para no temer encontrarse con alguien conocido, aun así, miró varias veces alrededor antes de detener un coche de alquiler. Cuando el coche se detuvo ante el edificio donde el editor tenía sus oficinas, Lynn oteó por la ventana en todas direcciones, temía ver a lord Tottenham acechando. A pesar de no distinguir su alta y elegante figura por ningún sitio, no se sintió verdaderamente cómoda y a salvo hasta que no estuvo sentada frente al amable señor Holburne, que había pedido a su secretaria que les sirviera el té.

—Me alegra mucho tener la oportunidad de hablar con usted en persona.

—He venido en cuanto me ha sido posible.

El señor Holburne señaló la humeante taza que la secretaria acababa de traer y le indicó con un gesto que bebiese. A Lynn no le apetecía tomar nada, se sentía demasiado expectante y ansiosa, pero no quiso ser descortés y tomó un sorbo; descubrió sorprendida que el líquido caliente la reconfortaba.

—Señorita Ross, he leído su historia con mucho interés. Tiene fuerza y atrapa la atención, pero es quizá demasiado… ingenua y algo predecible.

Lynn sintió que su entusiasmo se enfriaba. Tras sopesar brevemente las palabras del señor Holburne, reconocía la verdad en ellas y supuso que había querido explicarle las razones del rechazo personalmente.

—Sin embargo, hay un mercado para este tipo de historias. Imagino que ha oído hablar usted de los *penny dreadful*…

—Sí, por supuesto.

De hecho había leído con doce o trece años una de esas historietas, *Varney, el vampiro*, y la había impresionado mucho. Los *penny dreadful* eran historias de misterio, asesinatos, seres paranormales, que aparecían en fascículos, bien de manera individual, bien como parte de algún semanario. Del precio muy reducido, un penique habitualmente, tomaban el nombre. Ninguna de sus conocidas, estaba segura, leería jamás algo así; si lo hiciesen, nunca lo reconocerían. Historias para la gente vulgar y poco formada,

demasiado truculentas para una dama, a ella le parecían fascinantes y llenas de imaginación.

—Estoy seguro de que sus expectativas eran más altas. —El señor Holburne carraspeó algo incómodo—. Pero créame, por la extensión y por la temática, "*El medallón de la señorita Shilbourne*" puede tener un enorme éxito si lo publicamos en entregas y a un precio tan reducido. Si no me equivoco, y creo que no lo haré, tendrá usted la oportunidad de publicar todas sus historias en este formato, siempre y cuando le parezca aceptable.

Lynn respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Señor Holburne, ha colmado usted todos mis anhelos. Los *penny dreadful* los leen cientos de personas…

—Miles, señorita Ross.

—Hasta hace muy poco, nunca pensé que lo que escribo saliese del cajón de mi secreter, ahora usted me dice que puede ser publicado y leído por entregas… ¡Le aseguro que es más de lo que esperaba!

El señor Holburne respondió con una sonrisa a la alegría de la joven. Su rostro rubicundo se animaba notablemente cuando sonreía y por un instante Lynn pensó cuánto más le gustaría poder casarse con alguien como él antes que con el engolado y horrible lord Huxley.

—Constituye una agradable sorpresa el oírle decir eso; había pensado que no aceptaría algo tan humilde.

—Sí, imagino que creía que esperaba ver mi obra encuadernada en media pasta con tiras de piel o algo igualmente ostentoso y de buena calidad.

El señor Holburne no pudo evitar lanzar una risita divertido y sorprendido.

—Sí, no le voy a mentir, suponía que usted esperaba algo así.

—Señor Holburne, sé que mis conocidas se horrorizarían si supieran que escribo este tipo de historias. —Hizo una breve pausa, dudaba si continuar hablando o no—. Mi propia tía me acusó de provocarle pesadillas cuando le regalé el relato "La doncella dormida". Como usted imaginará, nunca he procurado los parabienes de mi círculo social, escribo por el placer de hacerlo y escribo las historias que a mí me gusta leer. Si estas historias consiguen arrancar a los lectores una emoción, si les permiten durante unas horas aislarse de sus problemas cotidianos, si los entretienen, señor Holburne, consideraré que mi trabajo merece la pena.

Los ojos del editor brillaban mientras la contemplaban. Ante él tenía a una joven dama, hermosa y culta, con inquietudes totalmente alejadas a las propias de las jóvenes de su edad. Creía firmemente que sus relatos podrían tener éxito de público, pero se prometió a sí mismo hacer todo lo posible para ayudar a que así fuese.

—Como dijo el gran Cervantes, para componer historias y libros de cualquier tipo, es necesario un gran juicio y un maduro entendimiento, y usted, mi querida señorita Ross, a pesar de su juventud, es una mujer juiciosa.

—Muchas gracias, señor Holburne.

Lynn, poco acostumbrada a los halagos, se ruborizó y, para disimular su desconcierto, tomó un buen sorbo de té, que ya estaba casi frío.

—Debo decirle, señorita Ross, que las ganancias en un principio no serán muy cuantiosas.

—No se preocupe por eso, señor Holburne, no esperaba poder vivir de lo que escribo. "Aunque sería maravilloso si pudiese ser autosuficiente y no depender de la caridad de mi tía y de un matrimonio ventajoso", pensó.

—Bueno, pues, si estamos de acuerdo, solo nos queda redactar y firmar el contrato. Eso me llevará un par de días.

—¿Sería posible llevar a cabo todos estos trámites a través de mensajeros? No siempre me resulta factible venir hasta aquí.

—Por supuesto, señorita Ross, pierda cuidado.

* * *

Los días que siguieron a la entrevista con el señor Holburne transcurrieron en una especie de nebulosa de felicidad. Lynn estuvo muy ocupada revisando el resto de los relatos y retocándolos, sabía ahora que existía una posibilidad muy real de que los publicaran. También se aplicó a continuar el pequeño cuento que estaba escribiendo, "El hombre tras la máscara", con mayor motivación, pensando con afecto en las personas que podrían leerlo. Fueron los días más felices de su vida desde que había muerto su querido padre.

Una idea le rondaba la cabeza. No podía publicar con su propio nombre,

así que debería ir pensando en un seudónimo, un nombre que resultase misterioso y atractivo a la vez. En eso estaba, cuando su tía la reclamó.

—Hemos recibido una invitación al baile de los Steinfield.

—¿Cuándo es el baile, tía?

—El próximo jueves. Me pregunto si lord Huxley asistirá; hace varios días que no sé nada de él. —Lady Hardesly la miró con suspicacia—. Espero que no lo hayas espantado definitivamente con alguna de tus rarezas.

—Claro que no, tía.

Lord Huxley no había vuelto a intentar verla ni ponerse en contacto con ella. Sabía que gozaba de poco tiempo, tarde o temprano el noble iría a reclamarle una respuesta y entonces su tía se enteraría de la propuesta y la obligaría a aceptar. Tenía que pensar en algo, algo rápido para deshacerse de un futuro matrimonio con lord Huxley, pero no se le ocurría nada.

—Bien, eso espero, no tendrás oportunidad de encontrar otro pretendiente mejor que él.

Lynn tuvo que resistir el terrible impulso de reír a carcajadas que la asaltó cuando la oyó referirse a lord Huxley como buen pretendiente. En lugar de eso, se limitó a asentir; esperaba que su tía la despidiese para volver a enfrascarse en la búsqueda de un seudónimo apropiado.

* * *

Lynn miraba en todas direcciones, aliviada al no distinguir la figura compacta y rechoncha de lord Huxley entre los asistentes. El baile de los Steinfield constituía un evento tradicional en cada temporada, por eso, además de los miembros de la aristocracia y sus esposas, se podía ver a multitud de jóvenes damas y caballeros casaderos. Lynn esperaba pasar desapercibida, no tenía especiales ganas de bailar, aunque se dijo que quizá podría poner algo de su parte y tratar de pescar un prometido que le resultase más aceptable que lord Huxley. Sin embargo, el verdadero problema no era su falta de interés, sino la escasez de su dote. Las propiedades de su padre habían pasado a su primo y el dinero que había dejado era muy escaso como dote, por eso sabía que, a pesar de resultar más agraciada que lady Bradley o lady Hillsmith, no tenía como estas a los caballeros revoloteando a su alrededor.

Si había una dama que se destacaba sobre las demás, era lady Stanhope. Sin duda la sensación de la temporada, hija del conde de Stanhope y de una belleza tan perfecta, parecía una figurita de porcelana de Sèvres. El hecho de que no acabase de decidirse por uno de los múltiples admiradores que la rondaban con frecuencia la hacía aún más apetecible, suponía Lynn.

Ella se mantenía algo apartada del grupo de jóvenes; sabía que ninguno de los jóvenes allí presentes le dedicaría más que unas corteses palabras y deseaba evitarse la humillación de sentirse el patito feo del baile. Lady Hardesly permanecía cerca de ella, parloteando con otras matronas, mientras ella fingía estar encantada de permanecer como un jarrón a su lado, con una sonrisa hueca dibujada en la cara. En ese momento, sintió que le tocaban con delicadeza el hombro y, al volverse, tuvo que alzar la vista para encontrarse con los claros y fríos ojos de lord Tottenham.

—Señorita Ross, qué agradable verla aquí.

—Lo mismo digo —murmuró ella, aunque su mirada asustada transmitía claramente lo contrario.

Samuel se dio cuenta de la sorpresa que le causaba a la joven y del fastidio que sentía. Sin poder evitarlo, insinuó una media sonrisa, que alzó la comisura de sus bien dibujados labios.

—Me preguntaba si tendría algún baile libre para concederme.

A Lynn le hubiese gustado mentir, pero sabía que sería fácilmente descubierta; además, la mentira siempre la hacía sentir incómoda.

—Mi carnet de baile está vacío.

Samuel alzó las cejas al oírla y lanzó una breve risa, sinceramente divertido.

—¡Qué franqueza tan refrescante la suya, señorita Ross! No puedo decir que lo lamente… ¿El vals, quizá?

Lynn deseó negarse; lord Tottenham era un hombre muy atractivo, guapo incluso, elegante y bien educado, pero había algo en él que la atemorizaba. Su frialdad quizá o la forma de mirarla tan fijamente hacía que se sintiera como un pequeño insecto bajo una lupa. Junto a él perdía parte de su aplomo y se sentía constantemente como una niña pequeña temiendo decir una inconveniencia. Sabía que negarse, habiendo admitido que no tenía ningún baile comprometido, sería una descortesía imperdonable.

—De acuerdo.

—Estupendo. Volveré a buscarla. No se desvanezca mientras tanto, señorita Ross.

Lynn observó cómo el conde se alejaba con pasos elásticos y ágiles. Se destacaba entre los hombres presentes por su apostura y su seguridad. Un puño pesado se le instaló en las entrañas al pensar que, en unos minutos, estaría entre sus brazos bailando el vals y tuvo la seguridad de que le sería imposible concentrarse en los pasos.

A su alrededor varias personas habían observado el intercambio entre ambos con diferentes sentimientos. Lady Hardesly fruncía el ceño, extrañada por que el conde de Tottenham pareciese sentir cierta inclinación hacia su sobrina. Se había propuesto como objetivo casarla cuanto antes, pero ¿un conde? No resultaba probable que un hombre con la fortuna, la posición y el prestigio de lord Tottenham sintiese un interés real por Lynn. Además, no le gustaba la idea de que su sobrina, la hija de ese hermano descarriado, se casase con un conde cuando su propia hija lo había hecho con un barón.

Lady Kindersley miraba fascinada y sonriente cómo su hermano se acercaba a la señorita Ross, segura de que su corazonada era cierta. Por otra parte, lady Stanhope, que a pesar de coquetear con su séquito habitual no perdía de vista a lord Tottenham, sintió cómo la extrañeza y el agravio la inundaban por igual. ¿Sería posible que esa extraña e insulsa criatura estuviese recogiendo frutos en un terreno que a ella se le había mostrado yermo? No, no lo creía ni remotamente posible; tendría que haber otra explicación.

CAPÍTULO OCHO

Samuel sabía que la señorita Ross escondía algún secreto y se había propuesto desentrañarlo. La joven lo intrigaba y lo divertía. Cuando la divisó entre la multitud de damas y caballeros que revoloteaban en el salón de baile de los Steinfield, no pudo evitar esbozar una sonrisa sabiendo que la monotonía de esos bailes acababa de ser rota por la presencia de la señorita Ross.

Apenas sabía nada de ella, pero su falta de afectación, lo directo de sus respuestas y, por qué no, su evidente belleza, le llamaban la atención poderosamente. En otras circunstancias, le habría gustado interrogar a Margaret para saber más cosas sobre la esquiva dama, pero sabía que su hermana malinterpretaría ese interés y no quería dar esperanzas a las pretensiones de Margaret. La joven lo intrigaba, sí, incluso sentía cierto interés por ella, pero no tenía la más mínima intención de cortejarla.

Aunque se hallaba departiendo con otros nobles sobre las últimas leyes que se habían aprobado en el Parlamento, no perdía de vista la pista de baile y, en el momento en que se anunció el vals, se disculpó y fue a reclamar su baile. Con cierta sorpresa, notó que se sentía algo ansioso. Cuando la divisó, ella lo miraba fijamente con sus hermosos ojos castaños muy abiertos.

—Señorita Ross, mi baile.

Ella extendió la mano enguantada en un grácil movimiento y ambos se dirigieron a la pista de baile. Lynn sintió bajo su mano la fuerza y calidez que desprendía el hombro de lord Tottenham. Debía alzar la vista para mirarlo a la cara y, al hacerlo, se topó con unos ojos azules fijos en ella. Por unos segundos, no pudo apartar la mirada, le pareció que el conde era hipnóticamente hermoso. La mandíbula cuadrada y el hoyuelo de la barbilla le conferían el aspecto de una escultura clásica; su boca era grande, de labios finos. Su cercanía la turbaba, hacía que se sintiera torpe. Al percatarse de que se había quedado contemplándolo absorta, apartó la vista y la fijó en su cuello, de líneas esbeltas y firmes.

—¿Se divierte, señorita Ross?

—No demasiado.

Las personas que los rodeaban los miraron con sorpresa al oír la carcajada del conde de Tottenham. Él no solo no asistía mucho a ese tipo de eventos, sino que, cuando lo hacía, parecía evitar la compañía femenina como

quien evita una plaga.

—Eso no es demasiado halagador. —Su voz tenía un dejo burlón.

—Oh, bueno, no me refería a este momento en concreto, milord. —Lynn enrojeció al darse cuenta de que había sido descortés—. En realidad, me gusta bailar, pero no suelo hacerlo a menudo, como habrá podido comprobar.

—Me pregunto por qué.

—No hay ningún misterio en eso, milord. Mi dote es bastante insignificante.

Samuel asintió; sabía que la mayoría de los caballeros buscaban damas de buena familia que pudiesen acrecentar la fortuna familiar con una más que generosa dote. Si bien la señorita Ross provenía de una familia de excelente reputación, no gozaba de título ni dote.

"Idiotas", pensó. La señorita Ross era, probablemente, la mujer más interesante de ese lugar y casi con seguridad acabaría la temporada sin una sola proposición matrimonial. Comenzó a estudiarla mientras giraban bajo los acordes del vals. Llevaba el mismo vestido que el día de la ópera y, aunque se trataba de un vestido que cumplía perfectamente las normas del recato, sus ojos no podían evitar deslizarse por la cremosa piel que el escote dejaba a la vista. Tuvo que contenerse para no acariciarle la mejilla para comprobar si era tan suave como parecía. La señorita Ross era bella de un modo muy original, como todo en ella. Con el pelo tan negro como blanca su piel, los ojos de un marrón tan claro se destacaban como luciérnagas en una noche sin luna. Bajo su mano, notaba la cintura firme y tan pequeña que pensó que podría abarcarla si lo dejase. Sí, era una tentación deliciosa, y tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para recordarse que no le había pedido el baile para deleitarse con sus numerosos encantos femeninos, sino para desentrañar el misterio que ella suponía.

—Señorita Ross, por si no lo recuerda, dejamos una conversación pendiente el día que nos encontramos en la ópera.

—Yo creo que no, milord.

Había sido raro que no sacara el tema, pensó Lynn a la vez que apretaba los labios con disgusto. A Samuel no le pasó desapercibido el gesto, así que no se lo iba a poner fácil.

—¿Qué oculta, señorita Ross? Imagino que no se le escapa que, si me lo propongo, puedo averiguar qué hacía en Southwark aunque no me lo cuente.

Lynn sopesó unos instantes la conveniencia de decirle una mentira, algo que satisficiera la curiosidad del conde y lo alejara de pesquisas que pudiesen conducirlo hasta la editorial, pero supo que él se daría cuenta. Además, no se le ocurría nada que decir.

—Lord Tottenham, si se lo dijera, usted perdería todo el interés en mí. Prefiero que siga pensando que oculto un escandaloso secreto a que descubra la anodina verdad.

—Señorita Ross, no juegue conmigo. —Su voz sonó severa—. Usted y yo sabemos que mi interés la molesta.

Lynn comenzó a sentirse enfadada y lo miró echando chispas por los ojos.

—Por supuesto que me molesta, milord. —Habló entre dientes, esperaba que nadie más que él oyese lo que tenía que decirle—. No sé con qué derecho se arroga la potestad de interrogarme sobre mis actividades, que a usted en nada le incumben. Si su holgada vida le provoca insatisfacción, búsquese una afición, las apuestas, la caza, cualquier cosa…

—Le aseguro, señorita Ross, que en mi vida encuentro muchas satisfacciones, no me faltan distracciones de ningún tipo. —La mirada explícita que él le lanzó hizo que las mejillas de Lynn se colorearan.

En ese momento el vals acabó y Lynn tuvo que contenerse para no lanzar un suspiro de alivio y salir corriendo. Haciendo una breve flexión de rodillas, dio la vuelta y se marchó a buscar el rincón más alejado del salón de baile. A su espalda Samuel la observaba alejarse, ajeno a las miradas de curiosidad que su actitud había despertado entre los que lo rodeaban.

En el camino de regreso a casa, Lynn tuvo que soportar un nuevo interrogatorio, esta vez de su tía.

—¿De qué han hablado el conde y tú?

—De nada en particular, tía, hemos alabado la decoración del salón de los Steinfield.

—¿Solo eso? —La miró con suspicacia—. Parecía que mantenían una conversación de lo más animada.

Lynn hizo un gesto casual con la mano, como quitando importancia a las palabras de lady Hardesly.

—No, tía. Me preguntó si me gustaba el baile y si me estaba divirtiendo.

Afortunadamente, la mujer no insistió más, pero no dejó de mirarla con expresión calculadora.

* * *

La inexplicable atención del conde pareció concentrar la atención de los miembros de la buena sociedad en Lynn. De repente, empezaron a llover invitaciones a todos los actos y eventos que se realizaban, como si la señorita Ross hubiese adquirido una pátina de distinción extra por el simple hecho de que lord Tottenham se hubiese dignado a hablarle. Lynn comprendía perfectamente cómo eran las reglas de la sociedad en la que se movía y reconocía la importancia de seguirlas para ser aceptada como miembro de pleno derecho. El incumplimiento llevaba al ostracismo social, a la vergüenza sobre la familia y, en algunos casos, al repudio y la soledad. Muchas de esas reglas no escritas le parecían absurdas y otras muchas le resultaban risibles, pero jamás expresaría algo así en voz alta, pues no sentía ningún deseo de vivir como una paria.

Ese día se dirigía junto a su tía a un pícnic organizado por lady Stanhope en St. James' Park, situado en la zona de Westminster, lugar de moda desde que el príncipe regente había ordenado la remodelación al arquitecto y paisajista John Nash. Junto al lago en el que había transformado el canal, tendría lugar la reunión. No era lo habitual que se invitara a una merienda de pícnic en un parque público, pero el buen tiempo de esos días y la posibilidad de gozar de los agradables paseos que el lugar ofrecía habían llevado a lady Stanhope a organizar esa reunión. A Lynn la idea le había parecido encantadora, mucho más apetecible que las aburridas veladas a tomar el té, donde tenía que permanecer sentada con la espalda recta durante casi una hora, o los bailes multitudinarios donde, habitualmente, nadie parecía reparar en ella. "Excepto el conde de Tottenham", pensó con un ligero sobresalto.

Mientras el carruaje las conducía hacia Marble Arch, pensaba en lo agradable que sería poder recostarse en el césped y contemplar el lago o caminar por los románticos paseos del parque. Lady Hardesly, por el contrario, iba rezongando sobre lo inadecuado de la invitación, segura de que estaría todo lleno de insectos y de que el ágape que ofrecerían se llenaría de hormigas. Lynn ni siquiera intentó hacerla cambiar de opinión: había comprobado que parecía redoblar sus críticas cuando ella mostraba interés por algo. Se dijo que quizá, si hubiese mostrado entusiasmo e interés por lord Huxley, su tía tal vez lo habría considerado un mal partido. Sin poder evitarlo, soltó una risita involuntaria ante el pensamiento.

—¿Te parece gracioso tomar un sándwich lleno de hormigas?

—Oh, claro que no, tía Helen.

—Pues no sé a qué viene esa risita tonta.

Lady Hardesly la miró frunciendo el ceño, pero resolvió no seguir con el tema, ya que el cochero se había detenido. Cuando llegaron al lago, una multitud de jóvenes y acompañantes charlaban excitados. Los criados extendieron un mantel en el suelo y, con un suspiro de alivio, lady Hardesly observó que habían llevado banquetas plegables, donde se iban acomodando las matronas. El entusiasmo de Lynn se enfrió un poco al percatarse de que las jóvenes damas y los caballeros ya se habían agrupado, y que su llegada la colocaba en la difícil posición de meterse de rondón en alguno de los grupos. Al parecer se estaba organizando algún tipo de juego. En ese momento, distinguió a lady Kindersley y una sonrisa se le dibujó en el rostro.

Samuel observó la llegada de la señorita Ross con una extraña emoción; desde que había llegado junto a su hermana, quince minutos antes, la hermosa lady Stanhope lo había acaparado y ahora la tenía agarrada al brazo mientras establecían los equipos para la partida de croquet que se disponían a jugar. Para ello, los criados de los Stanhope estaban clavando unos arcos metálicos en el mullido césped que rodeaba el lago. Samuel fijó la vista en la sonrisa de la señorita Ross y, al observar los graciosos hoyuelos que se le marcaban en las mejillas, se dio cuenta de que era la primera vez que la veía sonreír. Al seguir su mirada, se dio cuenta de que la sonrisa iba dirigida a su hermana, que permanecía sentada en el semicírculo que habían formado las personas de más edad.

La presencia de la señorita Ross hizo que lo que en un principio había acometido como un deber inexcusable y aburrido se transformara en una tarde llena de posibilidades. Por qué lo animaba la presencia de esa dama en particular era una pregunta que no estaba preparado para responder aún.

Lady Stanhope sintió la tensión de lord Tottenham y, al tratar de adivinar qué había provocado esa reacción, se dio cuenta de que la señorita Ross acaba de llegar. Alzó el brazo y la llamó:

—¡Señorita Ross, acérquese! ¡Vamos a comenzar una partida de croquet!

En ese momento Lynn distinguió al conde y una extraña sensación de malestar la inundó. El aplomo del que había hecho acopio para afrontar la tarde, sabiendo que la ignorarían y podría disfrutar de tranquilidad, se esfumó y se sintió desvalida y nerviosa. Improvisó una sonrisa y se acercó al grupo rezando para que lord Tottenham no percibiera su inquietud. Trató de ignorar

la presencia del conde, así que prestó una atención exagerada a las reglas del juego.

—Habitualmente, se juega dos contra dos —explicó lady Stanhope, mientras lanzaba una mirada alrededor—. Somos siete, podríamos hacer dos grupos de tres, pero…

Lynn percibió la mirada de la joven fija en ella y sintió cómo el rubor le inundaba las mejillas. Humillada, se disponía a renunciar al juego cuando el conde se adelantó:

—Yo no jugaré y haré de árbitro.

—¡Pero, lord Tottenham! Yo esperaba que formase parte de mi equipo.

Lady Stanhope lo miró con un delicioso mohín frunciendo los labios.

—Créame, haré mejor papel de árbitro.

Sin dar ocasión a que la joven volviese a añadir nada más, soltó suavemente la mano que le sujetaba el brazo y se dirigió hacia el lugar donde su hermana se hallaba sentada. Lady Stanhope lanzó una mirada a Lynn llena de furia y esta sintió cómo el enfado la inundaba. La joven la había llamado para que participase en el juego, luego le había dejado ver de forma implícita que sobraba y ahora la culpaba porque lord Tottenham había renunciado a jugar para que los equipos fuesen pares. Decidida a no dejarse amilanar, alzó la barbilla y exclamó con falso entusiasmo:

—¡Problema resuelto!

Al hacer los equipos, lady Stanhope procuró que no estuviesen en el mismo, lo cual a Lynn le pareció bien. Nunca había jugado al croquet, pero las reglas parecían sencillas; además, debido al campo improvisado, estas se habían simplificado. Cuando comenzaron la partida, pareció evidente que el objetivo de lady Stanhope era ganar a toda costa. Lanzaba comentarios mordaces cuando en su equipo alguien fallaba el golpe y ridiculizaba a los rivales. Lynn se prometió a sí misma no responder a las burlas y provocaciones de la dama, sobre todo porque era la primera vez que jugaba al croquet y no podía sostener con sus acciones una actitud prepotente. Se dio cuenta de que, si ignoraba a lady Stanhope, el juego era entretenido y su entusiasmo fue creciendo a la vez que mejoraba el manejo del mazo. La primera vez que consiguió hacer pasar la bola por el arco lanzó un grito de alegría y dio varios saltitos que le valieron una mirada de desprecio de lady Stanhope.

Algo más alejada, sentada alrededor del primoroso mantel que los

criados habían extendido, lady Kindersley dividía la atención entre la charla que se producía a su alrededor y el regocijo que le producía observar a Samuel, recostado indolentemente en la hierba y contemplando con atención el juego. Ella estaba segura de que era la señorita Ross la destinataria de su atención. En cuanto conoció a la joven, intuyó que llamaría la atención de su hermano. A menudo habían charlado sobre lo frívolas e insulsas que le resultaban las damas casaderas de la alta sociedad. Cuando Margaret conoció a lady Wells, se dio cuenta de que su hermano había sabido encontrar entre las jóvenes de buena familia una que hacía gala de una personalidad propia, y alabó su buena elección. Desafortunadamente, nada había salido como ellos esperaban. Su interés ahora era sacar a su adorado hermano de la tristeza y apatía en la que la ruptura del compromiso con Emma lo había sumido. Sabía que él negaría rotundamente esos sentimientos, pero ella lo conocía muy bien: su hermano no había vuelto a ser el mismo desde que la relación con lady Wells se había roto. Había esgrimido su deber de darle un heredero al título como una oportuna excusa.

Cuando el juego terminó con la victoria del equipo de lady Stanhope, Lynn tendió el mazo a uno de los criados que había acudido presto y sonrió satisfecha. A pesar de las pullas y chiquilladas de la anfitriona, lo había pasado bien y su rostro arrebolado y relajado daba buena cuenta de ello.

Tras recogerlo todo, los criados comenzaron a sacar las viandas que habían traído en las enormes cestas: sándwiches de huevo duro, quesos, tartaletas de frutas, limonada, rebanadas de pollo frío… La visión de estas exquisiteces animó al grupo y todos se fueron acomodando alrededor del mantel. Lady Stanhope corrió a sentarse al lado de lord Tottenham y Lynn lo hizo cerca de su tía, aunque alguno de los jóvenes presentes pareció mostrar un interés inusitado en acercarle bocados de las exquisiteces que se servían.

—Tal vez la señorita Ross tenga a bien relatarnos una de las historias que escribe.

Acababa de tomar una de las tartaletas que le ofrecía el señor Haverston cuando palideció y sintió que un frío la invadía por completo al oír a lady Stanhope. Las miradas curiosas de todos los asistentes se clavaron en ella.

—He oído que son terribles, llenas de monstruos deformes y mujeres… licenciosas.

La burla en la voz de la joven era evidente. Se hizo un silencio ominoso durante el cual Lynn sintió un extraño pitido en los oídos. Lanzó una mirada acusadora a su tía, que tuvo la decencia de apartar la mirada ruborizada, aunque levantó la barbilla como retándola a negarlo. En ese momento, la voz del conde rompió el silencio que se había instalado en el pequeño grupo.

—¡Una escritora entre nosotros! ¡Qué maravilla!

Lynn sintió cómo la mortificación se volvía casi insoportable. Estaba segura de que el comentario del conde tenía la intención de ridiculizarla aún más.

—Tienes razón, querido. —Lady Kindersley le dedicó una sonrisa tan cálida que Lynn tuvo ganas de llorar de agradecimiento—. Tal vez mañana la señorita Ross podría venir a tomar el té a Tottenham Manor y hablarnos sobre esa encantadora faceta suya.

Lynn tuvo que realizar un gran esfuerzo para evitar mirar a la condesa con la boca abierta; era perfectamente consciente de lo que hacía: apoyarla frente a todos los testigos para neutralizar el malicioso comentario de lady Stanhope. Sintió una oleada de agradecimiento recorrerla por entero.

—Por supuesto, lady Kindersley, será un placer —murmuró con la voz ligeramente temblorosa.

La conversación se reanudó como si nada hubiese ocurrido y Lynn tuvo que reprimir un suspiro de alivio, aunque desde ese momento permaneció cabizbaja, incapaz de enfrentar las miradas de curiosidad que percibía a su alrededor, y respondiendo con evasivas a los intentos por hablar que hacían los asistentes. Lady Stanhope, por su parte, sentía que la rabia la desbordaba. Había tratado de ridiculizar a la señorita Ross mostrando lo inadecuada y estrafalaria que era, pero, en lugar de humillarla, había conseguido que lady Kindersley y lord Tottenham la invitaran a su residencia.

Samuel pensaba sorprendido en lo que acababa de averiguar respecto a la enigmática señorita Ross. Verdaderamente interesado por saber más sobre esa misteriosa joven, se preguntaba si su afición por la escritura tenía algo que ver con la visita a Southwark. Una sonrisa se le dibujó en los labios mientras la contemplaba; interpretando correctamente su incomodidad, decidió no comentar nada más al respecto, seguro de que tendría ocasión de hablar a solas con ella. Sentía una genuina curiosidad por descubrir todos los secretos que guardaba la aparentemente insulsa señorita Ross.

Capítulo nueve

El camino de vuelta lo realizaron en absoluto silencio. Por una vez, lady Hardesly parecía no tener nada que criticar del pícnic al que acababan de acudir. Aunque pareciera extraño, daba la impresión de que se sentía algo culpable por el hecho de que las confidencias y críticas que hacía de su sobrina entre sus amistades hubiesen servido a lady Stanhope para ridiculizarla.

Pensar en la joven hizo que Lynn volviese a sentir la furia hervir en su interior. ¡Qué mezquina y cruel había sido! Y de qué manera tan ridículamente ostentosa se había pavoneado con lord Tottenham tomado del brazo. Claro que él no había parecido muy disgustado por ese despliegue de posesividad, más bien se lo notaba encantado, mirando con arrobo a lady Stanhope y respondiendo con risas a todas sus ridículas ocurrencias. Bien, sin duda se merecían el uno al otro.

Cuando llegaron a la residencia de sir Hardesly, los frágiles pilares sobre los que había depositado sus esperanzas de impedir el casamiento con lord Huxley cayeron estrepitosamente. Nada más atravesar el umbral de la puerta, el mayordomo le entregó a su tía un sobre.

—Ha llegado este mensaje para usted, lady Hardesly.

Tras leer el nombre del remitente, lady Hardesly clavó la mirada inquisitiva en ella.

—Lord Huxley por fin da señales de vida.

Lynn sintió que el calor se le escapaba del rostro y, sin que lograra evitarlo, comenzaron a temblarle los dedos. Para impedir que su tía notase esa agitación, apretó las palmas.

—Tal vez sea para mí —murmuró.

—¡Por supuesto que no! Sería totalmente inconveniente y fuera de lugar que un caballero se dirigiera a una joven dama soltera. ¿Es que acaso no te he enseñado nada?

Lynn se mordió el labio inferior y agachó la cabeza; aunque no conocía el contenido de la misiva, podía suponer qué decía. Su tía abrió el sobre y sacó la cuartilla. Cuando levantó la vista y la miró, tenía los labios apretados en una fina línea y parecía despedir llamas por los ojos.

—Lord Huxley me pregunta si puede visitarte dentro de dos días a fin de que le des una respuesta a la proposición que te hizo, ya que la próxima semana desea marcharse de la ciudad y volver a su residencia. ¿Acaso esa proposición es la que llevamos tanto tiempo esperando?

—La que llevas esperando tú, tía Helen —musitó ella cabizbaja.

Lady Hardesly tomó aire con fuerza al oír esa respuesta y Lynn se preparó para el exabrupto que sabía que vendría a continuación.

—¡Ingrata! ¿Así es como pagas mis desvelos por ti?

—Tía Helen, no quiero casarme con lord Huxley.

—¿Acaso crees que estás en posición de elegir? No tienes dote, no tienes título y, además, eres impulsiva y extravagante —añadió con mordacidad—. Deberías estar arrodillada en el suelo agradeciéndole a Dios que haya permitido que un caballero como lord Huxley se haya fijado en ti.

—¡Podría ser mi padre!

—Su experiencia te ayudará a saber conducirte como una buena esposa y madre.

—Pero no tenemos nada en común.

Lynn sentía que las lágrimas de frustración amenazaban con brotarle de los ojos sin que pudiera hacer nada para detenerlas.

—No pienso escuchar más sandeces. —Su tía endureció la voz—. Dentro de dos días aceptarás la propuesta de lord Huxley. En caso contrario, debes considerar abandonar mi casa y la protección de mi esposo y mía.

Lynn palideció; aunque su tía la había amenazado anteriormente con echarla de la casa si persistía en la negativa de casarse con lord Huxley, en su interior había mantenido la esperanza de que no lo pensara en serio. Sin embargo, observando la dureza con la que la miraba y el gesto decidido de su barbilla, comprendió que, si no se casaba con lord Huxley, se vería en la calle, sin ningún lugar al que acudir y sin dinero. Incrédula, movió la cabeza.

—Nunca te he importado lo más mínimo.

—Te he dado techo y comida durante cuatro años. Te he buscado un pretendiente honorable y rico que te mantendrá sin que debas temer ningún tipo de penalidades, ¿qué más crees que te debo?

De pronto, se dio cuenta de que para lady Hardesly su actitud era

absolutamente incomprensible, seguramente provocada por un capricho absurdo, como le había dicho más de una vez. Los intereses y anhelos de su tía y los suyos estaban tan alejados como la Tierra del Sol. Lady Hardesly jamás entendería que para ella ningún bienestar material supliría la plenitud de sentirse libre para tomar sus propias decisiones. Sin añadir nada, le dio la espalda y comenzó a subir las escaleras que llevaban al dormitorio. Una vez segura en sus dominios privados, se arrojó a la cama y dejó que las lágrimas de impotencia y tristeza le rodaran libremente por el rostro.

* * *

Al día siguiente, mientras se dirigía en el coche de alquiler a la residencia de lord Tottenham, permanecía abstraída en su próximo compromiso con lord Huxley. Lynn se sentía agobiada y profundamente triste por lo que preveía un enlace inevitable. Con alivio comprobó que su tía había decidido no acompañarla.

—Parece evidente que la invitación iba dirigida solo a ti.

En su voz se traslucía cierta inquina. La acompañó Patsy, que iba tan emocionada como si fuese a conocer a la reina en persona.

Mecida por el bamboleo del coche de alquiler, daba vueltas a su dilema. Lady Kindersley parecía una mujer bondadosa y amigable, muy distinta de las estiradas amistades de su tía. Aun así, Lynn comprendía que, aunque le explicara la situación en la que se encontraba y aunque la dama se apiadase de ella, no podría hacer nada, ya que quedaba fuera de toda posibilidad que socavara la autoridad que sobre ella tenían su tía y sir Hardesly. No, sus opciones eran o el matrimonio con lord Huxley o la indigencia. En ambos casos, debería renunciar al sueño de escribir.

Aunque lord Huxley le repelía en muchos aspectos, Lynn pensaba que podría tolerar ser su esposa si él se mostrara un poco menos estirado y severo. Ella sabía que lord Huxley se opondría tajantemente a que ella siguiera escribiendo y, sobre todo, a que sus relatos fuesen publicados. Por otro lado, si su tía la echaba de casa, solo tendría unas pocas libras y debería buscar un trabajo para mantenerse. A Lynn no la habían educado de espaldas a la sociedad en que vivía y sabía que las posibilidades de supervivencia de una mujer sola eran escasas, y a cual más horrible.

Al igual que en su anterior visita, lady Kindersley la estaba esperando en la salita. Al verla, se levantó del sillón en el que estaba, estiró las manos para

tomar las suyas, que Lynn notaba agarrotadas.

—¡Querida señorita Ross! Qué placer tenerla aquí.

—El placer es mío, lady Kindersley.

Con un gesto, la condesa le pidió que se sentara frente a ella; Patsy, que a duras penas podía ocultar la admiración por todo lo que la rodeaba, tomó asiento algo alejada, después de que Lynn se lo indicara con un gesto.

—Disculpe que se lo diga, querida, pero no tiene buen aspecto, ¿acaso está enferma?

Lynn no se extrañó por el comentario de la condesa: esa noche apenas había podido pegar ojo.

—Oh, no, no, me encuentro bien, lady Kindersley. Ha sido una mala noche; tuve una pesadilla y no pude volver a conciliar el sueño.

—Espero que esa pesadilla no haya tenido nada que ver con lo que sucedió ayer en el pícnic. —La voz de la condesa adquirió un tono cálido—. Querida niña, no deberías dejar que esos comentarios maliciosos te afectasen. Cuando una hermosa flor brota en el prado, las malas hierbas abundan para ocultarla.

Lynn sonrió divertida y se preguntó con nostalgia por qué su tía no podía ser una persona como lady Kindersley, tan amable y comprensiva. La entrada de una criada que portaba una bandeja con el servicio de té y algunos pastelillos le ahorraron una respuesta.

—Lidia, por favor, avísame cuando llegue el conde —murmuró la condesa a la joven criada.

—Sí, milady.

—Así que escribe libros… —comentó la condesa tras tomar un sorbo de té.

—Más bien relatos, lady Kindersley.

—¿Qué tipos de relatos?

Lynn bebió un sorbo de té mientras se daba tiempo para pensar la respuesta. No quería que la condesa se espantara de la misma forma que le había ocurrido a su tía cuando le regaló una de sus historias.

—Mis relatos son algo tenebrosos, llenos de misterio y romances

imposibles…

—¡Qué prodigiosa imaginación debes tener para escribir algo así!

Para su sorpresa, en la voz de lady Kindersley no pudo detectar ningún tipo de reproche, sino que parecía francamente admirada. Al no encontrar ninguna acritud, Lynn se relajó.

—Desde muy pequeña he sido una lectora voraz, leía todo lo que caía en mis manos, hasta el punto que mi padre, que siempre me había animado a ser curiosa y a cuestionarme el mundo en el que vivimos, tuvo que racionar mis lecturas. "Acabarás como Don Quijote", me decía.

Al recordar a su padre, la voz de Lynn se dulcificó.

—Era muy importante para ti, ¿no es cierto?

Lynn asintió; los ojos le brillaban por la emoción.

—Mucho, milady. Mi madre murió cuando yo tenía dos años, así que no recuerdo nada de ella. Mi padre lo era todo para mí.

Margaret asintió a la vez que la compasión y la admiración por esa increíble joven la inundaban. Perder un padre dedicado y cariñoso para ser tutelada por alguien como lady Hardesly no debió ser nada fácil para ella. Pero, en lugar de doblegarse bajo el férreo dominio y la estricta severidad de su tía, había encontrado la manera de mantener intacta su propia esencia.

En ese momento Lidia, la criada, irrumpió en la salita.

—Milady, lord Tottenham acaba de llegar.

La condesa se puso en pie.

—Discúlpeme, señorita Ross, vuelvo enseguida.

Lynn escuchó las voces de la condesa y lord Tottenham en el recibidor, luego estas se fueron alejando hasta que volvió a oírlas con algo más de nitidez. Extrañada, se puso en pie para tratar de determinar de dónde venía el sonido. Entonces se dio cuenta de que en una de las paredes de la estancia había una puerta tan bien integrada con el fondo de la pared que le había pasado desapercibida en su primera visita. Al prestar algo más de atención, le pareció que la condesa y su hermano estaban discutiendo, pero pensó que debía haber interpretado mal la situación. Sintió una enorme curiosidad sobre lo que hablaban. Sabía que, si se acercaba a la puerta, podría distinguir las palabras que se dirigían a la perfección, pero también era consciente de que un

comportamiento así era totalmente reprobable; si la sorprendían espiando, no se recobraría nunca de la vergüenza. Entonces encontró una solución a su dilema. La pared en la que se encontraba la puerta estaba llena de cuadros y pequeñas miniaturas en moldes dorados: bien podría acercarse y echar un vistazo a lo que las pinturas representaban. Si alguna de las criadas entraba, solo vería a la joven contemplando los cuadros. Acalló las tibias protestas de su conciencia, se puso en pie y se acercó a la puerta.

Margaret observaba a su hermano con gesto de exasperación; había tenido que seguirlo hasta el despacho, ya que se había negado a acompañarla a la salita.

—Sé lo que tratas de hacer trayéndome a jovencitas como si estuviésemos en una feria de ganado y tuviese que elegir una buena vaca de cría.

—Samuel, no te cuesta nada mostrarte cortés con la señorita Ross y pasar a saludarla un momento.

—La señorita Ross no tendría ni que saber si yo estoy o no estoy, con lo cual, si se siente ofendida, será enteramente por tu culpa.

—Creía que te gustaba…

Samuel levantó la vista de los papeles que fingía mirar y clavó la mirada enfadada en el rostro de su hermana. Margaret no pudo evitar echarse hacia atrás ligeramente, impresionada por la furia que mostraban los ojos de su hermano.

—Sí, apuesto que eso es lo que creías, y de ahí que últimamente me encuentre a la señorita Ross hasta en la sopa.

—¡Oh, vamos, no seas injusto! Nadie te obligó a bailar con ella en la recepción de los Steinfield.

—Como sin duda sabes, un verdadero caballero debe sacar a bailar a la dama que menos demanda tiene. Estoy seguro de que es una norma que viene en el *The Essential Handbook of Victorian Etiquette*.

—Estás decidido a no dar el brazo a torcer, ¿no es cierto?

Samuel apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante todo lo que la mesa se lo permitía.

—Margaret, acabemos ya con esto. No siento ningún deseo de casarme; no necesito una esposa que me controle las salidas, que monopolice mi tiempo

o que me impida seguir viendo a mis… amistades.

—Te equivocas, querido hermano: necesitas una esposa porque tus amistades no pueden darte herederos legítimos.

—No se te escapará el hecho de que los hombres podemos ser fértiles hasta muy avanzada edad. Solo tienes que mirar a lord Ashburton, ya ha cumplido los setenta, tiene cinco retoños y su joven esposa vuelve a hornear un bollo en su horno.

—¡No seas tan vulgar!

—¡No lo sería si tú me dejaras en paz de una maldita vez!

Los dos hermanos se midieron en silencio: dos formidables contendientes que no estaban dispuestos a ceder ni un ápice de terreno al contrario. Tras unos segundos durante los cuales Margaret sopesó sus opciones, se dio cuenta de que, mientras Samuel persistiera en esa actitud, ella no podría hacer nada. Inspiró profundamente y asintió.

—¡Está bien! No me inmiscuiré en tus asuntos. De hecho, mañana mismo haré mi equipaje y volveré a casa.

En otras circunstancias, Samuel habría sentido una punzada de culpabilidad al oír a su hermana, esa vez solo experimentó una liberadora sensación de alivio. No quería volver a ver a la señorita Ross, no quería tener que asistir a más bailes, eventos y recepciones que a los que fuesen inevitables, no quería tener que profundizar en lo que sentía. Su vida había transcurrido por unos derroteros plácidos hasta que a Margaret se le había ocurrido presentarse allí y ponerlo todo patas arriba. Después de la tarde que había pasado observando a la señorita Ross en el maldito pícnic, apenas había podido conciliar el sueño rememorando cada uno de sus gestos y expresiones. Se dijo que su curiosidad quedaría sin ser satisfecha; pensaba mantenerse todo lo lejos de la señorita Ross que fuese posible.

—No es necesario que te marches con tanta premura —se obligó a decir.

—Sí, lo es. No soporto mirarte y no reconocer en ti al hermano con el que he crecido y al que tanto amo. Mientras sigas empeñado en ocultarte tras la máscara que has construido desde que Emma te abandonó, no esperes que vuelva a visitarte. No entiendas en mis palabras un chantaje o un ultimátum, sino que simplemente duele demasiado ver cómo te vas secando al igual que un árbol cuyas raíces no llegan al agua.

En ese momento, un débil golpecito en la puerta que comunicaba con la salita los sobresaltó. Antes de que pudieran dar el permiso, esta se abrió y, con

consternación, vieron entrar a la señorita Ross. Estaba pálida, pero se la veía extrañamente serena.

—Milord, ¿puedo hablar un minuto con usted? —Dirigió una mirada de disculpa a la condesa—. A solas.

CAPÍTULO DIEZ

La condesa los miró de hito en hito; la consternación y la sorpresa se le dibujaron en el rostro, abrumada por la evidencia de que la joven había oído la conversación que acababa de mantener con su hermano. Lord Tottenham, por su parte, no dejó traslucir ni en su gesto ni en su voz ninguna sorpresa por la extraña petición de la señorita Ross. Asintiendo, como si no hubiese nada de inusual en la situación en la que se encontraba, respondió:

—Por supuesto, señorita Ross, pase.

Su imperturbabilidad era en gran parte fingida; Samuel no sabía qué esperar, imaginaba que la joven había oído parte o toda la conversación que había tenido con su hermana y que probablemente le esperaban unos minutos de molestas recriminaciones. Aunque nunca había pretendido que la joven los escuchara, le parecía que en el fondo estaba bien, ya que eso pondría las cosas en su sitio. No es que sospechara que la señorita Ross albergara ningún tipo de ilusión romántica respecto a él, pero, si ese fuese el caso, el problema se había solucionado de un plumazo.

—No es muy decoroso que una dama soltera se quede a solas con un caballero —intervino lady Kindersley, con la perplejidad aún visible en el rostro.

—Se trata de un asunto de vital importancia.

Al oír a la señorita Ross, Samuel alzó las cejas. Nunca le había parecido una joven inclinada al melodrama, así que la curiosidad que sentía por el motivo de su presencia en el despacho aumentó considerablemente.

—De acuerdo —asintió la condesa—. Los dejaré solos cinco minutos.

Lynn esperó a que la condesa saliese y se volvió a mirar a lord Tottenham; se sentía invadida por el nerviosismo, pero a la vez absolutamente segura de lo que iba a decirle. La idea había surgido en ella de repente, llevada por la desesperación. Sabía que era su única oportunidad y estaba decidida a jugar la que, consideraba, su última baza antes de verse obligada a casarse con lord Huxley.

Samuel le señaló la silla frente al escritorio y esperó a que la joven se sentara para hacer lo mismo.

—Lord Tottenham, no he podido evitar oír la conversación que ha

mantenido con la condesa.

Samuel no pudo evitar sentir una oleada de admiración por el temple que mostraba la joven; otra, en su lugar, estaría sin duda hecha un mar de lágrimas o se habría marchado presa de la indignación. No contestó nada, se limitó a inclinar ligeramente la cabeza y la animó a que continuara hablando.

—Me gustaría hacerle una proposición que creo que nos puede beneficiar a ambos.

Lynn se frotó las manos con nerviosismo al observar que, por primera vez desde que había empezado a hablar, el conde mostraba una expresión de interés.

—Según he entendido, usted necesita casarse, pero se resiste a perder su libertad, ¿es así?

—No voy a discutir algo así con usted, señorita Ross.

Ella no se desanimó por la respuesta cortante del conde.

—Milord, lo que voy a proponerle creo que nos puede beneficiar a ambos, pues nos encontramos en situaciones similares.

Samuel alzó las cejas con escepticismo.

—¿También tiene usted que engendrar un heredero para legarle un título?

Lynn no hizo caso del sarcasmo. Sabía que, si se desviaba de lo que quería decir, corría el riesgo de perder el valor, así que continuó.

—Estoy siendo forzada a casarme y es algo que pretendo evitar a toda costa.

Sin ser consciente de lo que hacía, Samuel se inclinó hacia delante más interesado de lo que quería reconocer. Apoyó la barbilla sobre los dedos y estudió a la señorita Ross con atención a la vez que rememoraba todo lo que sabía sobre ella. No le había llegado ningún rumor sobre el hecho de que la joven estuviese a punto de prometerse, aunque lo cierto era que él había permanecido al margen de los cotilleos de sociedad, tal vez por eso no se había enterado.

—Lo lamento por usted, señorita Ross, pero no veo en qué puedo ayudarla yo con su problema.

—No le estoy pidiendo que me ayude. Le estoy proponiendo un trato

que nos ayudará a ambos a suavizar las obligaciones que nos han impuesto.

—Bien, siendo así, hable. Estoy impaciente por oír lo que tiene que decirme.

Se dio cuenta con cierta sorpresa de que así era. La señorita Ross había logrado captar toda su atención.

—Le propongo que nos casemos.

Por fin lo había dicho y, al hacerlo, le tembló la voz ligeramente. Samuel pensó que no había oído bien, pero el gesto de obstinación en la barbilla de la joven y el ligero temblor de su voz confirmaron su primera impresión. Sin apenas ser consciente de lo que hacía, se puso en pie y, rodeando la mesa, se acercó a la silla donde la joven se sentaba.

—¿Casarnos usted y yo? ¿No ha dicho que ha oído mi conversación con Margaret? —Ella asintió—. Entonces sabrá que mi problema es que no quiero casarme, ni con usted ni con nadie.

—Usted no quiere casarse porque perdería su libertad; yo no quiero casarme por lo mismo.

—Sigo sin entenderla.

—Si usted y yo nos casáramos, lo haríamos como un acuerdo en el que cada uno respetaría la libertad del otro.

Samuel apenas daba crédito a lo que la joven le decía; no recordaba haberse sentido más sorprendido que en ese momento.

—Señorita Ross, creo que usted no lo ha entendido. Cuando hablaba con mi hermana, le decía que…

—Lo he entendido perfectamente, milord —lo cortó Lynn—. Usted no quiere comprometerse con nadie, quiere seguir viendo a sus amantes sin que una esposa le pida cuentas o le monte una escena lacrimógena. Si se casa conmigo, podrá seguir haciéndolo; no me inmiscuiré en sus asuntos, sean los que sean.

Samuel abrió la boca, completamente pasmado por el arrojo de la joven. Ella continuaba mirándolo impávida, aunque el rubor que le coloreaba las mejillas traicionaba su aparente tranquilidad.

—Y, a cambio, usted me pide lo mismo.

—Eso es.

Samuel endureció la mandíbula y lanzó una risilla entre dientes.

—Así que el misterio que tan celosamente guardaba es la existencia de un amante.

—¡Por supuesto que no!

La indignación hizo que Lynn alzara la voz. Samuel la estudió durante unos segundos, cada vez más perplejo.

—Si no es por un amante, ¿por qué se sacrifica de esta forma?

—Quiero libertad para seguir escribiendo y publicando mis relatos.

Samuel inspiró con fuerza, demasiado sorprendido para añadir nada. Tratando de ganar tiempo para pensar, comenzó a deambular por el despacho y se detuvo ante el enorme ventanal que daba a la calle. Permaneció allí durante unos minutos, atónito, enfadado y excitado a la vez. Se debatía entre el deseo de zarandear a la señorita Ross hasta que su absurda idea se borrara de la mente y el deseo de besarla hasta dejarla sin aliento. Nunca había conocido una mujer tan valiente y que lo intrigara tanto como ella. Cuando se volvió, la sorprendió mirándolo con fijeza; en ningún momento había perdido el aplomo.

—Señorita Ross, habrá usted reparado en que uno de los motivos por los que mi hermana me recuerda insistentemente mi obligación de casarme es porque necesito un heredero.

Lynn sintió que la cara se le enrojecía, aun así, le sostuvo la mirada mientras asentía.

—¿Sabe usted cómo se consigue un heredero?

—Claro que sí, he leído sobre muchos temas, también sobre la reproducción humana.

Samuel lanzó una carcajada y, en un par de zancadas, se colocó junto a ella y la levantó de la silla. Antes de que Lynn pudiese prever lo que el conde iba a hacer, él la tomó de la cintura y se apoderó de sus labios. A Lynn jamás la habían besado y la sorpresa le impidió reaccionar, así que permaneció lánguida entre los brazos del noble. Él, con la punta de la lengua, la instó a abrir los labios y ella, que Dios la perdonase, hizo lo que el conde quería. Un estremecimiento la recorrió por entero al sentir la lengua de él tocar la suya y explorar con ternura y avidez el interior de su boca; las rodillas parecieron transformarse en gelatina y un extraño calor le subió por el vientre hasta instalársele en el pecho. Tan repentinamente como la había agarrado, el conde

la soltó y se dio la vuelta, se atusó el pelo respirando como si le faltase el aliento. Tras unos segundos, se volvió.

—¿Leyó algo de esto en sus libros, señorita Ross? —Ella negó lentamente, con los ojos muy abiertos y Samuel continuó, descarnado y sin adornos—: Para tener un heredero, los dos tendremos que estar desnudos y mi carne entrará en la suya, ¿lo comprende?

Lynn ya no se sentía tan segura, pero asintió, sin dejar de mirarlo. Las palabras del conde le provocaban un aleteo ardiente en el vientre.

—A pesar de eso, ¿pretende continuar con este descabellado trato? —Ella volvió a asentir—. ¿Por qué, por el amor de Dios?

—Porque, si no me caso con usted, mi tía me obligará a casarme con lord Huxley. Él jamás me permitirá seguir escribiendo.

—¿Y por qué piensa que yo sí?

—Porque este no será un verdadero matrimonio y a usted no le importará lo que yo haga.

Él la miró con los ojos entrecerrados mientras se daba cuenta, con sorpresa, de que lo que la joven decía no era del todo cierto.

—¿Qué pasa con mi necesidad de un heredero?

—Entraría dentro del trato —susurró ella bajando por primera vez la vista al suelo.

Samuel la miró consternado a la vez que se mesaba los cabellos. Nunca nadie había logrado sorprenderlo de esa manera; ni siquiera cuando Emma había roto su compromiso había experimentado una sensación tan fuerte de irrealidad.

—¿Ha entendido todo lo que le he dicho respecto a lo que ocurre en la intimidad entre un hombre y una mujer?

—Sí.

—¿Y está segura de que querría seguir adelante?

—¡Sí! —Por primera vez ella pareció perder el control. Se levantó de la silla y comenzó a deambular como había hecho él un momento antes—. Es lo mismo que tendría que hacer con lord Huxley, al menos usted…

Samuel la tomó de los brazos y la obligó a mirarlo a la cara.

—¿Qué iba a decir? —Al ver que ella bajaba la vista, la zarandeó ligeramente—. Dígamelo o no habrá trato.

—Al menos usted no me causa repulsión.

Samuel la soltó, aturdido y excitado como no recordaba haberlo estado jamás.

—Milord, debe decidir rápido si acepta mi propuesta o no. Mañana lord Huxley vendrá a la residencia de mi tío a exigir una respuesta y, como ya le he dicho, mi tía no me permitirá negarme.

* * *

El honorable Ransom Thorton alzó las cejas al ver irrumpir a su amigo en la pequeña sala donde recibía a las visitas.

—Estaba seguro de que el viejo Jacob se había equivocado al decir tu nombre, su vista ya no es lo que era. —Ransom se refería al mayordomo.

Samuel no respondió nada, comprendía la sorpresa de Ransom, pues apenas hacía una hora que se habían despedido en la puerta del club de esgrima. De forma poco elegante, se dejó caer en el sofá que presidía la estancia ignorando la mirada de sorpresa de su amigo.

—¿Te sirvo una copa? ¿Un jerez? ¿Un madeira quizá? ¿Té?

—Whisky.

—¿No es un poco temprano para eso?

—Doble.

Sin dejar de mirar a su amigo, Ransom se dirigió al aparador donde tenía las botellas y las copas, y le sirvió un generoso trago a su amigo. Con sorpresa, vio que Samuel se lo llevó a la boca y lo bebió de una vez. Soltó un silbido y exclamó:

—¡Imagino que me vas a contar qué te tiene tan alterado!

—Dudo que me creas.

—¿Has dejado embarazada a tu amante?

—No, por Dios.

—Entonces nada puede ser tan malo.

—Voy a casarme.

La cómica expresión de Ransom hizo que Samuel casi sintiera ganas de reírse, casi. Tras unos segundos, su amigo exclamó:

—¿Acaso te han sorprendido en una situación comprometida? ¿Con lady Stanhope? Ya te advertí que tuvieras cuidado con ella, se veía a las claras que intentaba atraparte, todas esas miradas lánguidas, esas risitas tontas…

—No me han sorprendido en una situación comprometida y no se trata de lady Stanhope.

Ransom frunció el ceño.

—No entiendo nada.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco.

Ransom se sirvió otro whisky y se sentó junto a su amigo.

—¿Se trata de una broma, Samuel?

—Ojalá lo fuera, pero no. Voy a casarme porque una jovencita me ha sorprendido como nunca nadie lo había hecho hasta ahora, porque me ha propuesto un trato que, en apariencia, es algo con lo que cualquier hombre soñaría y porque, ¡maldita sea! No sé por qué…

—¿Un trato? ¿De qué estás hablando?

—Libertad para seguir haciendo mi vida, sin preguntas, sin dar explicaciones, sin escenas…

Ransom lanzó un silbido.

—¿Qué gana ella a cambio? ¿O quizá con tu título y riqueza le basta?

—Libertad para seguir escribiendo.

—¿Una escritora? ¿Conocemos a alguna escritora?

—Sí, aunque no lo sabíamos.

A pesar de lo desconcertado que él mismo se sentía, Samuel comenzaba

a encontrar divertido el desconcierto de su amigo.

—Samuel, si no me dices ahora mismo el nombre de la mujer con la que te vas a casar, llamaré a Jacob para que te acompañe a la salida.

Samuel dio un largo sorbo a la copa que tenía entre las manos. De repente pensó que el color de los ojos de la señorita Ross se asemejaba al del whisky, y como este, su mirada tenía la facultad de subírsele a la cabeza y nublarle el entendimiento, solo eso explicaba que hubiese aceptado su extravagante trato.

—La conociste en la ópera, se trata de la señorita Ross.

CAPÍTULO ONCE

Lynn y su tía oyeron la puerta del despacho de sir Hardesly cerrarse con fuerza; por más que lo intentase, ella no podía sentir ningún tipo de remordimiento, ni siquiera cuando su tía le lanzó una mirada recriminatoria.

Lord Huxley había acudido a pedir su mano y sir Hardesly le había dicho que había recibido una petición similar apenas unas horas antes. El conde de Tottenham, había añadido con mal disimulada sorpresa. El noble enmudeció y el rostro se le puso rojo como la grana, durante unos segundos boqueó como un pez fuera del agua.

—¡Esto tiene que ser una burla!

—Lord Huxley, le aseguro que lo que le digo es cierto… Esta misma mañana lord Tottenham ha acudido a pedir la mano de mi sobrina.

—¿Por qué entonces lady Hardesly me ha animado todos estos días a cortejar a la señorita Ross?

Sir Hardesly enmudeció. Lo cierto era que nunca se había interesado por los tejemanejes de su esposa respecto a su sobrina y no sabía qué respuesta dar a lord Huxley. Tratando de mitigar su indignación, exclamó en tono conciliador:

—¡Ya sabe usted lo volubles que son las muchachas jóvenes!

—¿Sabe qué le digo? —interrumpió el noble alzando la voz—. Que me alegro de que este compromiso no haya llegado a buen puerto. Un hombre de mi rectitud y buen nombre necesita a su lado una esposa íntegra y confiable, no una mujer voluble y extravagante como su sobrina.

Salió del despacho dando un portazo mientras sir Hardesly se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Se desplomó en el sillón y pensó que ese día había tenido emociones para un año.

Lady Hardesly permanecía huraña y de mal humor en su sala particular. La pedida de mano de lord Tottenham había constituido toda una sorpresa y no demasiado agradable. El compromiso con el conde era mucho más ventajoso que con lord Huxley. Aunque la principal beneficiaria de ese encumbramiento social sería su sobrina, también ella vería su estatus y consideración crecer entre sus amistades. Lo más importante de todo era que ya no tendría que tutelar a esa sobrina a la que nunca había comprendido y

que tanto le recordaba a ese hermano al que apenas podía soportar.

A pesar de las evidentes ventajas que el compromiso de su sobrina le reportaba, no acababa de sentirse satisfecha. Por un lado, se sentía burlada: esa mosquita muerta que tenía por sobrina había atrapado al soltero más codiciado de la temporada sin que ella hubiese sospechado jamás del interés de lord Tottenham. Por otro lado, no podía evitar sentir una punzada de envidia al darse cuenta de que esa muchacha que apenas sabía comportarse en sociedad y que resultaba inconveniente en más de un aspecto iba a hacer un casamiento infinitamente mejor que el que habían hecho sus propios hijos o ella misma.

* * *

Sentada junto al imponente escritorio de nogal que había en los aposentos que siempre ocupaba cuando estaba de visita en Tottenham Manor, Margaret vacilaba ante la cuartilla en blanco que se disponía a escribir a su esposo. Aún no se había repuesto de la sorpresa de enterarse de que Samuel iba a casarse con la señorita Ross; por supuesto eso era lo que había estado esperando y, aunque la identidad de la afortunada no había sido especialmente importante cuando decidió dar un empujoncito a su hermano, ahora se alegraba sobremanera. Lady Stanhope hubiese sido una esposa más apropiada para el estatus de su hermano; el matrimonio entre ambos hubiese aportado ventajas económicas y sociales, pero Samuel jamás habría podido amar a una mujer como lady Stanhope. La señorita Ross era harina de otro costal. El hecho de que su hermano hubiese decidido casarse con ella daba esperanzas a Margaret de que la terrible herida que el abandono de Emma había causado comenzara a cicatrizar. El hecho mismo de elegir a una mujer de una posición inferior a la suya demostraba que, tras esa elección, había algo más que lo motivaba que hacer lo que se esperaba de él, en cuyo caso hubiese podido tener a una mujer de sangre azul y excelente posición económica.

Por supuesto, Samuel negaría ese extremo hasta la saciedad, puede que hasta creyese en serio que no sentía ninguna inclinación especial hacia la señorita Ross. Sin embargo, para Margaret estaba claro que, tarde o temprano, su hermano debería tragarse el orgullo y admitir que su corazón no se había secado hacía seis años.

Tras ordenar un poco sus pensamientos comenzó a escribir.

Mi querido señor, con enorme placer le comunico que mi hermano, el conde de Tottenham, acaba de comprometerse en matrimonio con la señorita Ross, hija del difunto sir Ross, baronet. Aún no han fijado una fecha para el enlace; cuando eso suceda, le avisaré para que prepare su viaje a Londres a fin de estar aquí para acudir al evento. Yo permaneceré en la ciudad hasta entonces, creo que Samuel va a necesitarme.

¿Cómo están las niñas? Dígales que les envío mil besos y que cada día las tengo en mi pensamiento. Al igual que a usted, mi queridísimo señor.

Deseando volver a verlo pronto, se despide su esposa.

Lady Margaret Kindersley.

Tras releer lo que había escrito, asintió satisfecha y metió la cuartilla en un sobre. Ciertamente, echaba mucho de menos a sus hijas y también a Alfred, su esposo. Las noches solitarias comenzaban a pesarle, anhelando el contacto de sus seguros y amorosos brazos, pero durante el último año su mayor preocupación había sido su hermano. Había sido testigo de cómo el carácter se le agriaba, las costumbres se hacían cada vez más disipadas y el rostro mostraba señales de hastío y desencanto. No lo podía soportar, de modo que se había empeñado en sacarlo del pozo de autocompasión y amargura en el que se había sumergido. Por eso había dejado temporalmente a su familia, segura de que Samuel, aunque él no lo supiera, la necesitaba más que ellos.

En ese momento, el objeto de sus pensamientos irrumpió en el dormitorio.

—He llamado, y no contestabas.

—Disculpa, estaba distraída con mis pensamientos. —Margaret le mostró una enorme sonrisa.

—Vengo a pedirte que reconsideres tu intención de marcharte hasta que nos casemos la señorita Ross y yo. —Titubeó ligeramente—. Voy a necesitar tu ayuda para los preparativos que sean necesarios.

Margaret pensó que solo Samuel sería capaz de pedir un favor de tal forma que pareciese estar concediéndolo.

—Por supuesto. —Se le ensanchó la sonrisa—. Precisamente, escribía a lord Kindersley para decirle que me quedaré aquí hasta tu boda.

Sin poder contenerse más, Margaret se levantó y encerró a su hermano

en un abrazo lleno de entusiasmo.

—Tendrás que contarme con pelos y señales cómo se ha desarrollado todo. Aún me cuesta creerlo, pero creo que has elegido bien y me siento muy feliz.

—Margaret, será mejor que no te inmiscuyas en esto.

Sabía que lo que se disponía a decirle a su hermana iba a causarle un gran disgusto, pero pensó que, cuanto antes quedaran las cosas claras, mejor sería.

—Las razones que nos empujan a este matrimonio tanto a la señorita Ross como a mí nada tienen que ver con el afecto. Nuestro matrimonio es una especie de transacción comercial en la que ambos conseguimos algo que deseamos, pero, como ya te dije no hace demasiado tiempo, no voy a consentir que nadie revolotee a mi alrededor diciéndome lo que puedo y no puedo hacer, especialmente una esposa.

Ignoró la mirada de estupefacción de su hermana y se dispuso a marcharse, pero, antes de cerrar la puerta tras de sí, se detuvo.

—Por cierto, ¿cuál es el nombre de pila de la señorita Ross?

Con premura, Lynn abrió el sobre –mucho más voluminoso que ninguna otra misiva de las que le había remitido el señor Holburne– y se le desbocó el corazón ansioso al imaginar de qué podía tratarse. Le temblaban las manos cuando sacó el fascículo cosido del primer capítulo de su relato. Con una enorme sonrisa, contempló la imagen de la portada, donde un tenebroso hombre embozado parecía encerrar en su capa a una hermosa mujer que abría mucho los ojos en una expresión aterrorizada. *El medallón de la señorita Shilbourne*, escrito por Lady Shadow.

Le había costado una noche de insomnio encontrar un seudónimo que la complaciera, había estado buscando un nombre que sugiriera misterio y, cuando por fin se le ocurrió, le pareció que Lady Shadow era más que apropiado, pues ella, Lynn Ross, viviría a la sombra de lo que realmente sentía que era: una narradora. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró pensando en la reacción de lord Tottenham, ¿le gustaría o le horrorizaría como a su tía? Disgustada, se dijo a sí misma que eso era algo que no debía preocuparle; el compromiso con lord Tottenham le había otorgado la libertad que ansiaba desde que su padre había muerto.

Él había acabado aceptando el trato que ella le había propuesto y, tras su desconcierto inicial, ella no dejaba de reconocer que en casi todos los aspectos era más que ventajoso. Había tenido que elegir entre lord Huxley y el conde.

Con el primero, jamás habría podido seguir escribiendo y, si alguna vez hubiese tenido constancia de que había publicado su primer relato, estaba segura de que haría todo lo posible por eliminarlo de la circulación. Además, tendría que compartir su cama y solo imaginar a lord Huxley acariciándola con sus regordetas y sudorosas manos le provocaba arcadas.

A Lord Tottenham, en cambio, le importaba bien poco si escribía o si se dedicaba a hacer piruetas encima de un caballo en mitad de Hyde Park. Todo lo que le pedía era que le diese un heredero y que no lo molestase con recriminaciones cuando él visitase a su *chérie*. Ser la esposa de lord Tottenham la alejaría definitivamente de la supervisión de su tía y, en una residencia tan bien organizada como Tottenham Manor, ella no tendría trabajo, podría dedicar la mayor parte del día a sus grandes aficiones: escribir, leer y dar largos paseos. Pensar en la intimidad que tendría que compartir con el conde le provocaba estremecimientos, pero estos no eran de la misma naturaleza que los que le provocaba el imaginarse en una situación similar con lord Huxley. Desechando la repentina intranquilidad que no sabía explicarse a sí misma, se convenció de que una unión de esa naturaleza solo le aportaba ventajas. Únicamente, debía asegurarse de dos cosas: de darle un heredero y de no cometer jamás el fatal error de enamorarse de su esposo.

* * *

Una semana después del día que lord Tottenham fue a pedir su mano, Patsy irrumpió en su habitación presa de la excitación. Lynn le había contado los términos en los que se había producido el compromiso con el conde; por supuesto la joven se había horrorizado y desilusionado por igual.

—¡Pero, señorita Ross, eso es horrible! —dijo con un gesto de estupefacción tan claramente dibujado en el rostro que a Lynn le había dado ganas de reírse.

—¿Más horrible que casarme con lord Huxley? Él jamás me permitiría seguir escribiendo.

—Pero usted merece un cortejo, que le digan que se ve hermosa, que la lleven a bailes y le hagan bonitos regalos…

Pensar en lord Tottenham haciendo todas las cosas que Patsy le decía le provocó un extraño vuelco en el estómago, pero enseguida le dio risa.

—Créeme, Patsy, mi prometido me va a dar algo mucho más importante

y valioso que todo eso: me va a dar libertad.

La doncella no había quedado nada convencida por sus argumentos, pero, gracias a Dios, no había seguido insistiendo. Ahora acababa de irrumpir con la respiración agitada y la miraba con los ojos azules muy abiertos.

—¡Señorita Ross, debe bajar!

—¿Sucede algo, Patsy?

Su mirada voló con rapidez hacia el doble fondo de su escritorio, donde había guardado el fascículo de *El medallón de la señorita Shilbourne*. Por un momento había temido que su tía lo hubiese encontrado y se dispuso a comprobarlo. Soltó un suspiro de alivio al notar el tacto del papel.

—Ha venido su prometido. Quiere verla.

El corazón de Lynn comenzó a latir con un ritmo alocado.

—Patsy, dime, ¿está bien mi recogido?

La doncella no respondió. Se puso detrás de ella, soltó y volvió a asegurar algunas horquillas, y luego le dio unos suaves pellizcos en ambas mejillas.

—Mejor.

Mientras bajaba hacia la planta principal, Patsy murmuró:

—No me había dicho que el conde era tan guapo.

—¿Lo es? No me había dado cuenta…

Patsy puso los ojos en blanco.

—Claro, y yo soy un duende del bosque —acotó.

Cuando llegó a la sala, encontró a lord Tottenham sentado junto a su tía y escuchando, con aparente atención, la charla de esta. Al verla entrar, se levantó y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Señorita Ross, está usted preciosa, como siempre.

A su espalda, Patsy soltó un suspiro mientras Lynn pensaba que lo que el conde decía iba destinado a guardar las apariencias. El recogido que se había hecho apresuradamente esa misma mañana comenzaba a soltarse a pesar de los intentos de Patsy por asegurarlo. El vestido era sencillo y cómodo, de

algodón rosado, ceñido en el busto y la cintura, de falda ancha, a pesar de que con ese modelo de casa no llevaba miriñaque ni corsé. Tenía el aspecto de una lozana campesina, más que el de una futura condesa.

—Gracias, milord, es usted muy amable.

Con reticencia y algo de temor, se acercó y permitió que él le tomara la mano y depositara un beso rápido que, no obstante le provocó un ligero calor en la zona que habían tocado sus labios. Se repuso y le indicó que tomara asiento.

—Su visita es una grata sorpresa, milord.

Bajo la mirada perspicaz de su tía, Lynn sabía que se hacía imprescindible guardar las formas. Puede que la tía Helen fuese chismosa y maldiciente, pero no tenía un pelo de tonta. Si se comportaban de manera inusual o extraña, ella lo notaría.

—Me hubiese gustado venir antes, pero la formalización de nuestro compromiso me ha obligado a ocuparme de ciertos detalles.

Lynn pensó con algo de culpabilidad que se había desentendido totalmente de lo referido al enlace con lord Tottenham, pues estaba segura de que su tía querría organizarlo todo y sería inútil tratar de opinar algo distinto a lo que ella tuviese a bien disponer.

—¿Le apetece un té? —preguntó recordando sus buenos modales.

—En realidad, me preguntaba si le apetecería dar un paseo conmigo. Hace una mañana estupenda.

Lynn tragó saliva. La perspectiva de pasear con lord Tottenham como su prometida le dio vértigo. Estaba segura de que todos los que se cruzaran con ellos pensarían que se trataba de una pareja desigual: él tan alto y rubio como un ángel, con una elegancia natural y un porte que proclamaban los siglos de buena crianza a sus espaldas; ella se sentía insignificante a su lado. Sobre todo, después de su reacción cuando él la había besado en el despacho; estaba segura de que él notaba lo mucho que su cercanía la turbaba y la impresión que eso le causaba le trabaría la lengua y la haría parecer torpe y estúpida.

“No es más que un hombre”, se dijo a sí misma. No debía permitir que su sobreexcitada imaginación le jugase una mala pasada. Además, era su prometido e iban a casarse, debía acostumbrarse cuanto antes a estar cerca de él sin que eso le hiciese comportarse como una de las mojigatas damiselas de sus historias.

Tras echar una rápida mirada a su tía, asintió. A Samuel no le pasó desapercibido ese intercambio y frunció el ceño. En el poco tiempo que había tratado a lady Hardesly, tuvo la impresión de que se trataba de una mujer autoritaria y prejuiciosa; un ramalazo de ira lo sacudió al pensar que el carácter de la mujer sin duda había empujado a su sobrina a hacer algo tan estúpido como ofrecerse como un ternero a cambio de que le dejasen un poco de espacio para respirar.

—Si me disculpa un momento, milord, iré a vestirme de manera más adecuada.

—Pero eso no es necesario, querida, está usted encantadora.

A pesar de saber que todo era puro teatro, Lynn se sonrojó. La voz de su tía los interrumpió:

—Lynn, sube a cambiarte y date prisa. Por supuesto, Patsy los acompañará. No es decente que salgas a solas con un caballero, aunque se trate de tu prometido —añadió con una sonrisa de disculpa hacia lord Tottenham.

Él asintió, pero su gesto se había endurecido. Su primera impresión se había visto corroborada: lady Hardesly trataba a su sobrina de la misma manera que a un sirviente.

CAPÍTULO DOCE

Cuando Samuel se quedó a solas con lady Hardesly, la sonrisa que había lucido hasta ese momento desapareció de su rostro. La mirada adquirió un brillo acerado y los músculos de la mandíbula parecieron tensarse, tan solo su postura continuaba siendo relajada, arrellanado cómodamente en el sillón, con una pierna cruzada sobre la otra.

—Lady Hardesly, debo decirle que soy un hombre sencillo, nada dado a extravagancias.

—Por supuesto, milord —asintió la mujer sin mostrar ningún síntoma de desconcierto por la repentina afirmación del conde—. Como yo siempre digo, la grandeza de un caballero reside en…

Samuel alzó una mano para interrumpir la perorata de la dama, que enmudeció y lo observó con los ojos muy abiertos.

—A pesar de lo que acabo de decirle, debo reconocer que tengo algunas manías. —La expresión desconcertada de lady Hardesly se intensificó—. Una de ellas es que no soporto que nadie maltrate de ninguna manera nada que considere mío.

—Por supuesto, milord.

La voz de la mujer sonó titubeante, insegura de las intenciones del conde, pero sintió una sensación de fatalidad recorrerle el cuerpo desde los pies hasta el cabello.

—La señorita Ross es mi prometida. —Samuel recalcó el posesivo—. En un par de meses, será la condesa de Tottenham y en un futuro, espero que no muy lejano, la madre del futuro conde de Tottenham.

La papada de lady Hardesly parecía temblar; su piel había empalidecido hasta adoptar un feo tono grisáceo. Comprendía lo que el conde estaba haciendo: quería que ella tuviese conciencia de cuánto más importante era la posición de su sobrina que la suya propia.

—Espero que todos los que tengan trato con la señorita Ross, sean conocidos, familiares, lacayos o mendigos, se dirijan a ella con la deferencia que merece. —Samuel entornó ligeramente los ojos—. ¿Me he explicado con claridad, lady Hardesly?

Sabiendo que, si intentaba hablar, no conseguiría articular las palabras, la mujer asintió con la cabeza. Al ver la expresión y el gesto, Samuel sonrió, una sonrisa lenta que a lady Hardesly le provocó escalofríos.

—Estupendo.

La llegada en ese momento de Lynn impidió que la conversación continuara y, al ver que lord Tottenham dirigía toda su atención a su sobrina, lady Hardesly dejó escapar un audible suspiro de alivio. Más que sus palabras, había sido la fría y dura mirada del conde la que la había dejado temblorosa. Acostumbrada a ser la monarca absoluta de sus dominios, donde ejercía un control férreo sobre todos los habitantes de la casa, incluido sir Hardesly, acababa de descubrir que había alguien que no se dejaría dominar por ella. No dudaba del hecho de que lord Tottenham había hablado muy en serio; esa insulsa sobrina suya había logrado escalar muy por encima de lo que lo había hecho cualquier otro miembro de su familia. Con despecho se preguntó qué podría haber visto alguien tan importante y respetado como el conde en la inadecuada y extravagante hija de su hermano.

Lynn, ajena a la escena que acababa de vivirse en la sala de recibir, trataba de ocultar la inquietud que la repentina visita del conde había despertado en ella. Se había esmerado más de lo que solía hacerlo en procurar que su aspecto fuese el adecuado, preocupada por avergonzar a lord Tottenham con su apariencia humilde. Patsy le había asegurado que estaba preciosa, pero ni siquiera el entusiasmo de la joven había logrado tranquilizarla. Se había puesto el mejor vestido que tenía, una sencilla pero sobria creación de batista con la falda de crepé, de tonos lavanda que, según los dictados de la moda, se ajustaba en el busto y el talle para caer como una cascada en una amplia falda ahuecada por el miriñaque. Patsy se había esmerado en el peinado y lucía un elegante recogido trenzado. Se había visto bonita, pero seguía sintiéndose extrañamente insegura.

Su compromiso se le había revelado más real de lo que había sentido que era cuando le hizo la proposición al conde. No se le escapaba que las miradas de todas las personas de la alta sociedad estarían fijas en ella, tratando de averiguar cómo alguien tan inferior había logrado atrapar al soltero más codiciado de todo Londres. Pensar en la reacción de esas estiradas matronas si supieran cómo lo había conseguido hizo que una inoportuna risita escapara de sus labios. A lord Tottenham no le pasó inadvertido el gesto y la miró fijamente, alzando una ceja. Ella trató de recomponerse con rapidez; él se levantó y se acercó a ella.

—Está usted preciosa —murmuró—. Voy a ser la envidia de todos los caballeros de Londres.

A pesar de saber que el piropo era exagerado y estaba destinado a salvar las apariencias, Lynn se sonrojó. Estaba segura de que más bien sería todo lo contrario: ella despertaría la envidia de todas las debutantes, pero lord Tottenham parecía no ser consciente de esto y la miraba como si hubiese resultado el afortunado ganador de un codiciado trofeo, cuando su único pretendiente había sido un hombre medio ermitaño, obeso y desagradable, que podría ser su padre.

—¿Nos marchamos?

Ella asintió con un murmullo y ambos, seguidos a corta distancia por Patsy, salieron a la bulliciosa calle. Nada más pisar la acera, Samuel lanzó una elocuente mirada a Patsy, que observaba a la pareja con expresión arrobada. La joven criada, interpretando adecuadamente la ceñuda mirada del conde, se alejó unos pasos para proporcionarles mayor intimidad.

Lynn, ajena a este intercambio, luchaba por convencerse a sí misma de que su estado de nerviosismo no tenía razón de ser. Estaba paseando con lord Tottenham que, por muy importante que pareciese, no era más que un hombre. Sin embargo, era inútil mentirse a sí misma: con su simple presencia y la elegancia de su ropa, junto con la impecable seguridad con que se conducía, hacía que se sintiese como un asno caminando junto a un purasangre.

—¿Por qué ha venido, milord? —Lynn lanzó la pregunta antes de pensarlo siquiera.

—Estamos prometidos, ¿recuerdas? Y un paseo por las calles más concurridas es algo perfectamente normal y aceptable entre prometidos.

—Sí, pero había pensado…

—Habías pensado que no nos veríamos más hasta el día de la boda, ¿me equivoco?

Oírlo de sus labios le hizo comprender lo absurdo que era, por eso se resistió a admitir que eso exactamente había pensado.

—Imagino que resultaría demasiado extraño.

—Sí, señorita extravagante, lo sería.

Lynn lo miró con gesto airado, pero, al ver que una ligera sonrisa tironeaba de su labio, se dio cuenta de que él bromeaba. Durante unos minutos, continuaron caminando sin hablar; él correspondía a los saludos de los numerosos caballeros con los que se cruzaban e ignoraba de manera

natural las miradas de curiosidad que les dirigían. Parecía tan ajeno a la expectación que ambos despertaban que ella comenzó a relajarse poco a poco.

—Supongo que todos se están preguntando por qué el todopoderoso conde de Tottenham pierde su tiempo paseando con la señorita Lynn Ross.

—No lo creo. El anuncio de nuestro compromiso salió ayer publicado en los periódicos más importantes de la ciudad.

Ella abrió la boca y lo miró con asombro.

—No he hecho más que seguir las costumbres establecidas en estos casos. Lo único atípico de nuestro compromiso será la manera en que se produjo, y eso quedará entre tú y yo —respondió él adivinando la sorpresa femenina.

Era la primera vez que él la tuteaba, pero ella no se dio cuenta. Su compromiso ya era público, no había vuelta atrás.

—He pedido a mi hermana Margaret, lady Kindersley, que nos ayude con los preparativos de la boda, pero, por supuesto, tu opinión será la imperante —continuó el conde, totalmente ajeno al cataclismo que acaba de provocar en la joven.

—Creo que lo que lady Kindersley decida me parecerá bien.

A Samuel no se le escapó el hecho de que su prometida preferiría hacer cualquier cosa antes que implicarse en los engorrosos trámites que una boda conllevaba, y no pudo menos que entenderla.

—No obstante, espero cierta implicación de tu parte. A fin de cuentas, se trata de tu boda.

—¿Usted también se implicará, milord? A fin de cuentas, se trata de su boda.

La suavidad de su voz no ocultaba la pulla y, en lugar de enfadarse, él sintió ganas de sonreír. El descaro y la frescura de la señorita Ross lo divertían y lo exasperaban.

—Yo supervisaré sus decisiones y me reservaré el derecho a vetar aquellas que no me convenzan. No obstante, pueden contar con todo mi personal para ayudarlas, incluso le diré a mi secretario personal que se ponga a su servicio.

—Pobre hombre… no creo que dé saltos de alegría precisamente.

—El señor Howards es leal y eficiente. Hará lo que yo le diga.

—Debe ser maravilloso tener una legión de personas dispuestas a hacer siempre lo que usted desee.

—Sí, lo es, y pronto lo comprobarás por ti misma.

Lynn permaneció silenciosa durante unos minutos; hasta ese momento nunca se había detenido a considerar las exigencias que su papel de condesa conllevaría. Pensar en tener todos los ojos de la sociedad fijos en ella comenzaba a provocarle verdaderos dolores de cabeza. Estaba segura de que cualquier criada del conde sabría conducirse con más dignidad aristocrática que ella misma.

A Samuel no se le escapaba el humor sombrío de la joven que caminaba a su lado. Había acudido a visitarla por un deseo real de guardar las apariencias, pero estaba descubriendo, no sin sorpresa, que disfrutaba mucho de la compañía de la joven, aun cuando se mantuviera pensativa y silenciosa a su lado.

—Un penique por tus pensamientos.

Ella movió la cabeza y esbozó una sombra de sonrisa.

—Sinceramente, creía ganar mucho con nuestro acuerdo. —A pesar de sentir cómo el rubor le escalaba por las mejillas, Lynn continuó exponiendo las dudas que la acuciaban—. Pero me doy cuenta de que ser condesa es algo para lo que no me siento preparada. Creo que no voy a ser capaz de comportarme con la dignidad suficiente y me temo que por mi culpa se burlarán de usted.

Samuel alzó las cejas, francamente divertido.

—¿Acaso piensas correr desnuda por los jardines y beber como un carretero en público?

—¡Por supuesto que no! —respondió ella indignada.

—Entonces no entiendo cómo crees que alguien se burlará de mí. Soy el conde de Tottenham, te aseguro que nadie va a sentir ningún deseo de reírse de mí.

—Pero mi origen, mi aspecto…

Samuel se detuvo en seco, obligando a la joven a hacer lo mismo. Alzó su barbilla con los dedos y la miró con intensidad.

—¿Qué le pasa a tu aspecto? Créeme, no puedo pensar ahora mismo en una mujer que me parezca más hermosa que tú.

Las palabras de lord Tottenham provocaron en ella una reacción tan cálida y agradable que sintió la necesidad de alejarlo, asustada por lo perceptiva que se mostraba ante su cercanía y sus halagos. Apartando la cabeza, trató de imprimirle a la voz un tono sarcástico.

—Oh, vamos, milord, no es necesario que lleve tan lejos la farsa.

Samuel se limitó a apretar los labios mientras cerraba el puño, tratando de retener de manera inconsciente la calidez que le había transmitido la suave piel del rostro de la joven.

—No obstante, eso no debe preocuparte —continuó indiferente—. Ya he dado órdenes para que se te abra una cuenta en las mejores tiendas y modisterías de Londres. Puedes comenzar a renovar tu guardarropa y a proveerte de todo lo necesario.

Lynn enrojeció violentamente; aunque ella misma era consciente de que su apariencia era de lo más inadecuada teniendo en cuenta su papel como futura condesa de Tottenham, saber que él también había reparado en ello hizo que se sintiera humillada.

—Teniendo en cuenta la naturaleza de nuestro acuerdo, no debería usted gastar tanto dinero en mí.

Samuel contrajo la mandíbula y su voz sonó con un matiz de dureza del que había carecido hasta el momento.

—Si mal no recuerdo, usted será mi esposa a todos los efectos. Una esposa nada posesiva, pero una esposa en todo el sentido de la palabra, ¿me equivoco?

—No… —murmuró en voz baja, agobiada por las implicaciones de las palabras del conde.

En su desesperación por escapar del inminente compromiso con lord Huxley, había estado dispuesta a aceptar casi cualquier cosa que le permitiese un poco más de libertad de la que sin duda tendría con el viejo noble, pero ahora pensaba que quizá había escapado del zorro para caer en las garras del lobo. Aunque continuaban caminando, Lynn sentía la mirada del conde fija en ella.

—¿Acaso se arrepiente de nuestro trato, señorita Ross?

Ella dudó unos segundos antes de responder. ¿Se arrepentía? Desde luego su deseo sería no contraer matrimonio, pero dependiendo de la caridad de sir Hardesly y bajo el control férreo que su tía ejercía sobre ella, ese deseo no era más que una utopía. Si no hubiese hecho una propuesta tan escandalosa al conde, a esas alturas ya estaría comprometida con lord Huxley. Aunque lord Tottenham conseguía que ella se sintiera como una niña torpe e insegura, junto a él no le faltaría nada y, sobre todo, tendría lo más importante: libertad para continuar escribiendo y publicando sus relatos.

—En absoluto, milord —respondió y, con satisfacción, constató que su voz transmitía más seguridad de la que sentía—. Mi casamiento era un hecho que se iba a producir más pronto que tarde; prefiero haber podido negociar unas condiciones que me satisfagan a mí, en lugar de dejar que sea mi tía la que decida por mí.

—¿Tan importante son para ti los cuentos que escribes como para casarte con alguien por quien no sientes nada?

—No tenía ninguna posibilidad de poder casarme con quien yo hubiese elegido si tía Helen no aprobase a esa persona, y dudo mucho que ella y yo podamos estar de acuerdo en algo así. Le sorprende que haya sido tan descarada como para proponerle este enlace. —Lynn ignoró el gesto de sarcasmo del conde—. Pero, si su alternativa hubiese sido casarse con alguien que casi triplica su edad, con mal aliento y cuya idea del matrimonio supone que la esposa debe ser sumisa y obediente, y dedicarse en exclusiva al hogar y a los hijos, no habría tenido ninguna duda.

—Creo que ha habido una confusión en los términos de nuestro trato.

Alarmada, Lynn se detuvo y miró con los ojos muy abiertos a lord Tottenham.

—¿A qué se refiere?

—También yo espero que se dedique a los hijos que tengamos.

Sin percatarse, sus pómulos enrojecieron ligeramente. El pensamiento de tener hijos con la joven, más bien, del proceso para tenerlos, lo perturbaba de una manera muy extraña.

—Pero usted me dijo que podría seguir escribiendo…

—Y lo mantengo, usted puede seguir escribiendo y publicando sus historias, pero no quiero que mis hijos tengan una madre ausente o indiferente.

—¡Por supuesto que no! —Su voz sonó escandalizada—. ¿Acaso cree que sería capaz de ignorar a mis propios hijos?

Samuel la estudió con detenimiento. No, no creía que fuese capaz de algo así. Bajo su escrutinio, las mejillas de la joven enrojecieron, aun así, le sostenía la mirada con valentía. Esperaba que los hijos que tuvieran heredaran ese valor del que ella hacía gala, también su seguridad y su fuerza de voluntad. La joven lo fascinaba y se dio cuenta de que deseaba conocer todo sobre ella, hasta el más recóndito de sus sentimientos.

—Imagino que no.

—Por supuesto que no —remató ella con un adorable mohín de determinación.

Tras unos segundos más en silencio, Samuel asintió con la cabeza. Lynn sintió un gran alivio cuando el conde apartó la mirada. Su cercanía la turbaba, pensar que los bien dibujados labios del conde se habían posado sobre los suyos, que con la lengua le había acariciado el interior de la boca, hizo que se le acelerara la respiración y un extraño rubor se le extendió por el cuerpo.

—Creo que deberíamos volver…

El conde se limitó a asentir y dio media vuelta con tanta brusquedad que casi choca con Patsy, que se había detenido solo unos pasos tras ellos. Eso hizo que Lynn recordara algo.

—Milord, hay algo que me gustaría pedirle.

Él no dijo nada, se limitó a mirarla con una ceja alzada.

—Me gustaría que Patsy fuese mi doncella personal cuando usted y yo nos hayamos casado; ella es la única amiga que tengo.

—Por supuesto, puedes traer contigo a quien tú quieras.

—No es tan sencillo, milord; Patsy está al servicio de mi tía. Debe usted hacerle una oferta.

—No te preocupes por eso. Patsy vendrá contigo a Tottenham Manor.

Una ancha sonrisa se dibujó en el rostro de Lynn; sus ojos brillaban al mirar al conde.

—¡¡Gracias, milord!!

Samuel la contemplaba completamente hechizado por la espontánea

sonrisa. Le pareció tan hermosa que deseó que ya fuese suya. Con un estremecimiento de aprensión, se dio cuenta de que sería capaz de hacer cualquier cosa para que ella lo mirase así de nuevo.

CAPÍTULO TRECE

La joven echó una mirada penetrante y seductora a su amante a través del espejo. Sentada, semidesnuda, se peinaba el larguísimo y rizado cabello rubio.

—Oh, querido, es todo tan repentino que no sé cómo tomarme lo que me cuentas. —Su voz sonaba contrariada.

El hombre, desnudo de cintura para arriba y con la pose relajada de quien se encuentra en terreno conocido, le devolvió la mirada, con indolencia.

—Lamento si la noticia te disgusta, pero es una decisión firme y lo más sensato es que te acostumbres a ella.

—¿Y cómo afectará eso a nuestra relación?

Samuel se quedó unos segundos pensativo. Según el acuerdo al que había llegado con Lynn, su matrimonio no tendría por qué ser un impedimento para que visitara a su amante con la asiduidad que acostumbraba, pero acababa de descubrir con sorpresa que prefería mucho más dedicarse en exclusiva a su futura esposa. Desde luego, la intimidad no sería tan placentera con la joven como lo era con su experimentada y desinhibida amante. No le extrañaría que, a pesar de la seguridad que Lynn mostraba, la noche de bodas se deshiciera en lágrimas y pretendiera que consumara el matrimonio con la luz apagada y sin desvestirla. Si bien la idea de desvirgar a una doncella no lo seducía lo más mínimo, imaginar la suave piel de la señorita Ross bajo sus dedos y la posibilidad de volver a saborear esa dulce boca bastaban para llenarlo del mismo anhelo que sentía un muchacho con su primera mujer. Deseaba a Lynn Ross, la deseaba con intensidad, y no se le escapaba que ese deseo había tenido mucho que ver en su aceptación del trato que ella le había propuesto. A menudo se perdía en ensoñaciones donde se imaginaba cómo sería iniciar a la joven en las artes del amor; la imaginaba como una alumna deseosa de aprender y satisfacerlo: esas ensoñaciones conseguían ponerlo duro como una estatua de mármol.

—Como sin duda comprenderás, los primeros meses no te visitaré. Sería de un mal gusto imperdonable bajar a la novia del altar y meterme en la cama de mi amante, ¿no te parece?

Emily hizo un mohín.

—Pero nadie tiene por qué enterarse.

—Créeme, estas cosas tarde o temprano siempre acaban por saberse.

La mujer continuó cepillándose el cabello en silencio, procesando lo que el hombre acababa de decirle. Al rato volvió a hablar.

—Cuéntame, ¿cómo es ella?

—Mmm, ¿qué quieres saber?

—¿Es muy elegante?

Samuel esbozó una sonrisa.

—Lo cierto es que no.

Emily alzó las cejas y lo miró con suspicacia, tratando de discernir si su amante le decía la verdad.

—¿Y es hermosa?

Samuel contempló a la mujer que lo interrogaba con los ojos entrecerrados; Emily era una auténtica belleza. Ransom había envidiado profusamente su suerte cuando supo que había logrado conquistar a la joven, una actriz de moda y bastante solicitada. La figura voluptuosa, los ojos azules con largas pestañas y la boca redonda y pequeña como una fruta madura la hacían una mujer francamente hermosa. Sin embargo, al pensar en la suave piel de Lynn, en sus grandes y expresivos ojos color ámbar, llenos de inteligencia y curiosidad, en la figura bien proporcionada, el rostro ovalado, los labios suaves y plenos, sintió una especie de golpe sordo en el pecho. La encontraba la mujer más hermosa que había conocido jamás.

—No especialmente —respondió apartando la vista.

* * *

Tras la visita del conde a la casa de sus tíos, Lynn observó que se habían producido cambios más que notables en la actitud que la tía Helen mantenía hacia ella. Apenas interactuaba con ella para informarla de las visitas de cortesía, bailes y eventos a las que las invitaban; estos se habían multiplicado desde que se había hecho público el compromiso con el conde de Tottenham.

Aunque la mayor parte del tiempo su tía la ignoraba, este hecho no molestaba en absoluto a Lynn. Como por arte de magia, se habían acabado las

recriminaciones y, si la joven decidía salir a dar un paseo acompañada por Patsy, ya no debía temer el exhaustivo interrogatorio al que, en el pasado, la había sometido en ocasiones similares. En definitiva, gozaba de una libertad que nunca antes había tenido bajo el techo de su tía. Lynn imaginaba que el próximo enlace con el conde tenía todo que ver con ese cambio de actitud; ella no conocía a ninguna otra persona a la que los títulos y la posición social importaran tanto como a lady Hardesly: saber que pronto sería una condesa, sin duda alguna, la tenía impresionada.

Lynn sabía también que el conde había cumplido su promesa, pues su tía le había anunciado con semblante serio que, a partir de ese momento, Patsy pasaba a estar únicamente a su servicio. Ambas habían tenido que reprimir el impulso de dar saltos de alegría, si bien luego, en la privacidad de su habitación, habían dado rienda suelta a la felicidad que sentían.

—Señorita Ross, le prometo que seré la mejor doncella que podría desear —había dicho la joven con ojos brillantes.

—Por supuesto que sí, Patsy. Solo con tenerte cerca de mí, ya me sentiré contenta.

—Practicaré los peinados de moda y miraré todas esas revistas que tenía la señorita Hardesly, su prima, para ver qué es tendencia.

Lynn había sonreído y la había dejado hablar; nada de lo que Patsy decía era importante para ella, pero sabía que sí lo era para la muchacha.

Unos días atrás había recibido la visita del señor Howards, el secretario personal del conde. El hombre le había informado de todas las tiendas donde tenía crédito ilimitado y había consultado con ella diferentes posibilidades del enlace: según le comunicó, lady Kindersley se ocupaba de elaborar la lista de los invitados al banquete y le rogaba que, en cuanto dispusiera de su propia lista, se la proporcionara. Lynn no había pensado en nada de eso, ni siquiera había ido aún a la modista para que le confeccionara el traje de novia. Escuchaba aturdida lo que el señor Howards le decía:

—He traído una lista que he realizado junto con lady Kindersley para su aprobación. —Sacó un pliego de hojas dobladas de un bolsillo de la levita y comenzó a leer—. Como es habitual, al enlace solo asistirán los familiares más cercanos y los amigos íntimos, aunque no hay límites para el banquete nupcial, así que puede usted invitar a todas aquellas personas que desee.

Lynn no vio necesario señalar que sus invitados se limitarían a sus tíos y primos.

—El banquete nupcial se celebrará en Tottenham Manor si usted no

tiene ningún impedimento al respecto. —Levantó la vista del papel y la miró de manera inquisidora; Lynn se limitó a negar con la cabeza—. La semana que viene se publicarán las amonestaciones, tres semanas antes del enlace como es preceptivo. El banquete nupcial consistirá en un bufé que contará, entre otras delicias, con paté de perdiz, salmón sobre nido de mantequilla, pastelitos de carne y setas, cestitas de pollo con especias…

—Puede obviar ese paso, señor Howards. Estoy segura de que el menú será exquisito.

—Lady Kindersley se ha ocupado personalmente de elaborarlo —respondió el hombre, dando por hecho que eso ya era garantía de calidad.

—Creo que ya solo nos queda elegir qué clase de anillo quiere; lady Kindersley me ha pedido que le pregunte…

—Dígale a lady Kindersley que ese detalle prefiero dejarlo totalmente en manos del conde.

Aunque la joven trató de disimularlo, en su voz se percibió cierto disgusto. El hecho de que lord Tottenham dejara todos los asuntos concernientes a la boda en manos de terceros no era algo tan anormal; no eran muchos los aristócratas que se encargaban de esa clase de detalles. Sin embargo, pretender que el anillo de compromiso también lo eligiesen otros por él le pareció totalmente inaceptable.

El señor Howards limitó a asentir, visiblemente azorado, y se marchó como si tuviese mucha prisa, no sin antes asegurarle que estaría a su disposición para cualquier cosa que necesitara y en cualquier momento. Una vez que se quedó sola, Lynn soltó un enorme suspiro.

* * *

El semblante de Margaret permanecía serio mientras el carruaje de su hermano la acercaba a la residencia de sir Hardesly. Frente a ella, Dorothy movía la cabeza mientras oía sus razones.

—Señorita Margaret, si la señorita Ross es la que ha propuesto este acuerdo, no tiene ningún sentido que usted la asuste con sus advertencias.

—No pretendo asustarla, Dorothy, pero creo que no podría volver a dormir si permito que una joven inocente como ella se sacrifique sin saber lo

que puede esperar de este matrimonio.

—¿Una joven inocente dice? —La doncella torció la boca en un gesto de desdén—. No conozco a ninguna joven inocente que haya propuesto matrimonio a un hombre.

—Dorothy, que la señorita Ross haya hecho algo así nos da una idea de lo desesperada que debe sentirse; algo que no me extraña lo más mínimo después de haber conocido a su tía.

—Aun así, creo que no debería inmiscuirse en este asunto. Si su hermano se entera, no creo que le guste.

Margaret apretó los labios, disgustada por la mención de su hermano. Le parecía monstruoso que se hubiese aprovechado de la necesidad de la señorita Ross para aceptar un trato de esas características, pero él se había negado de plano a oír sus razones. Por eso había sentido el deber de hablar con la señorita Ross; quería que la joven tuviese toda la información posible antes de dar el paso irrevocable de casarse con su hermano.

Cuando Patsy anuncio la visita de lady Kindersley, Lynn disimuló un suspiro de fastidio. Llevaba toda la semana recibiendo y devolviendo visitas de cortesía. En el poco tiempo libre que le quedaba, debía visitar a la modista que le estaba confeccionando todo un nuevo guardarropa. Esa mañana, por fin había podido sentarse para continuar escribiendo “El hombre tras la máscara” y en eso estaba cuando llegó la condesa.

Enseguida sintió una punzada de culpabilidad por sus pensamientos. Lady Kindersley se había mostrado siempre amable y encantadora con ella, y se estaba ocupando de los detalles más engorrosos de la boda. Además, no era una visita cualquiera, en apenas una semana se convertiría en su cuñada; pensarlo le dio vértigo. Tras asegurarse de que su aspecto era adecuado, bajó para recibirla.

Cuando llegó a la sala, vio que su tía se deshacía en atenciones con lady Kindersley y sonrió; el malhumor de lady Hardesly parecía haberse esfumado en esos días, sabiéndose el centro de atención de sus amistades que la asediaban para conocer los chismes de la aristocracia con la que ahora se codeaba. Lady Kindersley asentía cortés a lo que lady Hardesly decía, pero Lynn creyó detectar un gesto de impaciencia en la condesa. Se acercó a las dos mujeres e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Lady Kindersley, es un placer volver a verla.

—Señorita Ross, querida, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

La condesa no respondió, pero se dirigió a lady Hardesly:

—Hay algunos asuntos que me gustaría tratar en privado con la señorita Ross. ¿Sería mucha molestia pedirle que nos dejara a solas?

—Por supuesto que no, lady Kindersley, avisaré a la doncella para que les sirva el té. —Se levantó y señaló el asiento que ocupaba—. Lynn, querida, siéntate y ponte cómoda.

Cuando su tía se marchó, Lynn reparó en el semblante anormalmente serio de la condesa.

—¿Sucede algo, lady Kindersley? —Tragó saliva—. ¿El conde está bien?

—¿Te preocuparía que no lo estuviese?

—¡Por supuesto!

—¿Por si peligrase el acuerdo?

Lynn se ruborizó hasta la raíz del cabello. La condesa lo sabía. Acababa de comprender que lady Kindersley desaprobaba ese matrimonio, así que permaneció en silencio, esperando a que la mujer empezara a hablar.

—No voy a fingir que no me preocupa la manera en que se ha desarrollado su compromiso. Y aunque comprendo la desesperación que la ha guiado, no puedo perdonar que mi hermano se haya prestado a algo así.

—Lady Kindersley, lamento profundamente su disgusto y me gustaría pedirle perdón.

—¡Oh, no, señorita Ross, no me malinterprete! —La condesa había levantado una mano para impedir que Lynn siguiera hablando—. Usted aquí es la parte afectada. Mi hermano se ha comportado de manera deshonrosa aprovechándose de su necesidad para sacar un beneficio.

—Lady Kindersley, creo que está siendo injusta con su hermano. Yo me beneficio enormemente con este casamiento, mucho más que lord Tottenham, debo añadir, y no me pesa en absoluto haber tomado esta decisión.

—Eres una niña tonta. —A pesar del insulto, el tono de la condesa fue cariñoso—. Crees que podrás estar casada con él sin implicarte más de lo que lo harías con tu perrito preferido. El matrimonio exige una intimidad y un sacrificio que solo se soporta por el afecto y el apoyo mutuo, y, créeme, eso es

algo que hoy por hoy Samuel no puede darte.

—No voy a pedirle nada fuera de nuestro trato.

Lynn trataba de mantenerse firme pese a que las palabras de la condesa le habían provocado un vuelco extraño en el pecho.

—Eso lo dices ahora, pero querrás más y tu vida se convertirá en un infierno si pretendes ceñirte a ese absurdo trato al que han llegado.

Lynn tragó saliva, pero no dijo nada. Lo que la condesa decía era cierto: su vida sería un infierno si se permitía querer más de lo que el conde estaba dispuesto a darle.

—No me permitiré desear aquello que no puedo tener.

Margaret observó atentamente el hermoso rostro de la que en breve se convertiría en su cuñada; el gesto de la joven transmitía determinación, pero en sus ojos se leía la indecisión y el temor. Bien, al menos no era del todo inconsciente del desafío al que se enfrentaba.

—Querida Lynn —musitó suavizando el tono—, solo quisiera que pudieses salir indemne del embrollo en el que te vas a meter. Si hubieses conocido al Samuel de hace seis años, podría asegurarte sin temor a equivocarme que él te hubiera hecho la mujer más dichosa sobre la faz de la Tierra, pero ahora, a veces, ni yo misma reconozco a mi propio hermano.

Lynn se sintió fascinada y animó a la condesa a que siguiera hablando.

—¿Qué lo ha hecho cambiar tanto?

Lady Kindersley permaneció unos largos segundos en silencio, sopesando la respuesta. Samuel negaba una y otra vez que se le hubiese agriado el carácter; según decía, lo único que había sucedido era que había madurado y había dejado atrás la candidez de la primera juventud. Margaret no estaba de acuerdo, ella conocía a su hermano desde el día en que nació y detectaba claramente un antes y un después en su manera de conducirse. Se preguntó si sería prudente compartir sus pensamientos con la señorita Ross, pero, tras un momento de vacilación, respondió:

—La ruptura de su compromiso con lady Wells, ahora la señora Kindelan.

—¿Aún la ama?

El corazón de Lynn se saltó un latido esperando la respuesta de la

condesa.

—Él asegura que no, pero lo cierto es que nunca ha vuelto a ser el mismo.

—Me resulta sublime ese amor tan profundo; solo hace que mi admiración por el conde crezca.

—Querida niña. —La voz de la condesa se tiñó de ternura y compasión —. Ese amor que dices admirar se ha convertido en una losa para mi hermano y será una condena para ti si sigues adelante con este sinsentido. Al principio, me alegré al enterarme de su compromiso, segura de que Samuel sentía algo por ti, pero su frialdad al explicarme sus razones hace que me sienta culpable más allá de lo que puedo soportar.

—¿Culpable usted? Fui yo la que lo ideó todo.

—¿Nunca te has preguntado por qué de repente te invitaba a Tottenham Manor sin apenas conocerte? —La expresión de la joven le indicó a la condesa que hasta ese momento no había sido consciente de su verdadero interés en ella—. Estaba segura de que conseguiría que Samuel sintiera interés por ti… Yo te he empujado a él y me temo que sufrirás mucho en este matrimonio.

—Lady Kindersley, no tenía opciones. ¿Acaso un matrimonio con lord Huxley me hubiese hecho sufrir menos? Este matrimonio me reporta una ventaja valiosísima para mí: podré seguir dedicándome a aquello que me apasiona.

La condesa movió la cabeza con resignación.

—Espero que eso sea suficiente para ti.

CAPÍTULO CATORCE

Samuel escuchaba con atención el informe del estado de cuentas que su contable le desgranaba, valorando el acierto que había sido embarcarse en su último proyecto de construcción de maquinaria industrial. El entusiasmo de su contable se notaba patente en la voz y Samuel lo oía con una ligera sonrisa en los labios. A menudo mantenía encendidas discusiones con los nobles con los que compartía asiento en la Cámara sobre la necesidad de basar la economía en la industria y el comercio, lo cual posibilitaría el surgimiento de una clase media pudiente, debate que ya había sido plenamente discutido algunas décadas antes, tras la derogación de la Ley del Maíz. A pesar de que el cambio en la sociedad era evidente, aún había nobles a los que les costaba deshacerse de sus viejas costumbres casi feudales.

Samuel fue uno de los pocos que apoyó con entusiasmo el voto secreto, llevado a cabo por primera vez en 1872. A pesar de los que deseaban que las cosas continuaran como habían sido durante siglos, lo cierto era que la Cámara de los Lores iba perdiendo peso e importancia a favor de la Cámara de los Comunes. Samuel era consciente de que quien no supiera adaptarse a los cambios se quedaría atrás y, además, observaba con agrado la mejora social que la industrialización y los nuevos oficios traían a la gente del vulgo.

Sus ideas liberales no lo eximían de cierto grado de esnobismo; seguía creyendo que la educación superior de los nobles y su pureza de sangre los capacitaba especialmente para liderar ese cambio y desconfiaba de los arribistas, a los que, en la mayoría de los casos, movía la avidez por el dinero más que el engrandecimiento del país. Y entre todos los arribistas del mundo, aborrecía con todas sus fuerzas a Declan Kindelan, el antiguo secretario de lord Wells. Afortunadamente, había un océano entre ambos y no corría el riesgo de volver a cruzárselo. Ni a su esposa.

Una llamada en la puerta interrumpió sus pensamientos; su secretario personal, el señor Howards, pidió permiso para hablar con él a solas y Samuel, con un gesto, solicitó al contable que los dejara.

—Milord, tengo una información que creo que le va a interesar.

—Adelante.

—Casualmente, estaba hablando con el cochero para darle instrucciones sobre las misivas que deben salir hoy con urgencia y no he podido evitar ver a la señorita Ross, su prometida.

—Sé perfectamente quién es la señorita Ross, Howards.

—Sí, claro, por supuesto, milord. —La tez del secretario enrojeció.

—¿Iba sola?

—Sí, milord. Digo, no. —El secretario carraspeó incómodo bajo la mirada ceñuda de su jefe—. La acompañaba su doncella.

—¿Dónde está?

—Ha entrado en la editorial del señor Holburne, milord.

Sin responder nada, Samuel salió de la oficina, dejando tras de sí el abrigo y el sombrero, mientras el señor Howards movía la cabeza.

—¿Qué le has dicho?

El contable, al otro lado de la puerta de la oficina, observó la salida del conde con la misma incredulidad que su secretario.

* * *

Lynn escuchaba con entusiasmo al señor Holburne, que le contaba la buenísima acogida que *El medallón de la señorita Shilbourne* había tenido.

—Publicarlo por entregas ha sido un acierto. El bajo coste y, por supuesto, la historia de la pobre señorita Shilbourne dominada por las voces que salen del medallón hacen que la gente espere ansiosa la siguiente entrega.

—¡Oh, señor Holburne! Me parece estar viviendo un sueño.

El hombre sonrió afablemente.

—Sin duda, este éxito es más que merecido. Sus historias poseen fuerza y misterio; la gente llana las entiende y los ayuda a olvidar la dureza de sus vidas.

—Sus palabras son el mayor halago que nadie podría hacerme, señor Holburne.

El editor pareció recordar algo importante; cambió de tema y exclamó:

—Me he enterado de su inminente enlace por los periódicos, señorita Ross. Permítame darle mi más sincera enhorabuena. Sin duda, lord Tottenham es un hombre afortunado.

—Muchas gracias, señor Holburne, pero creo que en este caso la afortunada soy yo.

—Déjeme decirle, señorita Ross, que hay cualidades que se poseen más allá de los títulos. —Tras esta afirmación, el hombre pareció sentirse incómodo y, carraspeando, tomó unos documentos y se los tendió a Lynn—. Hay otro asunto importante que debemos tratar: la periodicidad y la forma en la que usted desea recibir su porcentaje.

Lynn sintió que una agradable calidez la inundaba haciéndola sentir útil; años de humillación y burlas pasaron ante sus ojos y descubrió que ella tenía razón todo el tiempo. Quizá sus relatos no trascendiesen a la historia, pero había un público para ellos, un público que también tenía derecho a disfrutar y evadirse, y ese dinero, por muy poco que fuese, era todo un reconocimiento.

—Dado que el dinero ya no será un problema para mí, he decidido donar todo lo que me corresponde al Orfanato de St. Mary, en Blackheath.

Antes de que el señor Holburne pudiese responder, la puerta del despacho se abrió y la señora McDowall, su secretaria, apurada, exclamó:

—Señor Holburne, hay un caballero que sostiene que…

En ese momento Lynn vio con sorpresa que lord Tottenham irrumpía en la estancia.

—¡Milord!

Sorprendido, el señor Holburne se puso en pie.

—Lord Tottenham, ¿a qué debo el placer de su visita?

—En realidad, venía a saludar a mi prometida.

Extendió la mano esperando que Lynn la tomara. Ella lo miró furiosa, se puso en pie e ignoró la mano tendida del conde.

—Lord Holburne, si hemos acabado con los asuntos que debíamos tratar…

—Así es, señorita Ross. —El editor se había repuesto de la sorpresa y los miraba con abierta curiosidad—. Dispondré las cosas tal y como usted desea.

—Gracias, señor Holburne, señora McDowall.

Hizo una inclinación de cabeza y se retiró, ignorando a lord Tottenham, que salió tras ella sin despedirse, y a Patsy, que casi tuvo que echar a correr para alcanzarla.

—¡Deténgase, señorita Ross!

Lynn se detuvo tan bruscamente que el conde casi chocó con su espalda.

—¿Se puede saber a qué se debe esta actitud?

—¿Cómo se atreve? —Lynn se sentía tan enfadada que las aletas de la nariz le temblaban por la cólera—. Está usted ignorando flagrantemente los términos de nuestro acuerdo.

—¡Por supuesto que no! Le dije que podría usted escribir todo lo que quisiera, y bien sabe Dios que estoy dispuesto a comprarle todo el papel que el señor McMurray pueda fabricar para que pase horas escribiendo si es eso lo que le apetece.

—Ambos acordamos que no nos inmiscuiríamos en los asuntos del otro, ¿no es cierto, milord? —La suavidad de su voz no ocultaba el enfado que sentía—. ¿Qué le parecería a usted que yo irrumpiese en mitad de un encuentro con su… amante?

Ambos parecían ajenos a la presencia de Patsy, que aspiró el aire con brusquedad al oír a la joven. Samuel, por su parte, apretó las mandíbulas y, acercándose a Lynn hasta que sus narices casi se tocaron, murmuró:

—En ese caso, tal vez la invitaría a unirse a nosotros.

Lynn sintió cómo enrojecía hasta la raíz del cabello, pero se negó a retroceder ni un palmo. Tratando de aparentar una calma que en absoluto sentía, contestó:

—Si me disculpa, debo volver a casa.

—Aún no, jovencita. —Ella rechinó los dientes al sentir cómo él la trataba como si fuese una niña pequeña falta de una reprimenda—. Según nuestro acuerdo, tú podrías escribir con absoluta libertad y yo podría seguir viendo a mis amistades, sean de la índole que sean. No habría recriminaciones ni escenas.

—Así es.

—Pero en ningún momento accedí a dejar que pusieras en peligro tu

seguridad.

—¡Oh, vamos, milord! Está usted exagerando, y lo sabe.

—Lo único que sé es que aquí hay hombres que te cortarían ese hermoso cuello solo por robarte los botines.

Ambos se contemplaron en silencio; Lynn no supo qué decir, pero entonces el conde la miró de arriba abajo y mostró una ancha sonrisa carente de animosidad. Lynn tuvo que parpadear, admirada por la transformación de su rostro serio y altivo. El conde era tan hermoso que ella sintió que le faltaba el aliento.

—Vestido y sombrero nuevos…

Lynn bajó la mirada, repentinamente cohibida.

—Sí, la señora Bianchi me está confeccionando un guardarropa nuevo. Dice que una condesa no puede vestirse como una campesina.

Él extendió la mano, como si quisiera acariciarla. La piel de la nuca se le erizó de anticipación, deseando y temiendo el contacto, pero el conde bajó la mano y apretó el puño, a la vez que fruncía el ceño.

—¿A qué disposiciones se refería el señor Holburne?

Lynn agradeció el cambio de tema.

—Recuerde, milord, que mis asuntos literarios son cosa mía.

Algunos minutos más tarde, en el carruaje del conde –que se había empeñado en que su cochero las llevase hasta la casa–, Lynn tuvo que armarse de paciencia para resistir la conversación de Patsy, que parecía creer que lord Tottenham era un dechado de virtudes.

—¡Es usted tan afortunada, señorita Ross! ¡Un hombre tan apuesto y tan romántico!

—¿Romántico? ¿De dónde sacas algo así Patsy?

—Oh, señorita Ross, ha resultado arrebatador irrumpiendo así en el despacho del señor Holburne para rescatarla…

—¿Rescatarme? ¿De qué? ¿De ser atacada con un plumín? ¡Por Dios, Patsy, no digas sandeces! El conde no está preocupado por mí. Imagino que sus instintos aristocráticos le hacen querer dominar a todos los que lo rodean.

Patsy chasqueó la lengua, nada convencida de los argumentos de la joven.

—No, señorita Ross. La forma en la que la mira denota a las claras que se preocupa por usted.

Lynn se sorprendió deseando que Patsy tuviese razón, pero sabía lo soñadora y emotiva que era la doncella, y lo inclinada que estaba a ver romance en cualquier situación. A su pesar, rememoró el inquietante momento en el que creyó que el conde la tocaría y tuvo que admitir que durante unos extraños segundos lo había deseado.

* * *

—… y no contenta con eso, se mostró indignada de que yo irrumpiese en la oficina del editor.

—¡Qué atrevida!

Samuel lanzó una mirada de advertencia a Ransom y tomó un sorbo del licor que acababan de servirse. Se hallaban ambos cómodamente sentados en sendos butacones del amplio despacho que Samuel tenía en su residencia. El conde le estaba contando a su amigo el encuentro que había tenido esa mañana con su prometida, pero, para su mortificación, se dio cuenta de que Ransom parecía divertirse.

—Se ha negado a decirme la naturaleza del acuerdo al que ha llegado con el editor.

—Como bien te recordó ella, todo lo relacionado con sus libros es asunto suyo.

—¡Pero ese hombre bien puede estar estafándola o aprovechándose de ella!

—¿Y eso es tan importante? Desde luego no será una pobre escritora malviviendo en las calles, por Dios, Samuel, va a ser tu condesa. Unos chelines más o menos no supondrán ninguna diferencia para ella.

—¡Tú lo has dicho! Va a ser mi condesa, no voy a permitir que nadie estafe a la condesa de Tottenham.

—Aún no es tu esposa y ya permites que esos asuntos te provoquen

quebraderos de cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Ransom tomó un largo sorbo de su copa antes de responder.

—Samuel, crees que será fácil tener una esposa e ignorarla, como si no existiese, pero ella aún no es tu mujer y ya estás sufriendo por lo que hace. No digo que eso esté mal, por supuesto, pero deberías ser sincero contigo mismo y aceptar que no vas a poder mantener tu palabra. La señorita Ross te importa.

—¡Claro que me importa! Va a ser la madre de mis hijos, tengo el deber de proporcionarle un hogar, cuidados…

—No me refiero a eso, y lo sabes —lo interrumpió su amigo.

Samuel endureció el rostro.

—Si estás sugiriendo que siento algo más que preocupación por ella, te equivocas.

Ransom apretó los labios y movió la cabeza.

—Lo que tú digas, amigo.

—No confío en las mujeres, Ransom, son volubles; admito que son necesarias y que, incluso, en ocasiones su compañía resulta agradable y divertida, pero nunca más cometeré el error que cometí con Emma.

—¿A qué error te refieres?

Samuel no respondió, apuró la copa de un trago y se levantó, invitando implícitamente a su amigo a marcharse. Ransom lanzó un enorme suspiro, se puso de pie y palmeó a Samuel en el brazo.

—Solo espero que la señorita Ross no haga algo tan tonto como enamorarse de ti. Me gusta y, por lo que sé sobre ella, creo que ya ha sufrido bastante en su vida.

* * *

Después de que su amigo se marchó, Samuel descubrió que tenía un incipiente dolor de cabeza. Se sentía malhumorado e inquieto; algo le

zumbaba en el cerebro. Ransom parecía creer que Lynn era una dulce y desvalida damisela a la que él, cual malvado dragón, podría devorar sin apenas parpadear, pero Samuel sabía que eso no era cierto. Jamás había conocido a una joven con más fuerza de voluntad y valentía que su prometida. Ella no se sentía intimidada por él, como les ocurría a otras debutantes; su reacción de esa mañana era una buena muestra de ello. La señorita Ross no quería nada de él, solo la seguridad y comodidad de su nombre, y algo más de libertad de la que gozaba bajo el techo de los Hardesly; y eso era algo que Samuel podía darle. Debería estar satisfecho, y lo estaba, claro que sí.

CAPÍTULO QUINCE

Cuando Patsy entró alborozada a anunciarle que lord Tottenham había acudido a visitarla, Lynn se sintió fastidiada por el furioso galopar que el corazón había iniciado dentro de su pecho. Se ordenó a sí misma tranquilizarse y, hasta que no consiguió que los latidos traicioneros se acompasaran, no salió de la habitación. Iba a convivir con ese hombre, por Dios, no podía reaccionar como un cervatillo sorprendido por un sabueso cada vez que él apareciese.

Se obligó a sí misma a bajar tal y como estaba, aunque tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no echar una última ojeada en el espejo para revisar su aspecto. Quizá fuese un empeño infantil, pero estaba decidida a comportarse con naturalidad y a no dejar que la inseguridad la dominase cada vez que estuviese junto al conde. Al llegar a la sala de recibir, y a pesar de sus propósitos de no dejar que la presencia de su prometido interfiriese en su modo de comportarse, se detuvo un momento a contemplar la apostura de lord Tottenham con embeleso. Él no se había percatado de su presencia y permanecía de pie, mirando por los ventanales que daban a la calle, con las manos cruzadas en la espalda. Lynn admiró la elegancia y virilidad que desprendía mientras trataba de ignorar el extraño vuelco que el corazón acababa de darle dentro del pecho. Un sentimiento agridulce la embargó y, por primera vez desde que le había propuesto matrimonio llevada por la desesperación, pensó con seriedad en lo apropiado de lo que se disponía a hacer.

Patsy carraspeó y entonces el conde se volvió.

—Señorita Ross.

—Milord. —Ella inclinó la cabeza a la vez que tomaba asiento.

—¿Aún estás enfadada por mi visita de ayer?

—¿Visita? La más descortés que he visto jamás, debo decirle.

Samuel no se dejó impresionar por el tono indignado de la joven, al contrario, esbozó una sonrisa a la vez que tomaba asiento a su lado.

—Las referencias que tengo del señor Holburne son bastante tranquilizadoras. No obstante, en el mundo de los negocios, hasta los mejores hombres se convierten en tiburones. No me gustaría pensar que alguien esté estafando a la condesa de Tottenham… No sería bueno para mi prestigio.

—Si es eso lo que le preocupa, milord, déjeme decirle que el señor Holburne es un hombre honorable y honrado. Además, nadie sabrá nunca que es la condesa de Tottenham la que se esconde tras Lady…

Lynn calló repentinamente, consciente de que había estado a punto de revelar su seudónimo. Samuel, al darse cuenta, alzó las cejas.

—¿Acaso mi futura esposa no va a permitirme leer sus novelas?

Ante el silencio de la joven, el conde continuó:

—Sabes que solo tengo que preguntarle al señor Holburne para que me lo diga.

—¿Y lo haría?

—Prefiero que me lo digas tú.

—Imagino que le resultará muy divertido burlarse de mis historias.

Aunque Lynn intentó que su voz sonara desenfadada, no pudo esconder al conde el titubeo de inseguridad que su afirmación escondía.

—¿Es por eso que no quieres mostrármelas? ¿Porque crees que me burlaría?

Ella no respondió.

—No puedo prometerte que me gusten, pero sí puedo darte mi palabra de que admiro el talento en todas sus facetas. Cuando este, además, debe sobrevivir a un entorno hostil, como ha sido tu caso, me resulta mucho más digno de alabanza.

Lynn sintió cómo las mejillas se le ruborizaban. La amable aceptación de lady Margaret y ahora de lord Tottenham era como un bálsamo después de años de soportar el desdén de su tía.

—Mi seudónimo es Lady Shadow. —El conde no pudo evitar enarcar una ceja cómicamente al oírlo y ella soltó una risita—. Me pareció apropiado, ya que mi verdadera identidad permanecerá en la sombra. Además, mis historias no son amables, son oscuras y, a menudo, inquietantes.

—Entonces creo que tal vez debería haber pensado en una turmalina, en lugar del clásico diamante.

El conde sacó del bolsillo del pantalón una caja de terciopelo rosado y Lynn sintió que el corazón se le detenía un momento.

—¿Es para mí?

—Por supuesto, ¿para quién si no?

—¿Y lo ha comprado usted personalmente?

—Según me sugirió con todo el tacto posible el señor Howards, mi prometida prefería que el anillo de compromiso lo eligiese yo, y así lo he hecho.

Lynn no hizo caso del ligero sarcasmo de su voz y, más emocionada de lo que había esperado, abrió la delicada cajita. Un precioso aro de oro sujetaba un hermoso diamante, rodeado de pequeños brillantes rosados.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es precioso, milord!

La joven daba vueltas la caja para admirar el anillo desde todos los ángulos. Samuel sintió cómo el alivio lo invadía, se había sentido extrañamente nervioso aguardando la reacción de la joven, pero parecía evidente que el anillo le gustaba.

—Quizá una turmalina habría sido más adecuada para Lady Shadow…

—Es perfecto, milord, y me encanta.

De nuevo Lynn lo miró con una enorme sonrisa dibujada en la cara y el brillo de la alegría en los ojos. Samuel tragó saliva.

—¿Me permites?

Tomó la cajita de las manos de Lynn y sus dedos se rozaron. Con sorpresa, Samuel se dio cuenta de que le temblaban los dedos ligeramente. Sacó el anillo del estuche y, tomando la mano izquierda de Lynn, lo deslizó en el dedo anular. A sus espaldas oyeron un suspiro y ambos sonrieron; habían olvidado totalmente la presencia de Patsy.

Lynn se sentía embargada por la emoción mientras giraba la mano hacia un lado y otro admirando los destellos que emitía el diamante al recibir la luz. Nunca había dado demasiado valor a las cosas materiales, quizá porque no las había tenido en exceso, pero el anillo le encantaba y gran parte de su valor residía en el hecho de que el conde lo había elegido personalmente para ella. El reproche irreflexivo que había lanzado a su secretario creyó que no serviría de nada; en realidad, no tenía ningún derecho, en vista de la naturaleza de su compromiso, a pedir que el conde se implicara personalmente. Con sinceridad, no podría dar una explicación lógica que aclarara por qué había dicho al señor Howards que prefería que el anillo lo eligiese el conde. Sin

embargo, saber que el anillo lo había elegido lord Tottenham personalmente la llenó de alegría.

Samuel la observaba en silencio; el semblante se le había tornado serio, casi ensoñador. Le gustaba verla lucir algo que él le había regalado, le gustaba mucho; si bien era cierto que probablemente el elegante vestido y los escarpines que ella llevaba en ese momento también hubiesen salido de sus arcas, el anillo era algo que él había pasado casi dos horas eligiendo, y a ella le gustaba.

—Patsy, sal a comprobar si mi cochero está ya preparado para que nos marchemos.

—Sí, milord.

La joven doncella salió diligentemente de la sala y los dejó solos.

—¿Se va ya? —Lynn esperó que la desilusión no se le notase en la voz —. Ni siquiera le he ofrecido algo para tomar, soy una pésima anfi…

Antes de que ella pudiese terminar de hablar, el conde la tomó con suavidad de la nuca y la acercó hasta que sus alientos se confundieron.

—Creo que merezco un beso de agradecimiento.

Su boca se apoderó con ansia de la de la joven que, esta vez sí, lo recibió gustosa. Samuel no tuvo que forzar la entrada en la boca femenina; en cuanto Lynn notó la lengua acariciarle con suavidad los labios, los abrió y su lengua se enredó con la del conde. La joven no podía pensar, solo sentir. Su cuerpo experimentaba como un glorioso fuego que bajaba desde el punto donde sus lenguas se acariciaban con frenesí hasta arremolinarse en el lugar entre sus piernas al que no sabía poner nombre. Las manos del conde, su lengua, su olor, todo conspiraba para enredarla en una red de seducción de la que no quería escapar. En ese momento, los labios del conde resbalaron por su cuello y se apoderaron del lóbulo de su oreja haciendo que se estremeciera de pies a cabeza. A la vez que el conde jugueteaba con su oreja, deslizó la mano hasta rozarle el pecho y logró que el pezón se irguiese con un placentero tirón. La sensación fue tan excitante que Lynn se asustó un poco y se echó atrás en la silla.

—Patsy… —murmuró.

—Aún tardará un rato en encontrar a mi cochero. —La voz del conde sonaba pastosa, como si hubiese bebido, y su aliento provocó placenteros escalofríos en la joven—. Sobre todo, porque he venido a pie.

Tomó la mano de la joven para levantarla de su asiento, la pegó contra su cuerpo y le deslizó las manos con avidez por todo el contorno. Ella disfrutó la caricia y deseó apretarse contra el duro cuerpo masculino, pero las intensas sensaciones que estaba experimentando la inquietaban y, cuando él agachó la cabeza para besarla de nuevo, ella se apartó.

—¡No, no! Por favor, basta, milord. Alguien podría entrar y yo no puedo pensar cuando está tan cerca de mí.

Él permaneció quieto, la miraba con fijeza y con la respiración jadeante, como si acabase de realizar un gran esfuerzo físico. Tras unos segundos, cerró los ojos y se dio la vuelta. En ese momento, Patsy irrumpió en la estancia.

—Lo siento, milord, no he podido encontrar a su cochero.

—¡Maldito Andrew! Seguro que se ha ido a beber a la tasca más cercana. Gracias de todas formas, Patsy.

Tras hacer una breve y seca inclinación de cabeza hacia el lugar donde Lynn permanecía quieta como una estatua y con las mejillas arreboladas, salió con paso ligero.

Samuel nunca se había alegrado tanto de prescindir de su cochero como en ese momento; caminaba a paso rápido sin mirar lo que tenía alrededor, pues lo último que le apetecía era pararse a saludar a algún conocido. La cercanía de Lynn se le había subido a la cabeza como un potente licor, jamás había estado tan expuesto a la pasión como unos momentos antes. Su suavidad, su sabor y su olor lo habían embriagado por completo; se había dejado llevar de tal manera que, por unos instantes, había olvidado quién era él, quién era ella y dónde estaban.

* * *

Lynn se miraba en el espejo, sorprendida por lo distinguido y elegante de su aspecto. Jamás se había visto tan hermosa en la vida; tan solo las pupilas extrañamente dilatadas daban cuenta del miedo que la embargaba.

Había pasado la noche anterior al día de la boda recordándose las ventajas que esta le traería y, aunque no se arrepentía de la decisión tomada, no podía negar que estaba asustada por lo que el conde le hacía sentir. Sabía que no había manera posible de impedir la intimidad con él, ya que la concepción de un heredero era una parte inexcusable del trato. No era que a

ella le desagradara su cercanía; el problema era justo el contrario: le agradaba demasiado.

Después del tórrido beso que habían compartido el día en que él le dio el anillo de compromiso, había pasado largas horas rememorando ensimismada la sensación de encontrarse entre sus brazos, pensando en el conde en los momentos más inoportunos del día y preguntándose con ansiedad si él también pensaría en ella. Todas esas emociones estaban fuera de lugar y, a pesar de que esas mariposas que le revoloteaban en el interior la hacían sentir más viva que nunca, Lynn había hecho un esfuerzo consciente por recuperar la sensatez. El conde era divertido, capaz de mostrarse amable y atento, y su cercanía la inundaba de pasión. Estaba segura de que era un hombre que no dejaba indiferente a ninguna mujer de menos de noventa y nueve años, ¿por qué iba a ser ella diferente? Si no se dejaba arrastrar por su encanto, todo iría bien.

A pesar del temor de lady Kindersley y del suyo propio, este matrimonio le proporcionaba muchas más ventajas que inconvenientes. Estaba segura de que, una vez que ella quedara encinta de su heredero, él se olvidaría de su existencia y ella nunca más tendría que preocuparse por la posibilidad de quedarse en la calle ni por el hecho de que su esposo le prohibiese continuar escribiendo.

Samuel miraba con semblante serio la puerta de la iglesia de St. George, más ansioso de lo que quería admitir. En los bancos de madera de la parte derecha, se sentaban los invitados de la novia; según le había confesado Lynn, apenas tenía tratos con sus primos y primas, pero por el numeroso grupo que formaban supuso que ninguno había querido perderse el evento. Sus invitados, sentados en la parte izquierda, eran mucho menos numerosos: su hermana, su cuñado y sus sobrinas; Ransom y la tía de este, una vieja alcahueta que tenía predilección por su sobrino, a la que él había pedido gentilmente que lo acompañase.

En ese momento hizo su aparición Lynn cubierta con un velo que no dejaba verle el rostro. El vestido que llevaba, de blanco chantillí, se ajustaba a su talle como un guante y la amplia caída de la falda hacía que pareciera una preciosa figura de porcelana. Samuel se dio cuenta, conforme ella se acercaba, de que, a pesar de lo pausado y elegante de sus pasos, el ramo de tulipanes rosados que llevaba le temblaba ligeramente en las manos.

Lynn mantenía la mirada fija al frente, concentrada en el pastor y en el altar. Sabía que, si miraba las caras de los invitados, se pondría más nerviosa aún. Por supuesto, trataba de evitar mirar directamente al conde, a pesar de que la presencia imponente de este parecía ocuparlo todo. Se repetía constantemente que ese largo pasillo que debía recorrer la llevaba

directamente hacia la mayor libertad a la que podía aspirar, y ese pensamiento le insuflaba ánimos. Tampoco era como si hubiese tenido que vender su alma al diablo, como hizo Fausto. Para luchar por sus sueños, ella había tenido que casarse con un hombre rico, influyente e increíblemente atractivo. Teniendo esto en cuenta, su inquietud y su miedo parecían sentimientos propios de una pequeña niña caprichosa.

Cuando llegó junto al conde, tomó aire con fuerza y se dispuso a dejar la mente en blanco mientras el pastor comenzaba los oficios. La voz de este, cadenciosa y grave, la ayudó a relajarse hasta que su mirada se cruzó con la del conde y el poco aplomo que había logrado reunir se vino abajo. Él la miró con semblante serio, concentrado, pero sus ojos, pozos oscuros y fríos, hicieron que se estremeciera. Lord Tottenham parecía un desconocido, alejado totalmente del hombre apasionado y divertido que se había mostrado en otras ocasiones. Lynn, turbada, apartó la vista y tragó saliva, mientras se preguntaba si podía confiar en que él mantendría el trato en los términos en los que los habían acordado.

El corazón de Samuel le latía con tanta fuerza dentro del pecho que le costaba trabajo entender las palabras del pastor; la sensación de irrealidad era tan poderosa que, por un momento, pensó que todo se trataba de un sueño. Hasta hacía un par de meses, había sostenido con firmeza que no volvería a casarse y ahora escuchaba cómo el pastor unía para siempre su destino al de una joven a la que apenas conocía. Durante mucho tiempo, había estado tan seguro de que Emma Wells sería su esposa que una posibilidad diferente le había parecido imposible. Pero no era Emma la mujer que compartiría su vida, para bien o para mal. No sería Emma la madre de sus hijos, y por un instante todo le pareció un error garrafal.

En ese momento la mirada de Lynn se cruzó con la suya. Estaba asustada. Sus hermosos ojos color ámbar se veían vulnerables y, a pesar de que le sostuvo la mirada con valentía, él pudo detectarle un ligero temblor en la barbilla. Todo pareció borrarse de su mente y tuvo que reprimir el impulso incontrolable de sonreír, como tan a menudo le sucedía cuando pensaba en Lynn.

* * *

Durante el banquete de bodas, Lynn apenas tuvo oportunidad de estar cerca de su flamante marido, ya que debía atender a todos los invitados que se acercaban para darle la enhorabuena. Aturdida y nerviosa, permanecía ajena a

los susurros maledicentes de algunas matronas y sus pupilas, que no acababan de entender que el conde de Tottenham hubiese dejado su legendaria soltería por una joven tan por debajo de sus posibilidades, y que encima gozaba de cierta fama de excéntrica. La formidable presencia y sutil protección de lady Kindersley hizo que los cotilleos fuesen disipándose, ya que no se cansaba de repetir por doquier lo felices que se sentían todos en la familia por la maravillosa elección de su hermano y lo muchísimo que apreciaban a la nueva condesa de Tottenham.

Se había esfumado el miedo que la había paralizado al pensar que, desde el primer minuto de casada, todos se darían cuenta de que no tenía ni idea de cómo conducirse y avergonzaría al conde. Todo funcionaba milimétricamente bien: los criados se comportaban como un ejército bien entrenado y lady Kindersley permanecía siempre cerca de ella, alentándola con su sonrisa o susurrándole a quién debía acercarse de manera más deferente. Poco a poco, el nudo que se le había instalado en el estómago se fue relajando y, cosa extraña, comenzó a disfrutar de la situación.

La comida era deliciosa y, tras haber pasado el día anterior casi en ayunas por los nervios, descubrió que se sentía famélica y tomó uno de los deliciosos pasteles de pollo. En ese momento, la señorita Bradley se acercó a ella con una agradable sonrisa dibujada en el rostro.

—Lady Tottenham, permítame felicitarla. Créame si le digo que, aunque inesperado, su compromiso con el conde me llenó de una profunda alegría.

—Gracias, señorita Bradley, es muy amable de su parte alegrarse tanto por mí.

—Debo reconocer que en ese sentimiento hay algo de egoísmo. —Interpretando correctamente la mirada de curiosidad de Lynn, la señorita Bradley continuó—: Parecía que todos los jóvenes interesantes solo tenían ojos para lady Stanhope, pero, de manera increíble, el más codiciado de todos se ha fijado en una joven normal, de carne y hueso, no en una diosa de la perfección. Créame, eso nos da esperanzas a todas las demás.

Lynn soltó una alegre carcajada y, al ver que varias cabezas se volvían a mirarla, se tapó la boca con la mano, pero sus ojos continuaban brillando divertidos.

—Señorita Bradley, le sorprendería saber a qué extrañas armas de seducción se rinde un hombre.

—Oh, qué misterioso resulta su comentario. Usted debería hacer una obra de caridad e ilustrar al resto de mujeres que languidecemos esperando que algún pretendiente mire más allá de nuestros imperfectos rostros.

—No estoy segura de que lo que me funcionó a mí con el conde pueda aplicarse al resto…

Si la señorita Bradley tenía alguna réplica, esta se vio interrumpida por la llegada del conde.

—Señorita Bradley, lady Tottenham, ¿se divierten?

—Ciertamente, milord, su esposa me estaba contando algo de lo más interesante.

Samuel miró a su recién estrenada esposa alzando las cejas con gesto de curiosidad y Lynn no pudo evitar ruborizarse, deseando que la señorita Bradley no continuase hablando de ese tema. Afortunadamente, la joven se despidió y, por primera vez desde que se habían convertido en marido y mujer, Lynn se encontró a solas con el conde.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—Había pensado que quizá sería mejor retirarnos esta noche a mi residencia del campo, allí gozaremos de mayor intimidad. Podemos pasar un par de días, si te encuentras con fuerzas para acometer el viaje.

La inquietud que la había acompañado la mayor parte del día volvía a invadirla. Sabía lo que pasaría esa noche. Como le había dicho al conde en su despacho cuando le hizo su proposición, había leído mucho sobre todos los temas, incluido el de la reproducción humana. Era un acto fisiológico y necesario; la naturaleza, siempre sabia, había dotado al cuerpo del hombre y al de la mujer de lo preciso para llevarlo a cabo con eficiencia. Se dijo que era un acto natural, que los animales hacían sin pudor, por lo tanto, no debía darle más importancia de la que tenía. Pero el pensamiento de compartir semejante momento con el conde la aterrorizaba más de lo que podía expresar. Decidió que sí, que le gustaría ir a la residencia de campo, ya que eso retardaría el momento que tanto temía.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Llegaron cuando empezaba a anochecer. La residencia de campo del conde se encontraba en Dorset y Lynn, imaginando que se topaba casualmente con lord Huxley, que también residía en el condado, lanzó una risita nerviosa que hizo que Samuel la mirara con una ceja alzada. Durante el viaje, lord Tottenham se había mostrado tan locuaz que la aprensión de Lynn casi había cedido por completo. El conde le había contado la historia de su familia, las características de la residencia y le había dicho que enseguida entendería por qué se llamaba Elm Cottage. Cuando el carruaje se detuvo, Lynn reprimió el ansia de pedirle al cochero que continuara, a pesar de que ya acusaba el cansancio del viaje y del vertiginoso día. No se sentía con fuerzas para afrontar lo que vendría a continuación.

La casa era impresionante, aunque con cierto encanto rural que dulcificaba lo imponente del tamaño. De color rojizo, con las puertas y balaustradas verdes, estaba rodeada por un sendero con setos perfectamente recortados, multitud de rosales y otros árboles frutales que no pudo distinguir. Flanqueando la casa, como gigantescos centinelas, dos enormes olmos casi tocaban con las ramas las balconadas del piso superior. Sin poder evitarlo, lanzó una sonrisa al conde.

—Evidente y poco original —comentó él.

—Creo que es el nombre perfecto. Tratar de ponerle otro ignorando estos magníficos olmos habría sido extravagante.

Samuel lanzó una breve y alegre carcajada.

—Solo tú podrías ver las cosas desde ese original punto de vista.

Dos lacayos se acercaron para bajar los pesados bolsos de viaje del carruaje, momento que aprovechó lord Tottenham para tomarla del brazo y conducirla hacia la entrada donde los sirvientes, en fila, esperaban para recibirlos.

Lynn había imaginado multitud de veces que los sirvientes enseguida la señalarían y la despreciarían como una impostora, una mujer indigna de ser la condesa de lord Tottenham. En ese momento, observando en los ojos de la mayoría de ellos curiosidad, simpatía o las francas sonrisas que le dirigían, se daba cuenta de que su mente, exacerbada por una increíble imaginación, había confabulado para inundarla de preocupaciones que no se demostraban reales.

En Elm Cottage no había mayordomo; el ama de llaves, la señora Wilson, dirigía al servicio y, después de presentarle a todos los componentes, les anunció que la cena se serviría en una hora. Asimismo, les comunicó que había preparado los aposentos siguiendo las instrucciones del conde.

—Si alguna cosa no es de su agrado, no tiene más que comunicarlo, milord.

—Estoy seguro de que todo será perfecto, señora Wilson.

La señora Wilson los acompañó hasta las habitaciones. Patsy, junto a ella, caminaba con la boca abierta y una expresión de asombro tan cómica que a Lynn le costó mucho no comenzar a reírse; tan solo la presencia del conde unos pasos por delante frenaba su buen humor. No había imaginado que él ya habría dispuesto las habitaciones, ni siquiera se le había pasado por la mente el hecho de que él pensara en algo así. Evidentemente, no esperaba que él dedicase mucho tiempo a ese matrimonio, y esos detalles, aunque nimios, le mostraban que él lo tenía todo controlado.

En su planificación de cómo serían las cosas, suponía que, una vez cumpliese con sus deberes maritales, retomarían sus vidas en cordial convivencia, como dos amables extraños con un objetivo común: tener un hijo. Se imaginaba a sí misma dedicada a la escritura sin tener que esconderse, leyendo a cualquier hora sin recibir sermones y publicando sus relatos como Lady Shadow. Suponía que el conde seguiría igualmente con sus rutinas y visitando a su amante. Era *vox populi* la existencia de varias amantes en la vida de lord Tottenham, pero lady Stanhope había considerado necesario susurrarle, en una de las recepciones en las que habían coincidido poco antes del enlace, el nombre de la amante actual. También le había asegurado que su belleza era legendaria. "Además de bella, demuestra tener una gran inteligencia otorgando sus favores a alguien tan formidable como lord Tottenham", le había contestado Lynn a la maledicente lady Stanhope y su respuesta la había dejado sin palabras. Lynn se había alejado tan satisfecha de sí misma que tuvo que reprimirse para no dar piruetas.

No le había afectado conocer la existencia de esa mujer. De hecho, era plenamente consciente de que, de no existir, ella jamás habría conseguido que lord Tottenham accediese a su trato, ya que lo que pretendía él era cumplir con su deber con el título y seguir viendo a su amante sin fastidiosas recriminaciones. Y nadie mejor que Lynn para comprender que, a veces, había que sacrificar algo para conseguir la libertad de ser y hacer lo que uno sentía.

Con alivio comprobó que les habían asignado habitaciones separadas, aunque contiguas. Lord Tottenham le dijo que descansara un poco y que, en una hora, él la acompañaría hasta el salón. Asintió agradecida y se dispuso a

explorar todo lo que la rodeaba. Una doncella había encendido las lámparas y la luz otorgaba un brillo dorado a las paredes, color ocre. La cama, amplia y alta, dominaba la estancia; sobre ella había numerosos cojines de seda y terciopelo. En la estancia, había un tocador con espejo, un sillón de aspecto mullido junto a la ventana y un pequeño secreter con cinco cajones. En el extremo opuesto a la puerta por la que habían entrado, había otra puerta y Lynn dudó si abrirla o no, temiendo que al otro lado estuviese la habitación del conde. La curiosidad fue mayor que el temor y, tras golpear suavemente con los nudillos, abrió la puerta. Un suspiro de alivio se le escapó: se trataba de un enorme vestidor. A su espalda, Patsy lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Es fantástico, milady! Aquí jamás se arrugará la ropa.

—Patsy, apenas estaremos un par de días…

—Bueno, pero serán dos días con la ropa impecable.

Enseguida, se dispuso a organizar las camisolas, vestidos, corsés y zapatos, canturreando una alegre canción.

Aunque Lynn se encontraba cansada, se sentía incapaz de acostarse, así que se sentó en el tocador, abrió todos los cajones del secreter, se asomó por la ventana, se sentó en el mullido sillón y comprobó que era tan cómodo como parecía. Cuando finalmente, sin nada más que hacer, decidió que quizá sí le apetecía echarse un poco, Patsy le anunció que debería ir cambiando el arrugado traje de viaje por un vestido más apropiado para cenar.

Apenas había terminado de vestirse, un elegante pero sencillo vestido en muselina verde musgo, cuando sintió que llamaban a la puerta. Al abrir, se encontró con lord Tottenham, que le sonrió con amabilidad.

—¿Has descansado?

—Sí —mintió ella.

—Bien, temía encontrarte desfallecida después de un día cargado con tantas emociones.

—Oh, milord, ¿qué imagen tiene de mí? ¿Desfallecida? Suena tan pusilánime…

Él se rio y Lynn descubrió que le encantaba que lo hiciese; lo que más le gustaba era saber que ella provocaba su risa.

—Concédeme al menos que estás hambrienta.

Tras pensarlo unos segundos, ella asintió.

—Sí, creo que podría comerme un buey, entero.

Él volvió a reír.

—Estás de suerte. Según el último informe del administrador, tenemos algo más de un centenar de hermosos bueyes. Seguro que podemos prescindir de uno para que tú lo devores.

A pesar de que, efectivamente, se sentía famélica, Lynn no pudo comer el postre, ya que la sopa y el asado la habían satisfecho por completo. Durante la cena, al igual que en el viaje, el peso de la conversación recayó en el conde, que le contaba curiosidades de la zona, mientras ella escuchaba interesada. Cuando el conde retiró su silla, satisfecho, el nerviosismo y la aprensión volvieron a apoderarse de ella, y su buen humor pareció esfumarse como una pequeña nube arrastrada por el viento. Sin saber qué se esperaba de ella ni cómo reaccionar, se limitó a permanecer sentada, jugueteando nerviosamente con la cucharilla de postre que no había usado.

—Tomaré una copa y luego subiré.

—De acuerdo. —Se regañó mentalmente al darse cuenta de que su voz sonaba entrecortada, pero él pareció no darse cuenta.

Cuando subió a su habitación, Patsy ya estaba allí, parloteando sobre todo lo que le había sucedido desde que se habían separado, mientras la ayudaba a desvestirse y a ponerse el camisón. La señora Bianchi había confeccionado todo el ajuar necesario y, aunque en opinión de Lynn había más prendas de las que podría usar, lady Kindersley le había asegurado que podía confiar en ella. El camisón de bodas era de seda; el tacto sobre su piel se le antojó extrañamente impúdico. Se le ceñía sutilmente al cuerpo hasta casi la mitad de la cadera y la caída de la falda parecía flotar entre sus piernas. A Lynn le recordó las vestimentas de las damas medievales que había observado en algunas ilustraciones.

Tras quitarle pacientemente todas las horquillas que le sujetaban el pelo, Patsy comenzó a cepillárselo. Aunque apenas seguía la conversación, la constante verborrea de la joven y las lentas pasadas del cepillo la relajaron un poco. Justo cuando parecía que el sueño iba a vencerla, la puerta se abrió y apareció el conde. Todo el sopor que la había invadido la abandonó de golpe. Patsy hizo una reverencia y se retiró, mientras Lynn luchaba contra el impulso de pedirle que se quedara.

El conde cerró la puerta una vez la doncella salió y se quedó unos segundos apoyado en la puerta, contemplándola. Ella, sin saber qué hacer,

bajó la mirada a sus manos, que permanecían entrelazadas.

—¿Nerviosa?

—Un poco.

Samuel sonrió con ternura; era la primera vez que veía la seguridad de la joven flaquear. Se acercó hasta ella, tomó el cepillo que la doncella había dejado sobre el tocador y comenzó a cepillarle el sedoso cabello negro, maravillándose por el brillo. Sintió placenteros escalofríos cuando el pelo de la joven le acariciaba la mano y la muñeca. Comenzaba a sentirse excitado de una manera que le costaba mucho refrenar, pero sabía que, si en algún momento de su vida había necesitado fuerza de voluntad, era en ese momento. Lynn podía ser la mujer más valiente y segura que conocía, pero no dejaba de ser una joven virgen sin apenas conocimiento de lo que sucedía entre un hombre y una mujer.

—¿Alguien te ha explicado lo que va a suceder ahora?

—Sé lo que va a suceder, milord, como ya le dije, he leído numerosos libros que…

—Me refería a alguien que lo haya experimentado en primera persona —la interrumpió él.

Ella tragó saliva y se limitó a negar con la cabeza.

—Eso explica por qué estás tan asustada.

Lynn pensó en negarlo, pero se dijo que la verdad debía ser evidente.

—La razón me dice que cientos, miles de mujeres, pasan por esto. Mi propia prima, lady Stenford, ha debido cumplir con sus deberes maritales al menos dos veces y, si alguien tan proclive a los vahídos y desmayos como ella lo ha soportado, estoy segura de que yo no seré menos.

La mano con la que el conde le cepillaba el cabello se detuvo unos segundos y, cuando ella alzó la vista y lo miró a través del espejo, se dio cuenta de que lord Tottenham contenía a duras penas la risa. El hombre, al cruzarse con la mirada mitad curiosa mitad indignada de la joven, no pudo contenerse y lanzó una carcajada. Lynn cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró cada vez más indignada.

—Siento curiosidad por saber qué te lleva a estar segura de que tu prima ha copulado como mínimo dos veces.

—Tiene dos hijos.

La respuesta, dicha con tanta seriedad y en un tono de voz que sugería que él debía ser bobo para no percatarse de algo así, hizo que Samuel prorrumpiera de nuevo en carcajadas. Los sentimientos de Lynn fluctuaban entre el agravio y la vergüenza, convencida de que había dicho algo absurdo, pero sin estar segura de qué podía ser. Se levantó del asiento, comenzó a caminar, volvió a doblar prendas que ya estaban dobladas y a guardar objetos en sitios distintos de donde estaban, intentando en la medida de lo posible ignorar la presencia del conde. Él, poco a poco, dejó de reírse, se acercó a ella y la tomó suavemente de las muñecas.

—Voy a explicarte algo que no has leído en tus libros.

Tiró de ella con suavidad, la sentó en el sillón y se situó a su espalda. Su presencia fuerte e imponente hizo que ella se sintiera como un pajarillo atrapado en una dulce jaula. Mientras hablaba, él tomaba mechones de su pelo y los dejaba resbalar entre sus manos provocando estremecimientos de puro placer en ella.

—La cópula entre un hombre y una mujer es un acto muy placentero la mayoría de las veces. No es algo que se realice solo para tener hijos y tampoco es una ciencia matemática: no siempre trae como consecuencia la concepción de un niño y eso, mi querida esposa, significa que hay que repetirlo varias veces.

—¿Cuántas veces? —La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera controlarla.

—No hay un número establecido, pero créeme, el acto en sí es algo agradable. No debes pensar en ello como un sacrificio.

Lynn había pensado que los momentos de intimidad serían limitados y puntuales, ahora empezaba a comprender que quizá no sería así. Su mente, aturdida por la concatenación de hechos que habían comenzado con la posibilidad de casarse con lord Huxley y terminado con su osada proposición de matrimonio al conde, no había reparado en el hecho de que, si el acto sexual fuese solo un trámite obligatorio para tener hijos, los hombres no gastarían su fortuna en amantes. Lo cierto era que nunca había pensado demasiado en lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la intimidad, y ahora lamentaba no haber mostrado más interés en ese asunto en concreto.

—Para empezar, el hombre y la mujer se acarician, descubriendo las partes de su cuerpo que son más sensibles y que proporcionan más placer.

A la vez que lo decía, la mano del conde se deslizó, como al descuido,

por el cuello de Lynn y provocó que ella entrecerrara los ojos, asaltada por un súbito y placentero cosquilleo.

—A veces, esas caricias también se pueden realizar con los labios y la lengua.

Lynn tragó saliva, temiendo y deseando que el conde pusiese en práctica lo que decía, pero él siguió acariciándola hasta bajar lentamente por su escote y rozar, como al descuido, uno de sus pezones que, para sorpresa de Lynn se irguió al momento, provocándole un destello de placer que la hizo jadear. A su espalda el conde pareció contener el aliento y, tras un breve momento de vacilación, continuó acariciándole el pecho, moviendo los dedos sobre el endurecido pezón como si tocara las cuerdas de un arpa. Lynn echó la cabeza hacia atrás, completamente rendida a las increíbles sensaciones que las caricias del hombre provocaban en ella.

Verla así, rendida y entregada, inflamó la sangre de Samuel como nunca había logrado hacerlo ninguna de sus experimentadas amantes. Como un niño goloso, tomó los bien formados pechos de Lynn con las dos manos mientras le acariciaba sin cesar los pezones, gozando de los suaves suspiros que escapaban de los labios de la joven. Se sentía explotar dentro de los pantalones y debía recordarse a cada segundo que la joven era virgen para no penetrarla en ese preciso momento como deseaba con todas sus fuerzas. Anhelando recorrer cada milímetro del cuerpo de su esposa con sus manos y sus labios, la levantó suavemente y la apretó contra su pecho, a la vez que se apoderaba con ansia de sus labios, instándola con la lengua a que lo recibiera. Lynn ni siquiera pensaba resistirse, se dejaba llevar por los sentidos, completamente seducida por lo que el conde le hacía sentir. A la vez que la lengua de él saboreaba con fruición el interior de la boca de la joven, deslizaba las manos por su cuerpo, provocando estremecimientos de puro placer en ella, que comenzaba a sentir una languidez y un ansia que no había experimentado jamás en la vida.

Samuel comenzó a deslizarle los labios por el cuello y, con intensa premura, comenzó a desanudar los lazos del camisón de la joven, deseando saborear la dulzura que adivinaba en su piel. Lynn se sentía arder, incapaz de pensar, ya sin temor, convertida en un manojo de sensaciones y completamente entregada a las caricias y los besos del conde. Cuando por fin el camisón cayó a los pies de la joven, Samuel se tomó un instante para contemplarla. Le pareció tan perfecta, con la piel nívea y las redondeces de la cadera y los senos, que tuvo que resistir el impulso de arrodillarse ante ella como si de una diosa pagana se tratase. En ese momento Lynn recobró un poco de cordura y, al sentirse expuesta, intentó taparse las partes íntimas. Samuel, negó con un gesto y le tomó las muñecas.

—No te avergüences, eres perfecta. Déjame contemplarte.

Lynn tragó saliva, pero apartó las manos y se quedó mirando cómo lord Tottenham se deshacía de su ropa sin dejar de contemplarla. El momento era tan extraño, tan íntimo, que por un breve instante le pareció que se encontraba dentro de un sueño, pero el calor y la extraña humedad de su cuerpo –sobre todo, las intensas sensaciones que le hormigueaban en la piel, como si todas sus terminaciones nerviosas se hubiesen activado a la vez– le mostraban a las claras que lo que estaba viviendo era muy real.

Con asombro, Lynn observó cada parte del cuerpo desnudo del conde y, aunque ella había estudiado en profundidad la anatomía marmórea de las esculturas griegas, no pudo dejar de asombrarse al admirar las líneas firmes y definidas del hombre que tenía frente a ella. Había algo que diferenciaba profundamente el cuerpo del conde del de las esculturas clásicas, además del vello rubio que le cubría el pecho y las piernas: su miembro sobresalía de una forma que ella jamás había visto en ninguna ilustración.

Samuel supo lo que ella miraba con tanto asombro, le tomó la mano y la puso sobre su verga, que sentía tirante y dura como una estaca. Al sentir el suave contacto de ella, se mordió los labios reprimiendo un hondo gemido de placer. La joven, al principio, permaneció quieta, pero la curiosidad y el deseo de saber más la llevaron a acariciar toda su longitud, experimentando las diferencias de textura del tronco y el glande, y asombrándose por la humedad de este.

—Esta parte de mi cuerpo debe penetrar en tu cuerpo. —Su voz sonaba extraña, estrangulada—. Al principio, como eres virgen, puede ser un poco doloroso, pero ten por seguro que es una sensación momentánea y, si te relajas, apenas sentirás dolor.

Lynn no podía imaginar como algo tan grande y duro podía entrar en su cuerpo. Sabía en qué lugar se introducía, pero no creía tener una abertura tan grande como para dar cabida a esa parte en concreto de Samuel. En el momento en que ella, con un dedo curioso, pasaba lentamente desde la base hasta la punta de su verga, él le apartó la mano y, tomándola en brazos sin aparente esfuerzo, la tumbó sobre la cama. Como si un extraño frenesí se hubiese apoderado de él, comenzó a acariciarla y a besarle el cuerpo desnudo. Cuando su boca, húmeda y caliente comenzó a succionarle uno de los pezones, Lynn se arqueó atravesada por un placer tan intenso que le ocasionó un mareo. Entre sus piernas sentía la carne vulnerable palpitar y se notaba tan mojada que sintió vergüenza de que él lo notase. Justo cuando este pensamiento le atravesaba la mente, el conde, sin dejar de succionar y lamerle los pezones, comenzó a acariciarla ahí debajo, provocando en ella un placer tan intenso y fulminante que soltó un gritito, sorprendida.

Samuel sabía que era demasiado pronto, que debía seducirla durante más tiempo, hasta que apenas notase la intromisión en su cuerpo, pero la entrega de Lynn y la humedad entre sus piernas le resultaron insoportablemente dulces y embriagadoras. Supo que, si no la penetraba enseguida, se derramaría sobre ella como un adolescente. Sin dejar de besarla ni acariciarla, se colocó entre sus piernas. Al mirarla a la cara, vio que ella tenía los labios entreabiertos y los ojos brillantes por la pasión; sus mejillas habían enrojecido. Supo que ella lo deseaba y ese pensamiento lo enardeció. Tratando de transmitirle tranquilidad con la mirada –no se creía capaz de poder decir ni una palabra–, empezó a empujar dentro de la aterciopelada y húmeda abertura. Lynn, al notar la intromisión, se tensó ligeramente; tal y como había sospechado, su cuerpo era demasiado pequeño para él. El conde también debió haberse dado cuenta porque se quedó quieto, respirando con fuerza mientras gotitas de sudor le aparecían en la frente. Poco a poco, la terrible tensión que había sentido en el lugar donde sus cuerpos se unían pareció ceder ligeramente y, en ese momento, el conde volvió a empujar, esta vez con más fuerza, lo que provocó que ella soltara un gritito de sorpresa y dolor. Él volvió a detenerse, pero ahora parecía estar completamente dentro de ella. La tensión era insoportable. Lynn pensó que no lo aguantaría, pero entonces el conde comenzó a besarla suavemente al principio y con descarnada pasión un momento después, y el cuerpo de Lynn poco a poco se fue relajando hasta que la dolorosa tirantez quedó en un simple latido. Samuel comenzó a moverse y, cada vez que embestía el cuerpo de su esposa, un rayo de puro placer parecía atravesarlo. Los movimientos eran lentos y pausados en un principio, pero la pasión y el deseo se volvieron incontrolables, y con un hondo gemido alcanzó el orgasmo más intenso que recordaba haber tenido jamás.

CAPÍTULO DIECISIETE

A pesar de que apenas había podido pegar ojo en toda la noche, en cuanto las primeras hebras de claridad asomaron entre los cortinajes de los ventanales, Lynn se desperezó y abrió los ojos. El cansancio y las emociones vividas no habían sido lo suficientemente intensos como para proporcionarle un sueño reparador y, desde que el conde había abandonado su cama, se había sumido en un inquieto duermevela hasta ese instante en que supo que ya no sería capaz de volver a dormirse.

Tras hacerle el amor, él se había mostrado tierno y considerado, aunque extrañamente distante. Le había dicho que las molestias eran normales, que en pocas horas se pasarían. Le había ofrecido un paño humedecido para que ella pudiese limpiarse y aliviar el ardor que sentía entre las piernas. Lynn estaba tan abrumada por lo sucedido que apenas pudo reaccionar con un tímido "gracias". Entonces él le preguntó si necesitaba algo más y, ante su negativa, le dio las buenas noches y se marchó.

Una vez a solas, comenzó a rememorar lo que acababa de ocurrir. Lynn comprendió que había pecado de ingenua: sus lecturas no la habían preparado para lo que de verdad ocurría entre un hombre y una mujer. La intimidad que había compartido con el conde había sido de una intensidad que jamás habría podido concebir, ni en sus más profusas fantasías. Los labios del conde recorriéndole el cuerpo, las manos acariciándola de esa forma que le daba escalofríos, el conde dentro de ella… había sido algo tan sublime que había sentido deseos de llorar. No había habido tiernas palabras de amor –no las hubiera creído si se hubiesen producido–, pero las sensaciones que la habían recorrido habían sido las más intensas y verdaderas que había experimentado jamás. Se preguntó si siempre sería así y, a pesar de su desconocimiento, supo que no: su cuerpo jamás habría reaccionado de igual forma de haberse tratado de lord Huxley, por ejemplo. De solo pensarlo, la repugnancia la invadía.

Ahora por fin entendía qué era exactamente lo que lord Tottenham y su amante hacían, y el pensamiento de que ambos compartían la misma intimidad que ella acababa de experimentar le provocó una extraña sensación de resquemor en el pecho que desechó de inmediato. Los términos de su acuerdo eran claros y por primera vez entendía a qué peligro se enfrentaba exactamente: no tenía ningún derecho sobre él ni era libre para exigirle fidelidad. Ambos se habían prometido libertad mutua a cambio de hijos y una vida confortable. Ella no pagaría su generosidad cometiendo el terrible error de enamorarse de él.

La llegada de Patsy la distrajo de sus pensamientos y, animada por la joven y su emocionado parloteo, comenzó a asearse y se vistió para compartir el desayuno con el conde, que, según le dijo la joven doncella entre risitas, ya estaba esperándola. Lynn se sorprendió al oírla, pues aún era muy temprano, pero, como desconocía sus hábitos, pensó que quizá era madrugador.

Cuando llegó al comedor, el conde se levantó caballerosamente de la silla que ocupaba y esperó a que ella tomara asiento. Durante el tiempo que los criados emplearon para servir el té y disponer los bollos, huevos, mantequilla y demás exquisiteces, Samuel no dejó de observarla con fijeza. Una vez que los criados se retiraron, él comenzó a hablar.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias, milord.

—Me gustaría que me llamaras por mi nombre.

Lo miró unos segundos sorprendida, pero luego asintió.

—¿Te apetecería conocer los alrededores?

—Por supuesto, milord.

—Samuel.

Ella sonrió y lo miró a los ojos, pero lo ocurrido la noche anterior volvió con nitidez a su memoria y, al notar que se ruborizaba, volvió a bajar la mirada. El conde actuaba con total normalidad y Lynn se sentía como una tonta por mostrarse como una tímida doncella. Se dijo que, si él pudiese leerle los pensamientos y saber cuánto la había impresionado y qué sensaciones tan extrañas había despertado en ella, se burlaría sin ninguna duda, así que, haciendo un esfuerzo, se sobrepuso a su rubor y trató de mostrarse tan cordial y tranquila como él.

—¿Tienes muchos arrendatarios?

—No demasiados. Casi todas las tierras de cultivo se las vendí a los que mostraron interés y solvencia para comprarlas. Mantengo algunos más por tradición que por otra cosa, y porque me consta que ellos se sienten cómodos así. También tengo algunos cientos de ovejas y un molino, pero la actividad agrícola y ganadera no es mi principal ocupación. De esos temas se ocupa mi administrador, el señor McDonald.

—Entonces, ¿cómo puedes mantener tus propiedades y tu modo de vida?

Samuel la miró divertido. A pesar de que ya debía estar acostumbrado, le fascinaba que la joven se mostrara tan franca y natural, e hiciese caso omiso a las normas que establecían que, por ejemplo, hablar de la economía de un caballero era totalmente inapropiado e inaceptable.

—¿Te preocupa que no pueda mantenerte?

Lynn lo miró con los ojos abiertos por el asombro.

—Ni siquiera se me había pasado algo así por la cabeza y tampoco es que yo necesite una fortuna. Con poder comer todos los días, creo que me conformaría. Eso y poder dedicarme a escribir sin tener que pensar cómo ganarme el sustento.

—¿Solo comida y tiempo? ¿Estás segura de que no querrás joyas, vestidos, fiestas…?

—Ya tengo joyas. —Mostró con un encantador gesto triunfal el anillo que él mismo le había regalado—. Y más vestidos de los que he tenido jamás. En cuanto a las fiestas, si soy sincera, creo que ya he tenido suficientes por una buena temporada.

Samuel sintió una sonrisa tironearle de los labios y se preguntó cómo era posible que, entre la profusa superficialidad de la sociedad londinense, hubiese florecido alguien tan puro y libre como Lynn.

—Me alegra comprobar que no tienes ninguna intención de arruinarme.

—¡Por supuesto que no! —respondió ella horrorizada. Al ver su sonrisa ensancharse, comprendió que el conde bromeaba y, divertida, sonrió a su vez —. Aunque estoy pensando que quizá me gustaría tener un par de carruajes con mis propios lacayos.

Samuel movió la cabeza al oír su broma mientras una ancha sonrisa se le dibujaba en el rostro. Lynn le parecía una extraña criatura, totalmente diferente a todas las mujeres con las que había tenido trato. “A casi todas”, le susurró una vocecilla insidiosa en su mente. Sí, ciertamente Emma compartía la forma de vivir la vida apasionada y franca de Lynn, y a pesar de eso no dudó en abandonarlo por un simple secretario.

—Si quieres que te enseñe la propiedad, deberías cambiarte y ponerte un traje de montar —comentó ya sin buen humor.

Sorprendida por el cambio de registro del conde, Lynn asintió y se levantó, sin añadir nada. Al llegar a la puerta del amplio comedor se volvió y, tomando aire, dijo:

—Lo cierto es que no sé montar.

Tras unos segundos de vacilación, Samuel le respondió:

—No te preocupes, montarás conmigo.

Cuando la joven se marchó, Samuel comenzó a dar vueltas por el comedor, disgustado consigo mismo. Le fastidiaba sentirse a merced de sus emociones y, sobre todo, que la imagen de Emma siguiese asaltando sus pensamientos en los momentos más inoportunos. Durante las últimas horas, su rutina se había visto completamente alterada y sus sentimientos habían sufrido más vaivenes que una goleta en medio de una tempestad. Había deseado a Lynn con una intensidad que lo aturdía y se había convencido de que, una vez consumado el matrimonio, esa hambre voraz que parecía haberlo dominado desde la primera vez que la besó se aplacaría. Para su desgracia, no había sido así; había pasado toda la noche sin pegar ojo, asombrado por la dulzura y pasión de Lynn, por la intensidad de su propio goce y por la increíble necesidad de volver a sentirse dentro de ella. Estas sensaciones lo habían llevado del aturdimiento al enfado, de la incredulidad al fastidio, de la pasión al temor. Quizá ese vaivén de emociones explicaba que se hubiese comportado como un auténtico patán.

Al verla entrar esa mañana, se había sentido razonablemente satisfecho de sí mismo, ya que, logrando sobreponerse a las imágenes de lo ocurrido entre ambos unas horas antes, se había conducido con absoluta normalidad sin poner de manifiesto lo muchísimo que ansiaba volver a llevarla a la cama. Había bajado la guardia, se había dejado llevar por lo delicioso de la compañía de su esposa, había bromeado y disfrutado de cada instante sin pensar en nada más hasta que los recuerdos de Emma habían irrumpido y agriado su humor, como recordatorio de lo arriesgado que era entregarse tan descuidadamente.

Un par de horas después ambos caminaban de regreso a la casa; el conde llevaba a su caballo, un bello ejemplar gris moteado de las riendas, y Lynn, a su lado, caminaba en silencio. Samuel se había limitado a enseñarle los límites de sus tierras, la había llevado hasta el molino, un lugar encantador junto al remanso del río, y la había presentado como su condesa a los arrendatarios y vecinos con los que se habían cruzado. Lynn no había disfrutado del paseo tanto como le hubiese gustado; su falta de pericia para montar la había obligado a sentarse delante del conde. Sentir el brazo de lord Tottenham ceñirle la cintura y su aliento cosquillearle en la oreja con cada respiración había sido una tortura difícil de soportar. Afortunadamente, su trasero, poco acostumbrado a soportar el golpeteo constante contra la dura silla de montar, se había resentido y el dolor le había ayudado a disipar la placentera languidez que la cercanía del conde provocaba en ella. Había intentado aguantar

estoicamente, pero sus continuos movimientos intentando cambiar de postura y sus suspiros apenas reprimidos no habían pasado desapercibidos para el conde y, adivinando la causa de esa incomodidad, le había ofrecido continuar a pie. Aliviada, ella había aceptado.

Samuel apretó los dientes al tomarla de la estrecha cintura para ayudarla a bajar del caballo. La cercanía de Lynn, sus femeninas formas, la suavidad de su piel y el aroma a mujer que parecía invadirle las fosas nasales e inundarle el cerebro lo mantenían al límite de la resistencia. Era su esposa, tenía el derecho de tocarla, de tomarla entre sus brazos; la deseaba, la quería junto a él, bajo él y sobre él a todas horas, pero no podía dar rienda suelta a su desbocada pasión. No debía dejarse dominar por sus pasiones, pues eso siempre lo había conducido al abismo.

Tras un rato caminando en silencio, Samuel recordó algo.

—Aún no he leído nada escrito por ti.

—Creo que no te gustaría.

—¿Por qué dices eso?

Lynn titubeó un poco, presa de una repentina timidez.

—Mis relatos son demasiado fantasiosos, nada que pueda interesar a un caballero.

—Imagino que son muchos los caballeros que los han leído y te han expresado esa opinión.

—No, pero mi tía sí leyó uno; dijo que le había provocado pesadillas y que jamás se me ocurriese hablar de esos relatos con nadie o pensarían que algo no funciona bien en mi cabeza.

Samuel apretó los dientes y por un instante deseó tener entre sus manos el rechoncho cuello de lady Hardesly y retorcerlo como si fuese un pavo. Se maravilló de que Lynn conservase esa increíble personalidad y una inquebrantable fuerza de voluntad que tanto admiraba, luego de haber soportado las pullas y desprecios de su horrible tía. Se prometió a sí mismo que, aunque lo que ella escribiera fuese tan espeluznante como lady Hardesly parecía creer, solo saldrían alabanzas de su boca.

—Un editor ha accedido a publicar tus relatos, ¿no es cierto?

—Así es, el señor Holburne.

Samuel no dejó de notar que, al nombrar al editor, la voz de la joven pareció dulcificarse.

—Imagino que el señor Holburne no está a la altura de tu tía en lo que a opinión literaria se refiere…

Lo absurdo de la idea hizo que Lynn soltase una risilla.

—Estoy segura de que lo único que mi tía ha leído en su vida son las invitaciones a tomar el té y a los bailes. Hasta tenía que leerle yo *El secreto de Madame*. —Al ver que el conde la miraba con sorpresa, aclaró—: Un panfleto de chismes de la alta sociedad.

—Entonces, aceptado ya el hecho de que guiarme por la opinión de lady Hardesly sería un error, ¿podría, por favor, leer un relato tuyo?

Lynn pareció titubear, pero finalmente asintió.

Esa noche Lynn no sabía qué esperar. Después de la cena, se había retirado a su habitación y, luego de que Patsy la ayudara a desvestirse y a ponerse el camisón, se había echado en la cama, temiendo y ansiando la visita del conde. Unos minutos después, las sábanas parecían quemarle, así que se levantó y comenzó a deambular de un lado a otro de la habitación, tratando de tranquilizarse. Según le había explicado el conde, para concebir un hijo había que tener intimidad más de una vez, así que no era descabellado que esa noche acudiese a su lecho. A pesar de que en su compañía ella se sentía segura y disfrutaba de esos momentos de charla y confidencias, el pensamiento de volver a entregarse a él la intimidaba. Cuando el conde la envolvía entre sus brazos y la besaba tan ardientemente, le parecía que se transformaba en otra persona: ya no era el compañero divertido y amable con el que podía pasar horas en agradable compañía, sino un extraño, apasionado y exótico, que tenía el poder de enloquecerla por completo. Su mente volvió a los recuerdos de la noche anterior y, con cada beso y caricia que rememoraba, su corazón se acercaba al de lord Tottenham y las condiciones de su acuerdo le pesaban como una losa.

Samuel permanecía sentado desmadejadamente en el confortable sillón del espacio que hacía las veces de despacho y biblioteca. Se estaba tomando una copa de whisky escocés para intentar distraer la mente de lo que realmente deseaba. Durante todo el día, los recuerdos de la noche anterior lo habían asaltado y su cuerpo había ardido de deseo, tal como ahora, que debía apelar a toda su fuerza de voluntad para evitar subir y hacerle el amor a Lynn hasta que ambos acabaran agotados. Ella había sido una delicia en todos los sentidos. Recordar su cuerpo suave y cálido, sus gemidos y la forma en la que se había entregado, sin reservas, hacía que en ese momento se sintiese

encendido como un muchachito. Pero debía ser caballeroso y tener consideración hacia Lynn. La joven, probablemente, se sentía dolorida y él había cometido ya un error al llevarla a caballo a conocer la hacienda. Ahora debía reprimir su intenso deseo y dejarla descansar tranquila. Si lograba apartar los pensamientos de su suave piel y de cómo se le nublaban los ojos mientras la penetraba, podría conseguirlo. Lo conseguiría, ¡por Dios que lo haría! No era un bruto que no supiese dominarse.

El rastro ardiente de los besos del conde la despertó del sueño. Le ardía la piel y su cuerpo, a pesar de estar relajado o quizá por eso mismo, había respondido a las caricias de su esposo. Descubrió que tenía el camisón levantado hasta el muslo y que el conde, situado a su espalda, la acariciaba acercándose a ese lugar entre sus piernas que ya palpitaba ansiando sentirlo. Abrió los ojos y se dio cuenta de que aún no había amanecido; debía ser noche cerrada. Brevemente, se preguntó por qué había tardado tanto en acudir a su dormitorio, pero enseguida las sensaciones que el conde despertaba en ella con tanta facilidad borraron cualquier pensamiento consciente de su mente y, gozosa, se entregó plenamente a la delicia de sus caricias.

* * *

Lord Kindersley observaba a su esposa con una ligera sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro. Ambos iban paseando por los senderos que rodeaban la imponente residencia tomados del brazo y hablando de los avances de sus hijas que, según su institutriz, eran más que satisfactorios. Lord Kindersley sentía un amor profundo por su esposa, le parecía la mujer más hermosa e inteligente de Inglaterra y, ahora, observando su sereno perfil sintió cómo el corazón se le henchía de amor.

—Tengo motivos para ser optimista respecto al matrimonio de Samuel —aseguró ella.

—¿Y por qué no ibas a serlo?

Ella chasqueó la lengua de una forma muy poco elegante.

—Oh, Robert querido, sabes tan bien como yo el trato infame sobre el que se basa esta boda.

—Querida, hay muy pocas cosas de las que estoy seguro en esta vida, pero una de ellas es que un hombre libre, que no tiene problemas financieros ni taras físicas o mentales, solo se casa si realmente quiere hacerlo.

Margaret se quedó pensativa unos segundos, valorando lo que acababa de decir su esposo; pero, al recordar la frialdad y determinación de Samuel, lanzó un suspiro.

—No estoy tan segura. Samuel está tan decidido a no abrir su corazón…

—¿A qué viene este pesimismo? Has empezado diciendo que te sentías optimista respecto a este matrimonio.

—Sí, la información que me llega de Elm Cottage es muy prometedora.

Interpretando correctamente la mirada censuradora de su esposo, Margaret hizo un gesto con la mano, como quitando importancia.

—Oh, vamos, se trata de mi hermano pequeño. Es normal que la señora Wilson me informe si yo le pregunto…

—Disfrázalo como quieras, Margaret, pero eso es espiar.

—¡Por supuesto que no! Yo simplemente escribo para preguntar qué tal va todo y si a Samuel se lo ve feliz.

—Querida, Samuel es un hombre hecho y derecho al que no le gustaría nada saber cómo te estás inmiscuyendo en sus asuntos.

—Él nunca se enterará… A no ser que se lo digas tú.

Lord Kindersley movió la cabeza de un lado a otro evidenciando lo absurdo de esa suposición. Tras unos segundos de silencio y llevado, a su pesar, por la curiosidad, preguntó:

—¿Y qué te dice la señora Wilson que justifique ese optimismo?

—Al parecer, han alargado su estancia en el campo. En un principio, Samuel anunció que preparasen la casa para cuatro días y ya van camino de tres semanas. —Sin poder evitarlo, una enorme sonrisa se le dibujó en el rostro—. No recuerdo cuándo fue la última vez que Samuel se mantuvo tanto tiempo alejado de Londres. Además, pasa muchísimas horas junto a su esposa; al parecer, le está enseñando a montar a caballo.

—Desde luego parecen noticias alentadoras.

—Aún hay más. —Como si alguien pudiese oírlos, bajó ligeramente la voz—. Las visitas al dormitorio de su esposa son admirablemente frecuentes.

Lord Kindersley no pudo evitar un gesto de disgusto.

—Resulta muy turbador estar tan expuesto ante el servicio.

—Vamos, querido, pretender ignorar que los criados se enteran de todo lo que sucede es muy ingenuo.

—Siendo así, te suplico que los tengas contentos para que no sientan la tentación de pregonar nuestras intimidades a los cuatro vientos y, sobre todo, que procures ser menos ruidosa en mis admirablemente frecuentes visitas a tu dormitorio.

Sintiendo cómo el rubor le escalaba por las mejillas, a lady Kindersley se le escapó una risita a la vez que soltaba un cariñoso manotazo en el brazo de su esposo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Lynn se sentía entusiasmada, ya que al llegar a Londres había recibido un mensaje del señor Holburne en el que le pedía que lo visitara. Sabía, por una misiva anterior, que la venta de su relato había sido un éxito y habían tenido que aumentar la tirada. También había recibido una emotiva carta del orfanato de St. Mary para agradecerle el generoso donativo recibido en su nombre. Tenía motivos para creer que esta petición estaba relacionada con la publicación de otro de sus relatos. Lynn pensaba que, en la desesperación, había tomado la decisión correcta: ahora no tenía que esconderse para acudir a hablar con su editor, tampoco tenía ningún impedimento para escribir o leer siempre que le apeteciese. Incluso, el conde le había asegurado que podía transformar cualquier estancia de la mansión y adaptarla para su uso personal. Tras recorrer con calma toda la casa, Lynn se había decido por una encantadora habitación de la planta alta que contaba con un amplio balcón en esquina por el que entraba una gran cantidad de luz natural. Había pedido un escritorio y un pequeño neceser para guardar el papel, las plumas y sus manuscritos. Allí pasaba muchas horas al día, ya que sus obligaciones domésticas las había delegado casi totalmente en el mayordomo y la cocinera.

Estos no dejaban de consultarle periódicamente sobre asuntos tales como si le parecía bien que se siguiese limpiando la plata una vez al mes, a qué hora le parecía mejor que encendiesen las lámparas de gas o desde qué hora debían permanecer las chimeneas encendidas, cuestiones todas que Lynn consultaba con lord Tottenham antes de dar una respuesta. Poco a poco se dio cuenta de que la mansión del conde funcionaba con la precisión de un reloj suizo y que cambiar los hábitos que ya existían no la iban a mejorar ni un ápice, así que, aunque le seguían consultando esas cuestiones domésticas, ella siempre las delegaba en el buen criterio de los sirvientes de mayor categoría.

Hacía dos semanas que habían vuelto de Elm Cottage y, a pesar de que tenía ganas de volver a escribir, lo cierto era que experimentaba cierta melancolía. Esos días habían supuesto una especie de paréntesis que le había hecho olvidar el verdadero sentido de su matrimonio, ya que ambos se habían conducido casi como una pareja normal. El conde se había mostrado como un hombre culto, interesante y divertido; sus días habían pasado de manera muy amena. Cada noche él la había visitado en su dormitorio y ella lo había recibido con la misma pasión que él le mostraba. Estaba segura de que, a finales de ese mes, su periodo femenino no aparecería. Según le había explicado lord Tottenham, había que unirse íntimamente más de una vez para concebir un hijo, y habían cumplido. Esto provocaba en ella sentimientos encontrados. A pesar de saber que estaba cavando una profunda fosa bajo sus

pies, ansiaba los abrazos y las caricias del conde. Su cuerpo reaccionaba sin que pudiese hacer nada para evitarlo y, en esos instantes en que ambos se unían, ella siempre tenía la sensación de que podía tocar el cielo. No había palabras de amor o cariño entre ellos, pero Lynn sentía que ese acto los unía mucho más de lo que podría hacerlo cualquier palabra.

Por otra parte, no se le escapaba el hecho de que cada vez le pesaba más la certeza de que no era el amor lo que llevaba a Samuel a su cama. El conocimiento de que sus apasionados besos y sus caricias ardientes eran las mismas que prodigaba a su amante le sabía amargo como la hiel.

* * *

Samuel deambulaba por el dormitorio tratando de tranquilizarse, diciéndose a sí mismo que Lynn estaría bien, ya que Andrew, el cochero, estaba con ella. Aun así, la preocupación y el enfado lo habían llevado al límite de la paciencia y cada minuto que pasaba sin tener noticias de su llegada lo sentía como una gota de lava caer directamente en su vientre. Cuando por fin el mayordomo llamó con suavidad a la puerta para anunciar la llegada de la condesa, Samuel salió de su habitación como un caballo semental que avista a una yegua. Ni siquiera se molestó en llamar a su puerta, la abrió con energía y, con una sola mirada, hizo que Patsy saliera de la habitación como si la persiguiesen todos los demonios del infierno. Lynn se volvió hacia él con el sombrero a medio quitar y los ojos redondeados por el asombro.

—¿Qué sucede?

—¿Dónde has estado?

El tono y la mirada torva del conde la soliviantaron.

—He ido a ver a mi editor.

—Creo que ya te advertí que ese lugar no es seguro para una dama.

—Me acompañaba Andrew.

—Aun así, tenías que haberme avisado.

—¡Claro que no! Si algún sentido tiene este matrimonio, es que ambos podamos ser libres, entrar o salir sin tener que dar cuentas al otro.

—Que tú te expongas o expongas a mi futuro hijo a todos los peligros de la calle no entraba dentro del trato.

—¡Estás siendo irrazonable, y lo sabes!

—No es cierto. Estoy preocupándome por tu bienestar y por el de mi futuro hijo.

—No hay un futuro hijo, así que no es necesario que finjas preocuparte por mí.

Samuel enmudeció por unos segundos. Su boca se cerró en una fina línea, tratando de contener la estupefacción y la rabia.

—¡Está bien! Acabemos con la farsa pues —masculló entre dientes a la vez que salía dando un portazo.

Esa noche, cuando se sentó a cenar, el mayordomo le informó que el conde había excusado su presencia. Era la primera vez desde que se habían casado que él no cenaba con ella y Lynn no tenía ninguna duda de dónde y con quién estaba. Saber que ella lo había empujado a los brazos de su amante hizo que apenas pudiera probar bocado, pues lo poco que consiguió tragar le supo a esparto. Más pronto que tarde sabía que él volvería a verse con ella, pero, si necesitaba una excusa para hacerlo, acababa de servírsela en bandeja de plata, así que no tenía sentido que sintiese ese dolor que parecía desgarrarle las entrañas. Se obligó a sonreír, dio las buenas noches al servicio y se retiró a su dormitorio, rezando por que el sueño fuese misericordioso y borrase de su traicionera mente las imágenes que conjugaba y que tanto daño le hacían.

* * *

La sonrisa de Ransom se le congeló en el rostro cuando, tras el anuncio de Jacob, vio aparecer a Samuel con gesto torvo y pasos airados.

—Creo que me ahorraré la pregunta de qué tal la vida de casado.

—Ponme algo de beber.

—Tan parco en palabras como siempre.

Ignorando el comentario, Samuel se dejó caer en uno de los sillones de una forma muy poco elegante. En silencio, Ransom sirvió dos whiskies y se sentó frente a su amigo.

—¿Tan insoportable es la vida de casados? Déjame adivinar… Has ido a ver a tu amante y te ha montado una escena.

—Aún no he visto a Emily desde que me casé.

Por toda respuesta, Ransom se limitó a alzar una de sus aristocráticas cejas; se dio perfecta cuenta de que Samuel necesitaba poner en orden sus pensamientos y, por eso, se armó de paciencia, a pesar de que era una virtud que poseía en escasa proporción. Tras unos minutos bebiendo en silencio, por fin Samuel se decidió a hablar.

—Ella respeta escrupulosamente los términos de nuestro acuerdo. No hay ningún problema en eso. —Dio otro largo sorbo a su copa—. Pero creo que no es algo descabellado que yo le pida que me mantenga informado de a dónde va o que le prohíba que ande sola por sitios poco recomendables.

—Por lo que veo, ella no se ha tomado bien tu paternal interés.

A Samuel no se le escapó el tono irónico empleado por su amigo, pero decidió ignorarlo.

—Ella se ha limitado a recordarme que nuestra libertad individual es el único motivo para este matrimonio.

Ransom se quedó en silencio. Aunque se sentía algo confundido, comenzaba a vislumbrar cuál podía ser la raíz del problema, pero, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba Samuel, lo mejor era no decir nada de lo que sospechaba.

—Creo recordar que ese era el motivo principal —murmuró.

—Junto al hecho de que necesito un heredero y, si mi esposa muere, no veo cómo lo voy a conseguir.

—Cierto, es una de las condiciones indispensables para la concepción que la madre esté viva, junto con la de ser repetidamente inseminada hasta alcanzar el objetivo. —Tras una breve pausa, le imprimió a su voz un tono dubitativo—. Me pregunto cómo llevan eso.

Samuel le lanzó una mirada airada.

—¿En serio piensas que voy a hablarte de la intimidad con mi esposa?

—¿Acaso no eres tú el mismo que me desgranó los maravillosos atributos y encantos de Emily en la cama?

—No puedes comparar a una fulana con mi condesa.

Ese comentario logró sorprender de veras a Ransom: era la primera vez que Samuel se refería a Emily de esa forma.

—Bien, siendo así, me conformaré con deducir que estás cumpliendo tu deber como un aguerrido caballero del Imperio de su majestad.

—No lo expreses como si fuese un sacrificio. Lynn es absolutamente deliciosa en todos los sentidos.

Esta vez Ransom se quedó sin palabras, cosa extraña en él. Reconoció que permanecer callado era la mejor opción, así que optó por apurar su copa en absoluto silencio.

* * *

A la mañana siguiente, y como era costumbre en él, a las siete en punto ya se encontraba en el comedor mientras los criados servían el desayuno. Habitualmente, Lynn se unía a él, pero esa mañana no la esperaba, seguro de que se encontraría molesta por su repentina ausencia la noche anterior. Después de la primera copa, había habido una segunda y una tercera, hasta que finalmente Ransom lo había casi obligado a quedarse allí a dormir. Al preguntarle si quería que mandara recado a Lynn para que no se preocupara, él se negó. Sabía que la joven probablemente pensaría que había corrido a los brazos de su amante; no la sacaría de su error. ¿No quería libertad? Que probase de su propia medicina. Para su sorpresa, tan solo unos minutos después, Lynn apareció y, al verlo, sonrió. Samuel tuvo que reprimir una maldición, no sabía qué poder tenía la sonrisa de ella que siempre lo desarmaba.

—Buenos días, milord.

—Buenos días.

A su pesar, la voz le sonó titubeante, confundido por el aparente buen humor de la joven. En su rostro no se apreciaba disgusto o contrariedad de ningún tipo. ¿Sería consciente de que él no había pasado la noche allí? Seguramente no, y eso explicaría su buen humor.

—Espero que no te hayas preocupado mucho anoche por mi ausencia…

Ella lo interrumpió con un gesto de la mano con el que pretendía quitar importancia a sus palabras.

—Creo que he encontrado la solución perfecta para poder reunirme con el señor Holburne sin que tengas que preocuparte.

Samuel, incomprensiblemente molesto por el buen talante de su esposa, no se sentía capaz de decir nada, así que se limitó a hacer un gesto con sus ojos invitándola a continuar hablando.

—Puedo pedirle que nos reunamos aquí, siempre y cuando no te importe que utilice los servicios de Andrew para desplazarse.

Por un instante, Samuel sintió la tentación de negarse, pero sabía que su reacción era totalmente ilógica y no tenía ninguna razón para desechar una propuesta tan sensata y que, a todas luces, solucionaba de una manera satisfactoria los deseos de ambos.

—Es una buena idea —concedió con desgana.

Lynn se limitó a asentir y siguió tomando su desayuno en absoluto silencio, sin ningún apetito. Una vez que Samuel se retiró, Lynn pudo dejar de disimular; le dolían los músculos de la cara de tratar de fingir una sonrisa y una normalidad que no sentía. ¿Qué había esperado? El único valor que ella tenía para él era el de futura madre de sus hijos. No debía olvidarlo, no debía esperar nada más, no podía esperar nada más.

Tratando de distraer la mente y recuperar la serenidad, se dirigió a su estancia para escribir. El señor Holburne le había comunicado que, tras la buena acogida de su relato, iban a publicar "El gato gris". Además, de una manera muy amable y sutil, la había instado a continuar escribiendo, ya que probablemente la demanda iría aumentando. Una vez acomodada, le costó muchísimo concentrarse y trabajar de manera productiva, escribía una frase y, sin conseguir evitarlo, su mente divagaba y siempre, en el centro de sus distracciones, estaba el conde. A veces, los pensamientos se detenían en momentos sumamente agradables, como los días que pasaron en Elm Cottage y, sobre todo, las noches entre sus brazos. Sin embargo, la imagen de Samuel con su amante asaltaba constantemente su encendida imaginación sabiendo que compartía exactamente la misma intimidad: lo que para ella era algo tan sublime, para él, no tenía más importancia que un momento de placer con la única finalidad de engendrar un heredero. Y ella no tenía derecho a reprochárselo.

A pesar de sus pensamientos intrusivos y tras más de una hora de deambular, finalmente consiguió dejar la mente en blanco y centrarse en "El hombre tras la máscara". Se dedicó de una forma casi obsesiva a la oscura historia que la ocupaba. Rechazó bajar a tomar el almuerzo y tomó de manera distraída un sándwich y un trozo de tarta que le subió una doncella.

Cuando Patsy llamó a la puerta, ella ni siquiera la oyó, así que, al ver junto a ella a la joven, se sobresaltó.

—Milady, la cena está servida.

—¡Oh! ¿Ya es tan tarde?

En ese momento se dio cuenta de que empezaba a oscurecer. Había pasado casi todo el día allí y el tiempo se le había pasado sin darse cuenta. Al ponerse en pie, sintió cómo su espalda y sus piernas se lo agradecían; miró con consternación la falda del vestido, arrugada tras tantas horas sentada.

—Imagino que lord Tottenham ya se encuentra esperando, ¿no es cierto?

—Así es, milady.

Samuel la miraba con detenimiento, tratando de sorprender un gesto de desagrado, una mirada de ira, pero Lynn se mostraba tan serena y sonriente como una niña que acaba de recibir un regalo. Samuel había creído que tener una esposa que no lo importunase con recriminaciones, escenas o celos era lo máximo a lo que podía aspirar un hombre; pues bien, él tenía una esposa así y no se sentía precisamente satisfecho, más bien todo lo contrario.

Lynn rebuscó en su mente algún tema del que hablar, algo que le mostrara a las claras a Samuel que ella conocía y cumplía perfectamente su parte del trato, que no debía temer que su ausencia la noche anterior provocara cambios en la relación cómoda que habían establecido, pero la seriedad en el rostro del conde y sus propios sentimientos alterados la mantenían en silencio. Hacía un esfuerzo tan grande por mostrarse relajada que, por el contrario, sentía como si todos los músculos del rostro se le hubiesen transformado en una rígida máscara. Con alivio tomó el último trozo de pescado y, cuando se disponía a excusarse y levantarse para marcharse, Samuel por fin habló:

—Por favor, no te vayas. Hay un asunto que tenemos que tratar.

Con cautela Lynn asintió.

—Acompáñame a la biblioteca.

Lynn se limitó a hacer lo que él le pedía, extrañada y algo inquieta. Una vez en la estancia, Samuel despidió al mayordomo que les había abierto la puerta solícitamente tras asegurarle que no iba a necesitar más sus servicios. Una vez a solas y tras servirse una copa de un líquido de olor penetrante y dulzón, Samuel comenzó a hablar:

—Ya hace más de un mes que nos casamos. Creo que es el momento de

dar una fiesta para presentarte oficialmente ante la sociedad como mi condesa.

—Oh, Samuel, ¿es absolutamente necesario?

—Me temo que sí.

Samuel no sentía especial deseo de ver su magnífica residencia invadida por los miembros de toda la alta sociedad, pero, por algún extraño motivo, deseaba evidenciar de todas las formas al uso que Lynn y él estaban irremediablemente unidos.

—No queremos que nadie cuestione que nuestro matrimonio, por inesperado, se ha producido por un motivo diferente que el profundo amor y devoción que sentimos el uno por el otro.

Aunque Samuel se expresaba con ironía, Lynn se sorprendió deseando que sus palabras hubiesen sido ciertas. ¿Cómo sería todo si se hubiesen casado movidos por un afecto sincero? Lynn no se atrevía a ahondar en ese pensamiento, pues un extraño anhelo parecía inundarla.

—Pero yo jamás he organizado una fiesta, no sabría por dónde empezar…

—Eres la condesa de Tottenham, por supuesto no vas a ocuparte tú personalmente de todos los engorrosos preparativos. Le diré al señor Howards que se encargue de todo, así como al mayordomo y al cocinero. Seguramente, en cuanto le comunique mis intenciones, mi hermana nos haga una visita. A Margaret le encantan estos eventos, ella te ayudará…

—¡Me encantará volver a ver a lady Kindersley!

La posibilidad de recibir la visita de la hermana de su esposo alegró a Lynn. Con ella allí, Lynn no tendría tanto tiempo para pensar en las visitas que Samuel le hacía a su amante. Además, lady Kindersley siempre se había mostrado encantadora y Lynn agradecería una presencia amiga.

—Parece que no será tan horrible como yo me temía, pero, por más que me gustaría, no creo que deba dejarlo todo en manos de los sirvientes. Aun así, es un alivio saber que contaré con tanta ayuda…

Samuel asintió en silencio y dio un largo sorbo de su copa.

—Anoche comencé a leer *El medallón de la señorita Shilbourne*.

—¿Y?

Lynn odió el acelerado latido de su corazón; detestaba tener en tanta

consideración la opinión del conde en todo lo que a ella se refería.

—Si no fuese porque sé que es así, jamás habría imaginado que una historia tan oscura, inquietante y sensual la hubieras escrito tú.

Oscura, inquietante y sensual. A Lynn le gustaron los adjetivos que Samuel había usado para describir su relato.

—¿Acaso creías que escribía sobre insípidas damiselas en apuros rescatadas por dorados príncipes?

—Desde luego algo tan correcto y previsible resultaría demasiado aburrido para mi intrépida esposa.

A su pesar, Lynn le sonrió, la primera sonrisa sincera desde que él se había ausentado de la cena dos días atrás.

—¿Debo entender entonces que también tú te has sentido aterrorizado como mi tía?

—Ahora que lo comentas, he ordenado que pongan un cerrojo en mis aposentos… No me gusta pensar que alguien capaz de idear semejantes historias tenga libre acceso a mí mientras duermo.

Samuel hablaba en broma, pero, hasta que Lynn comprendió la chanza, la expresión entre sorprendida e indignada de su rostro hizo reír al conde.

—Te creerás muy ocurrente…

—No sé si ocurrente, pero, por la cara que has puesto, sí creo ser bastante convincente.

—Perversa cualidad.

Samuel alzó las cejas con asombro.

—Explícate.

—Una persona con gran capacidad para ser convincente puede llevar fácilmente a los demás a hacer, decir o creer cosas que no están en absoluto en armonía con su naturaleza.

—Solo los pusilánimes se dejarían convencer de algo que va en contra de sus principios o ideas.

—O los inocentes.

—Cuando alguien es convencido de algo, es porque está predispuesto a creerlo, tan solo ha necesitado el empujón de una mente más clara.

Se acercó al lugar donde ella permanecía sentada, le puso las manos sobre los hombros y, agachándose, le susurró al oído con voz ronca:

—Si yo ahora empezase a besarte así. —Tomó suavemente el lóbulo de su oreja entre los labios—. Y tomase tus hermosos pechos entre mis manos de esta forma… ¿podría convencerte para hacerte el amor?

Lynn se sentía arder. Su traicionero cuerpo se rendía al deseo sin ninguna posibilidad de defensa. Como respuesta, dejó escapar un suspiro, mientras se recostaba sobre el ancho pecho de su esposo.

—¿Qué te mueve a aceptarme? ¿Mi mente maquiavélica o los verdaderos deseos de tu cuerpo?

—Eres tan retorcido…

Mientras lo decía, se aferraba con fuerza a él, que se había arrodillado ante ella y la besaba mientras con sus manos no cesaba de atormentarla. En ese momento, un seco golpe en la puerta rompió el hechizo que el conde parecía haber tejido en torno a ella y con brusquedad se apartó de él. El mayordomo no pareció notar nada extraño, solo se limitó a tender un sobre al conde mientras murmuraba:

—Lo ha traído un sirviente del honorable señor Thorton, milord. Me ha dicho que usted querría verlo enseguida.

Temiendo que le hubiese sucedido algo a su amigo, Samuel sacó la cuartilla con brusquedad mientras Lynn lo observaba con atención. Con sobresalto, notó cómo las noticias alteraban a Samuel, que apretó los labios en una fina línea y palideció ligeramente.

—¿Le ha sucedido algo al señor Thorton?

Tras unos segundos en silencio durante los cuales Lynn pensó que no iba a responderle, Samuel negó con la cabeza.

—Ransom está perfectamente. Se trata de lord Wells. Ha muerto.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La mayor parte del viaje hasta Wells Manor, la residencia de lord Wells, permanecieron en silencio; ella se había ofrecido a acompañarlo y él, tras unos instantes de vacilación, se había limitado a asentir. Quería hacer cientos de preguntas, pero el ánimo de Samuel era sombrío y, temerosa de lo que podría estar sintiendo su esposo, se mantuvo callada observando el paisaje que se deslizaba a través de la ventana del carruaje.

Había podido averiguar que lord Wells, el difunto, era el padre de la antigua prometida de Samuel, Emma Wells, ahora la señora Kindelan. Desde luego, en el momento en que se hizo oficial su compromiso con el conde, no habían faltado personas que habían creído necesario que ella supiese del anterior compromiso de lord Tottenham: él y la señorita Emma Wells habían sido una pareja envidiada y envidiable. Lady Stanhope no había escatimado adjetivos para decirle lo muy prendado que lord Tottenham había estado de su prometida y lo mucho que había sufrido cuando ella había roto el compromiso. "Si ha habido dos personas que pareciesen hechas la una para la otra, esos eran la señorita Wells y lord Tottenham", había asegurado. En aquel momento, Lynn solo había sentido una enorme compasión por el conde; ahora, sus sentimientos eran mucho más confusos y desconcertantes.

El ambiente silencioso y el vaivén del carruaje la adormilaron hasta que una imprecación del conde la despertó bruscamente. Este se encontraba a su lado y eso la desconcertó, ya que durante todo el viaje él se había sentado frente a ella.

—Has estado a punto de golpearte la cabeza contra el lateral.

Él la abrazaba contra su pecho y ella disfrutó por unos instantes de la sensación de verse protegida entre sus brazos. Samuel siempre parecía tan sereno y firme, despedía un aroma tan personal, mezcla de naranja dulce y madera de cedro, le resultaba tan divertido con su humor a menudo un poco ácido… Ella sabía que le sería muy fácil enamorarse profundamente de él, pero en ocasiones como esa, no sabía cómo resistirse.

—Me he quedado dormida.

—Sí, ya lo veo.

Ella intentó separarse, pero él la retuvo y ese gesto, probablemente sin ninguna trascendencia, hizo que se le detuviera el corazón un momento.

—Ya queda poco para llegar.

Lynn creyó percibir un rastro de tensión en su voz, pero superó el temor a decir algo que pudiera molestarlo y se arriesgó a preguntar:

—¿Te sientes obligado a ir al funeral de lord Wells?

Ella percibió cómo él se ponía rígido, estaba segura de que no le iba a responder, pero entonces él murmuró:

—Lord Wells era un gran hombre, uno de los mejores que he conocido y, en cierta forma, fue una inspiración para mí… Luego, cuando… —Lynn contuvo el aliento, Samuel jamás le había mencionado nada de su anterior compromiso y se mantuvo expectante—. Voy como muestra de reconocimiento hacia un hombre al que respetaba profundamente.

En ese momento él comenzó a acariciarle suavemente la mejilla y el cuello, y Lynn sintió un agradable cosquilleo de los pies a la cabeza. Samuel parecía ensimismado en sus pensamientos; ella estaba segura de que él apenas era consciente de que la estaba acariciando. La dulce caricia, el apoyo reconfortante de su pecho y sus brazos alrededor de ella la adormecieron de nuevo agradablemente.

—Ya hemos llegado.

El susurro de Samuel en la oreja le provocó un escalofrío de placer. Se desperezó y se incorporó. Durante el sueño, se había recostado totalmente sobre el regazo del conde y ahora luchaba con las horquillas del peinado para intentar recomponerlo. Una vez que logró acomodar todos los mechones que se le habían soltado, estiró la falda del vestido gris oscuro de seda y lana, y observó al conde. Samuel miraba por la ventanilla con el rostro impenetrable. En ese momento, el lacayo abrió la puerta y Samuel se caló el sombrero de copa y se puso los guantes negros.

Lynn apenas tuvo tiempo para apreciar los detalles de la hermosa residencia de lord Wells, rodeada por una frondosa vegetación y cuidados jardines. La puerta principal, con el crespón negro, se hallaba abierta y dos criados, vestidos de riguroso luto, recibían a los asistentes.

Una vez dentro, los condujeron al salón donde reposaban los restos de lord Wells, en un ataúd sobrio pero lujoso. Los rostros de los asistentes permanecían circunspectos, pero se alzó un murmullo en el momento que en que divisaron la presencia de Samuel. Lynn, que caminaba a su lado, se sintió algo intimidada y, sin apenas ser consciente, buscó el brazo de su esposo y apoyó su mano en él. Samuel, ignorando los murmullos que su presencia había provocado, se dirigía con pasos decididos hacia el lugar donde una

mujer, completamente vestida de negro, permanecía sentada cabizbaja, cerca del ataúd. A su espalda, de pie, un hombre alto de pelo negro y rostro atractivo apoyaba sus manos con gesto posesivo sobre los hombros de la mujer. Esta, al notar que se acercaban, levantó la vista y Lynn notó que era realmente muy hermosa, con unos enigmáticos ojos de un extraño color azul, cuyas pestañas parecían brillar por el efecto de las lágrimas que titilaban sobre ellas. Sin saber a qué atribuirlo, el bello y sereno rostro de la joven provocó una dolorosa punzada en el pecho de Lynn. Samuel había estado a punto de casarse con ella y, si tenía que hacer caso a las habladurías, la ruptura de su compromiso lo había marcado profundamente.

—Samuel…

La presencia del conde pareció sorprender a la mujer. Se puso de pie y aceptó el beso que Samuel depositó en el dorso de su mano.

—Lo lamento mucho, señora Kindelan. Lord Wells era un gran hombre.

—Muchas gracias, no creí que… —La mujer se interrumpió, azorada, pero se recompuso enseguida—. Agradezco mucho su presencia, lord Tottenham.

En ese momento, sus ojos se desviaron hacia ella y Samuel, dándose cuenta, se limitó a decir:

—Mi esposa, la condesa de Tottenham.

La señora Kindelan inclinó la cabeza en un cortés saludo y esbozó una tenue sonrisa.

—Es un placer, lady Tottenham.

—Lamento que nos hayamos conocido en circunstancias tan tristes —respondió ella.

El hombre que permanecía silenciosamente detrás de la señora Kindelan se inclinó y le murmuró algo al oído, no sin antes dirigirle una extraña mirada a Samuel. Ella notó que Samuel se tensaba bajo su mano y, mientras se alejaban, Samuel rezongó:

—¡Maldito bastardo irlandés!

Lynn alzó la vista para mirarlo y sintió que el estómago se le contraía. Samuel observaba a la señora Kindelan y a su esposo mientras se alejaban; su mirada traslucía una intensidad y un anhelo tan intensos que ella casi pudo sentir su dolor en su propia piel. El estómago se le contrajo en una mezcla de

compasión y celos, y entonces lo supo: no era su amante la que impedía que Samuel pudiese llegar a amarla; su corazón aún pertenecía a Emma Kindelan.

Durante el viaje de regreso, ambos permanecieron sumidos en sus propios pensamientos. Lynn trataba de asimilar lo que había descubierto y de comprender lo que le hacía sentir. Una extraña desazón se había apoderado de ella. A pesar de sus celos, a pesar de la enorme tristeza que la invadía al comprender que Samuel jamás podría sentir lo que ella sentía, la compasión que experimentaba por el amor no correspondido de Samuel le daba ganas de llorar. Intentaba hacer un esfuerzo por dejar de rememorar la mirada intensa de Samuel, se obligaba a distraerse centrándose en el argumento del relato que estaba escribiendo, pero sus pensamientos traidores volvían una y otra vez a la mirada desgarrada de Samuel, al dolor que debía sentir al haber perdido a la mujer que amaba. Y al darse cuenta de por qué podía comprender con tanta claridad lo que Samuel sentía, no pudo evitar que las lágrimas se le deslizaran por las mejillas.

* * *

Varios días después del funeral de lord Wells, Lynn se hallaba inusualmente agradecida por los preparativos de la recepción que iban a dar, ya que estos ocupaban su tiempo de tal manera que no le dejaba lugar a la autocompasión. Durante un par de días luego del funeral, Samuel había permanecido inusualmente taciturno; Lynn suponía que le había afectado volver a ver a su antigua prometida y los celos la quemaron como una piedra candente, pero, a la vez, no podía evitar sentir compasión del sufrimiento del conde, atormentado por un amor imposible.

La relación con el conde había vuelto a la cómoda rutina anterior a la discusión que habían mantenido cuando ella había vuelto a visitar a su editor a solas. Samuel siempre desayunaba y cenaba con ella, y Lynn empezaba a pensar que había dejado de visitar a su amante. Quizá el hecho de que aún no se había quedado embarazada tuviese algo que ver, tal vez Samuel estuviese esperando a confirmar que ella cumplía con su parte del trato para volver a sus costumbres de soltero. Imaginar qué desilusionado se sentiría si su suposición era cierta creaba en ella una enorme presión por quedarse encinta.

A pesar de su falta de experiencia, no podía negar que, en las frecuentes visitas nocturnas del conde, imperaba la pasión. Samuel la besaba y la acariciaba como si nunca pudiese saciarse de ella, y Lynn se sentía cada vez más intrépida y retribuía las caricias que recibía, haciendo que el conde

suspirara de placer, lo cual la llenaba de profunda satisfacción. No comprendía que aún no hubiese concebido: llevaban casi tres meses casados y ella seguía teniendo su periodo de manera regular.

A pesar de lo mucho que disfrutaba la intimidad con el conde, y aun sabiendo que una vez quedase encinta él no tendría ningún motivo para seguir visitándola, cada mes esperaba con afán que su sangrado mensual no apareciese. Lo que sentía por el conde amenazaba con sobrepasarla y comprendía que la única manera que tenía de protegerse era manteniéndose alejada de él. Eso solo podría conseguirlo una vez que se hubiese confirmado su embarazo.

La presencia de lord y lady Kindersley, quien había insistido en acudir unos días antes de la fiesta, había ayudado a que Lynn apartara de su mente lo que había descubierto en el funeral de lord Wells, distraída por los preparativos y por la charla de la mujer. Si la condesa había percibido algo extraño en la manera de comportarse de su hermano y su esposa, no había dicho nada, y Lynn sabía que lady Kindersley no era de las que callaban sus opiniones.

* * *

Lynn se contempló en el espejo, reconociendo que Patsy hacía gala de un gran conocimiento de lo que estaba de moda y de un buen gusto que ella no poseía. La joven pasaba gran parte de su tiempo libre ojeando revistas de moda femenina y luego durante horas parloteaba sobre lo que era tendencia y lo bien que luciría con esto o aquello. Ahora contemplaba el hermoso contraste que el vestido de gasa verde hacía con su pálida piel y su cabello negro como el carbón. El vestido tenía un escote redondo en la parte delantera y de pico en la espalda; las mangas cortas, ligeramente abullonadas, dejaban parte de los hombros al descubierto. El vestido se ceñía a su talle y caía, vaporoso, hasta los pies, calzados con botines de tres centímetros de altura. Patsy le había hecho un recogido alto y le había adornado el cabello con pinzas de plata. Lynn pensó que nunca se había visto más hermosa y elegante.

—¡Oh, milady!¡Está más hermosa que nunca! —exclamó Patsy, como si le hubiese leído el pensamiento.

Lynn se sonrojó con el cumplido; años de sentirse invisible y ninguneada por su tía habían conseguido que la joven no estuviese acostumbrada a recibir halagos. Se preguntó si el conde pensaría lo mismo que su doncella, pero intentó que el pensamiento no ahondase. El baile estaría

lleno de damas más hermosas y sofisticadas que ella, y Lynn conocía perfectamente el efecto que el atractivo de su esposo causaba en las mujeres. Se dijo que haría todo lo posible para que eso no la afectara. Habían hecho un trato; ella había conseguido lo que quería: libertad para escribir sin tener que preocuparse de sus necesidades más básicas; él merecía que ella cumpliese su propia parte del trato sin angustiarlo con escenas de reproches y lágrimas. Aprendería a llorar en silencio.

Tras un suave golpe en la puerta, el conde abrió.

—Los invitados empiezan a llegar. —Su voz fue atenuándose a medida que la recorría de los pies a la cabeza—. ¡Dios mío! ¡Estás…!

Al notar la presencia de la doncella, carraspeó y le ofreció el brazo a su esposa. Lynn experimentó una sensación vertiginosa que le subía de los pies hasta la boca del estómago. Una vez que comenzasen el descenso de la escalinata, multitud de ojos se posarían sobre ella. Sabía que poco importaba que su aspecto fuese exquisito, que la elegancia impoluta del conde, vestido con chaqué negro y prístina camisa blanca, atrajese todas las miradas; siempre habría personas preguntándose qué habría visto el conde de Tottenham en ella, una joven anodina y sin fortuna, para honrarla convirtiéndola en su condesa.

Los murmullos del extenso recibidor se fueron atenuando en cuanto hicieron su aparición. Samuel, a su lado, permanecía inalterable, como si no estuviese rodeado de decenas de ojos que lo contemplasen con avidez. Lynn se obligó a sonreír, a la vez que inclinaba la cabeza a un lado y a otro sin ver a nadie en realidad. Una vez que hubieron descendido del todo, el pequeño cuarteto de cuerdas comenzó a interpretar el segundo movimiento de la séptima sinfonía de Beethoven, que se había popularizado mucho, y las conversaciones se reanudaron. Lynn reprimió un suspiro de alivio y, durante la siguiente media hora, permaneció junto a Samuel mientras los invitados iban acercándose a saludarlos. Lynn respondía de manera automática y solo se animó verdaderamente cuando el señor Holburne, que ella había incluido en las invitaciones, hizo acto de presencia.

—Lord Tottenham, milady, les agradezco mucho su generosa invitación. Es para mí un placer asistir a esta recepción.

—El placer es nuestro —respondió Lynn con entusiasmo.

—Siéntase como en su casa, señor Holburne. Nos alegramos mucho de contar con su presencia —añadió el conde.

El editor respondió con una breve inclinación de cabeza y Lynn sintió deseos de lanzarse a sus brazos y besarlo. En su lugar, le dio un suave apretón

de manos.

De todos los invitados el único que no tenía ni una gota de sangre aristocrática en las venas era el señor Holburne, así que, cuando Lynn sugirió incluirlo en la lista de invitados, Samuel le hizo notar que probablemente su presencia levantaría suspicacias. Lynn no había cedido.

—Como me dices en multitud de ocasiones, eres el conde de Tottenham y puedes hacer lo que te plazca —respondió a sus objeciones.

—Desde luego que puedes ser una arpía cuando quieres. —En la voz de Samuel se adivinaba la risa—. A partir de ahora tendré mucho cuidado con lo que digo porque sé que podrá ser utilizado en mi contra.

—Solo si beneficia a mis propósitos —había respondido ella, arrancando una carcajada del conde.

El recibimiento que Samuel había hecho al señor Holburne y que habían podido oír multitud de personas que los rodeaban colocaba al editor como alguien que contaba con el afecto y la aquiescencia del conde; nadie se atrevería a hacerle ningún tipo de desprecio. Por si eso fuera poco, enseguida lady Kindersley se acercó al editor y entabló lo que parecía una amistosa charla con él, aunque Lynn sospechó que, sin duda, la condesa estaba intentando saber más del misterioso invitado.

Terminados los saludos y presentaciones, el conde y ella tomaron caminos diferentes. A Lynn le hubiese gustado permanecer todo el tiempo junto a Samuel porque su aplomo y seguridad la tranquilizaban, pero había acudido a suficientes recepciones y bailes como para saber que sería totalmente inapropiado. Ahora ellos tendrían que alternar entre los invitados, hablar con unos y con otros, y quizá, aceptar algún baile que les ofrecieran. Lynn había invitado a su tía y a sus primos, pero lo último que le apetecía era compartir una charla insustancial llena de chismes con ellos, así que buscó entre los invitados hasta que divisó al señor Holburne, que permanecía en un rincón de la sala de baile con una copa de ponche en la mano.

—¡Señor Holburne! ¿No baila usted?

—No creo que ninguna de estas jóvenes considerase siquiera mi petición.

A Lynn le hubiese gustado negarlo, pero conocía el celo con el que las chaperonas ejercían su labor de custodia y tutela, y dudaba de que alguna hubiese dejado que sus pupilas se dejasen ver con un hombre de linaje desconocido y que, aunque vestido con elegancia y corrección, no exudaba el lujo y la riqueza del resto de los invitados.

—Es mi día de suerte entonces. Imagino que me podrá conceder el próximo baile.

El señor Holburne sonrió y asintió.

—Será un placer, milady.

Samuel se hallaba charlando con lord Greysham cuando un cuchicheo persistente lo hizo volver la cabeza. Lynn se hallaba bailando con el señor Holburne y comprendió que esa era la causa del murmullo. Sin ninguna duda, se preguntaban quién sería ese hombre a quien los condes de Tottenham parecían profesar tanta consideración. El hecho de que Lynn bailase con alguno de los invitados era algo completamente aceptable, pero a Samuel no le gustó la manera en que ambos parecían sentirse juntos: se los veía cómodos, risueños, y Lynn parecía mucho más relajada de lo que se había mostrado hasta ese momento. Sin poder evitarlo, frunció el ceño y abandonó la conversación que había estado manteniendo hasta ese momento. Se dedicó a observar a la pareja que danzaba, totalmente inconsciente de que alguien se había dado cuenta de su malestar.

Lady Stanhope no perdía detalle de la expresión del conde. Aún no se había repuesto de la desagradable desilusión que había supuesto el anuncio del compromiso de lord Tottenham con esa don nadie cuando ella estaba segura de ser la que finalmente se convertiría en su esposa. El resentimiento la había llevado a expresar la pobre opinión que le merecía la flamante condesa de Tottenham a todo aquel que quisiera oírla. Ahora, adivinando el desagrado en la expresión del conde, vio una oportunidad de dar rienda suelta a su rencor.

—Milord, el ponche es exquisito.

Samuel tuvo que reprimir un chasquido de fastidio al verse abordado por lady Stanhope. Sonriendo de manera automática, respondió:

—Me alegro de que le guste, lady Stanhope, espero que esté disfrutando del baile.

—Oh, sí, aunque parece que no tanto como la condesa, si me permite decirlo.

—¿A qué se refiere?

La joven se dio cuenta de que había conseguido atraer la atención del conde, así que, con una ligera sonrisa, continuó:

—Se ve que se encuentra completamente a gusto con el señor…

—Holburne.

La voz de Samuel sonó cortante y lady Stanhope tuvo que reprimir un acceso de risa al darse cuenta de que sus suposiciones habían sido acertadas.

—Evidentemente, es alguien muy importante para ella.

Samuel no contestó. En ese momento, la pequeña orquesta interpretaba el último acorde y a él le pareció ver cómo el señor Holburne esbozaba un gesto de disgusto al tener que soltar la mano de Lynn. Ella, por su parte, le dedicó una sonrisa tan radiante al editor que Samuel se extrañó de que este no se derritiese a sus pies como un témpano de hielo bajo el sol de julio.

Con una fugaz disculpa, se alejó de lady Stanhope, decidido a apartar a Lynn del señor Holburne de cualquier manera.

Si a alguno de los asistentes le pareció extraño que el conde no se separase de su esposa, nadie dijo nada. Algunos hombres alzaban las cejas con perplejidad por tan inusual muestra de devoción conyugal, mientras las mujeres disimulaban risillas tras sus abanicos y murmuraban sobre lo romántico que era el conde. Lady Kindersley buscó *ex profeso* a su esposo solo para comentarle, alborozada, que Samuel no se separaba ni un segundo de su esposa. Solo lady Stanhope, con una sonrisilla sarcástica, había adivinado que, tras el aparente encandilamiento del conde, se escondía otra cosa.

CAPÍTULO VEINTE

Patsy acababa de quitar la última de las horquillas del recogido de su señora para que la masa de pelo oscuro cayera sobre la espalda como una cascada en mitad de la noche cuando el conde irrumpió en la habitación. A pesar de que ya llevaban varios meses casados, Lynn sintió el rubor escalarle por las mejillas, como le sucedía siempre que el conde la visitaba. En ese momento, agradeció haber insistido en quitarse primero el vestido y ponerse el cómodo camisón y la bata de pesado terciopelo. Pensar en desvestirse delante del conde aún la turbaba, a pesar de que ya lo había hecho incontables veces.

—Ya no te necesitaré más, Patsy, muchas gracias.

La joven inclinó la cabeza y se marchó. Lynn esperó que, como sucedía habitualmente, él se acercase y la tomase en los brazos, pero para su sorpresa él se quedó apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, contemplándola en silencio. Nerviosa, comenzó a ahuecar el edredón y los almohadones, deseando que Samuel dijese algo.

—Me pregunto por qué acudiste a mí en lugar de al señor Holburne para que te ayudase con tu… problema.

Lynn se quedó mirando al conde boquiabierta, insegura del sentido que tendría ese comentario, pero en el rostro del conde no apreció nada más que sincera curiosidad.

—Bueno, él no parecía estar en una situación desesperada. No había nada que yo pudiese ofrecerle que le interesara.

—¿No crees que tenerte a ti podía ser suficiente compensación?

A Lynn se le escapó una carcajada.

—Oh, Samuel, ¿qué podría yo ofrecerle a alguien? No tengo fortuna ni un gran linaje a mis espaldas.

—A veces pienso que estás tan metida en tus libros y tus historias que no has entendido nada de lo que te rodea.

—¿A qué te refieres?

—Holburne sería capaz de arrastrarse de rodillas sobre un campo de

espinos si con ello pudiera tenerte como esposa.

—Él jamás ha manifestado ese tipo de interés en mí.

—Eres ciega, y tonta.

—Y tú pareces creer que todas las personas que me rodean tienen algún interés oscuro. ¿No me crees capaz de despertar simpatía sin más?

—Por supuesto, pero no es simpatía lo que el señor Holburne siente por ti.

Tras unos segundos en los que permaneció en silencio, Lynn abrió mucho los ojos y exclamó con tono jocoso:

—¡Cualquiera podría pensar que estás celoso!

—¿Y qué si lo estuviese?

Lynn enmudeció. La idea de que Samuel pudiese sentir celos del señor Holburne era tan absurda que literalmente se quedó sin palabras.

—¿Tengo motivos para tener celos? —continuó él.

—¡¡Por supuesto que no!! Yo nunca he pensado en el señor Holburne de ese modo.

—Me alegra oírlo.

—Ni siquiera puedo creer que estés hablando en serio…

—Pues créelo, Lynn.

Samuel se acercó a su esposa y la abrazó por la cintura, acercándola a su cuerpo hasta que sus senos se aplastaron contra la amplitud del pecho masculino.

—Hoy he visto cómo otro hombre anhelaba tenerte entre sus brazos y no me ha gustado nada.

Sin darle tiempo a responder, se apoderó de sus labios y comenzó a besarla de una forma apasionada y exigente, haciendo que cualquier pensamiento racional se le borrase de la mente.

La magia que Samuel obraba con su cuerpo comenzó a manifestarse. Los labios se volvieron flexibles y receptivos; los pezones se irguieron en una súplica silenciosa por ser besados y acariciados; la humedad entre sus piernas

le despertó la ansiedad por sentirlo dentro de ella, tan profundamente que pareciesen uno. El miedo y el dolor que experimentaba por los sentimientos que no podía controlar se evaporaron. Cuando Samuel la tenía entre sus brazos, todo pensamiento consciente la abandonaba y solo podía dejarse llevar por las sensaciones que él le despertaba y por su propia necesidad de besarlo y tocarlo hasta que ambos se fundían como lava ardiente.

Sorprendiéndolo a él y a ella misma, Lynn apoyó la palma de la mano sobre su pecho para empujarlo hacia la cama y, una vez que sus rodillas se toparon con el borde del elevado colchón, lo empujó con firmeza para que se dejase caer. Cuando lo consiguió, ella se encaramó a horcajadas sobre su cuerpo y, ajena a cualquier cosa que no fuese el intenso deseo que Samuel despertaba en ella, se inclinó sobre él para lamerle los labios y el cuello, mientras, con torpeza, le desabotonaba la camisa y tironeaba de ella para sacarla de la cinturilla del pantalón.

Samuel jamás se había sentido tan a merced de otra persona, parecía arcilla entre los brazos y los labios de Lynn, y tuvo que reprimir un sollozo de impaciencia por la necesidad tan imperiosa que sentía de penetrar en su cálido interior, pero a la vez disfrutaba inmensamente de sus caricias, titubeantes al principio, osadas y enloquecedoras después. Ella, aún sobre él como una gloriosa amazona, comenzó a desvestirse sin dejar de mirarlo fijamente ni de mover las caderas contra su verga, tan dura que temió que estallaría en cualquier momento, proporcionándole el momento más erótico y excitante de su vida. Samuel supo que, aunque viviese más de cien años, jamás olvidaría ese momento. Cuando Lynn le bajó el pantalón y agachó la cabeza para tomar su miembro con la boca, Samuel creyó que iba a desmayarse. Apenas pudo aguantar unos pocos segundos, luego la alzó sobre su cuerpo, la penetró con fuerza y dejó que ella guiase el ritmo que los llevó, en una gloriosa escalada, hasta el goce más profundo que habían experimentado.

Cuando los primeros haces de luz solar se colaron tras las pequeñas aberturas de los cortinajes de la ventana, Lynn se dio cuenta de que los brazos fuertes y cálidos de Samuel la rodeaban y de que su suave respiración le movía el fino cabello de la nuca: era la primera vez que él pasaba toda la noche en su cama.

* * *

La sensibilidad de los pechos solo provocó en ella una leve extrañeza; las ligeras náuseas que durante diez días habían estado acompañándola cada

mañana despertaron las primeras señales de alarma; la ausencia del sangrado mensual fue lo que la decidió a consultar con un doctor. Tomar la decisión fue la parte fácil, pero no conocía a ningún médico de confianza y prefería no decirle nada a Samuel hasta confirmar sus sospechas. No sabía cómo sentirse ante la posibilidad de estar, por fin, embarazada, así que decidió reflexionar sobre sus sentimientos una vez que tuviera la confirmación. Finalmente, no encontró mejor salida que consultar a lady Kindersley, confiando en que ella sabría ser discreta. Puesto que ella se encontraba en su residencia de Dorset, se dispuso a escribirle una breve misiva.

Tres días después el doctor Landford, un hombre alto y delgado como un ciprés, con el cabello entrecano y unos ojos negros que parecían brillar entre la barba que le ocultaba parte del rostro, la visitó en la residencia Tottenham mientras Samuel estaba en su oficina. Tras revisarla concienzudamente, confirmó sus sospechas. Según le dijo, por los datos que ella le había proporcionado y por lo que él mismo había podido comprobar, el embarazo tenía una evolución de unos dos meses y, tras darle algunas recomendaciones básicas, se despidió.

Lynn se retiró a la sala que había utilizado lady Kindersley para recibir a las visitas, se dejó caer sobre un cómodo sillón de cara a los ventanales y dedicó gran parte de la mañana a hacerse a la idea de que llevaba un niño dentro de sí, el hijo de Samuel. Con reverencia, se pasó la palma de la mano sobre el vientre, que aún estaba tan liso que parecía mentira que una vida estuviese creciendo dentro de ella. Imaginó el corazón de su hijo latiendo allí y sus pequeños deditos; se preguntó si tendría el pelo claro de su padre o si, por lo contrario, su cabello sería negro como el de ella. Un extraño sentimiento de calidez y maravillada extrañeza comenzó a invadirla. Cuando la idea de que iba a ser madre logró asentarse en ella, otro sentimiento, mucho menos agradable, comenzó invadirla. Ese embarazo suponía el cumplimento de su parte del trato: Samuel ya no tenía por qué volver a visitarla. La tristeza que ese hecho le causaba cayó sobre ella como un oscuro manto. Sabía lo que tenía que hacer, ya lo había decidido en el momento que aceptó que amaba a su esposo, porque lo amaba y, aunque ocultaría esta verdad a todo el mundo, especialmente a Samuel, era absurdo tratar de negárselo a sí misma.

Sabía lo que tenía que hacer, pero llevarlo a cabo no era fácil; la desgarraría por dentro. Por un breve instante, pensó en dejarlo todo como estaba. El conde necesitaría asegurar su descendencia y, si el vástago que llevaba en su vientre era una niña, debería seguir intentando concebir, pero enseguida desechó esa idea y se maldijo por su debilidad. Seguir manteniendo la farsa de que su matrimonio era normal, de que Samuel sentía un afecto sincero y profundo por ella solo le haría daño y acabaría por alejar a Samuel definitivamente de su lado. Se mantendría firme en la resolución que había tomado después del funeral de lord Wells, por mucho que doliera. Su

siguiente pensamiento se centró en idear de qué forma le diría al conde que, por fin, había quedado encinta. Como ninguna de las alternativas que se le ocurrió le pareció adecuada, resolvió decírselo durante la cena, sin aspavientos.

Cuando Lynn bajó al salón comedor, Samuel llevaba un buen rato esperando.

—¿Está todo bien? —preguntó, sorprendido por la inusual tardanza de su esposa.

Lynn se quedó parada a mitad de camino y su cara reflejó tal horrorizada sorpresa que Samuel comenzó a preocuparse en serio.

—Lynn, ¿sucede algo?

—No… claro que no —titubeó ella—. ¿Por qué lo preguntas?

—Llegas tarde, algo extraño en ti, y ahora te has quedado blanca como si hubieses visto un fantasma.

—No sucede nada… Se me ha pasado la noción del tiempo, solo es eso.

Samuel aceptó sus palabras, pero durante toda la cena la observó con la misma fijeza que un búho sigue el correteo de un ratón y no pudo dejar de notar su nerviosismo. Lynn, que habitualmente se mostraba locuaz y divertida, estaba extrañamente silenciosa y, por si eso fuese poco, el tenedor se le cayó sobre el plato con más fuerza de la necesaria, lo cual la sobresaltó aún más. Cuando los sirvientes retiraron los platos y sirvieron el postre, Samuel ya no pudo aguantar más. Haciendo un gesto con la mano, despidió a los criados que permanecían en el salón para servirles. Una vez a solas con su esposa, dejó la servilleta sobre la mesa y, mirándola fijamente a los ojos, le pidió:

—Cuéntame qué sucede.

Lynn tragó saliva y tomó aire profundamente; Samuel no apartaba la mirada de su rostro y su gesto se había endurecido. Lynn nunca pensó que dar una noticia, que *a priori* era algo tan bueno, podría costarle tanto. Debía decirlo a bocajarro, tal y como lo tenía planeado, pero no había imaginado que sería tan difícil.

—Estoy embarazada.

No sabía qué había esperado, pero, desde luego, el silencio que siguió a su anuncio no.

—¿Estás segura? —preguntó Samuel tras un incómodo silencio.

—El doctor Landford estuvo aquí esta mañana. Nacerá dentro de siete meses aproximadamente.

—¿Tú te encuentras bien?

—Sí, es extraño, pero… me encuentro bien.

—Imagino que el doctor te visitará periódicamente, ¿no?

—No me ha dicho nada al respecto.

—Hablaré con él.

"Cómo no", pensó ella. Samuel querría controlar todo lo que tuviese que ver con su hijo, pero ella no tenía nada que objetar, así que se limitó a asentir. El conde no había manifestado ningún tipo de emoción tras conocer la noticia, ni disgusto ni alegría. Tras un ligero sobresalto, había reaccionado con el aplomo y la fiabilidad con la que habitualmente se conducía, pero ¿qué esperaba ella? Sus encuentros íntimos habían sido frecuentes y solo tenían una finalidad: dejarla encinta. Era normal que Samuel no se sorprendiese si las cosas habían seguido el rumbo esperado.

—Espero que me mantengas puntualmente informado de cualquier cambio que se produzca y, por supuesto, que sigas las recomendaciones que te ha dado el doctor.

—Solo me ha dicho que me alimente bien y que me mantenga tranquila, sin sobresaltos.

Él asintió, satisfecho con lo que oía.

—Puedo pedirle a tu tía que se instale aquí y te acompañe, si eso te da seguridad.

—¡Samuel! Si mi tía se viniese a vivir conmigo, puedo asegurarte que me volvería loca antes de dar a luz.

—¿Prefieres que se lo pida a Margaret?

—¡Por supuesto que no! No soy una inválida ni estoy enferma. Voy a estar perfectamente con Patsy y con todo el personal de servicio.

—Como desees.

Sin añadir nada más, Samuel se levantó y, turbándola por lo inesperado

del gesto, se puso tras ella y le posó las manos sobre los hombros. Permaneció así unos segundos y luego, inclinándose, le depositó un beso en la cabeza.

—Gracias —murmuró.

Sin saber por qué, el tierno gesto provocó que los ojos se le inundaran de lágrimas.

* * *

—¡Por el futuro conde de Tottenham! ¡Que sea bello como su madre y fuerte como su padre! —exclamó Ransom y alzó la copa.

Tras beber un sorbo de su copa, Samuel movió la cabeza de un lado a otro.

—Tal vez sea una niña.

La imagen de una pequeña de cabello negro y mejillas regordetas que le tendía los brazos a él lo llenó de un intenso anhelo.

—Bueno, en ese caso tendrás que seguir intentándolo. —Al ver que el semblante de su amigo permanecía serio, Ransom añadió—: Eso no supondrá ningún problema, ¿verdad?

—Sabes que no… No es eso lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué pasa? Por lo que yo veo, eres un cabrón con suerte, has encontrado una esposa hermosa y agradable, que no se inmiscuye en tu vida, que te recibe en su cama sin chantajes ni recriminaciones y ahora, además, te va a dar un hijo.

Samuel pareció sopesar las palabras de su amigo; en esencia todo lo que Ransom decía era cierto, pero sentía que algo estaba mal en todo el asunto. La noticia de que estaba esperando un hijo le había provocado un sentimiento de euforia que lo había dejado paralizado, pero, tras la sorpresa inicial, una extraña incomodidad, como la comezón de la picadura de un insecto, había empezado a importunarlo. Intentaba comprender qué lo incomodaba y, al recordar el rostro tenso y serio de Lynn al darle la noticia, supo de qué se trataba. Su esposa no había mostrado alegría, ni entusiasmo, ni ninguno de los sentimientos que uno esperaría ver en una futura madre que se sintiese feliz de serlo.

La amargura lo arrasó como si de un río putrefacto se tratase. Bebió el contenido de la copa de un sorbo y la soltó con un golpe seco sobre la mesita auxiliar.

—Un hijo que quizá nunca sepa lo que es crecer en un hogar con amor —reflexionó.

Capítulo veintiuno

Esa noche Samuel no la había visitado. Lynn trató de sentirse aliviada, ya que eso facilitaba que pudiera concretar la decisión que había tomado, pero el sentimiento que la embargaba no era de alivio, sino más bien de profunda tristeza. Por primera vez deseó poder volver atrás. En ese momento, la perspectiva de haber contraído matrimonio con lord Huxley no le parecía tan horrible, al menos si lo comparaba con el terrible dolor que experimentaba al saber que el amor que sentía por su esposo jamás sería correspondido.

Tratando de reprimir las lágrimas, se acostó, pero, tras más de una hora intentando dormir, se dio cuenta de que sería inútil y se levantó, dispuesta a escribir un poco. Estaba ya con los últimos capítulos de "El hombre tras la máscara", una historia en la que el protagonista, tras una extraña máscara dorada, intentaba ocultar su rostro mientras emprendía una cruel venganza con la que esperaba encontrar la paz que su espíritu había perdido tras lo que consideraba una muerte sin sentido, pero que, en realidad, lo dejaba más vacío aún.

Tanteando a oscuras por la habitación, reprimió un grito al chocar los pies descalzos contra la pata de madera de la mesita y, una vez que los ojos se adaptaron a la penumbra reinante, encendió la lámpara y se dirigió con ella hacia el pequeño secreter en el que guardaba sus manuscritos. Habitualmente, escribía en una sala que había seleccionado como espacio personal, pero, al ser tan tarde, temió molestar a algún criado o tropezar en la oscuridad, así que, perdida ya cualquier ilusión de conciliar el sueño, procuró concentrarse en las vicisitudes de su atormentado protagonista.

* * *

Era bien entrada la noche cuando Samuel arribó a su residencia. A pesar de su insistencia al mayordomo para que no lo esperase despierto, nada más traspasar el umbral este se adelantó solícito con una lámpara en las manos.

—Señor Davies, creo que ya le he dicho con anterioridad que no es necesario que me espere. Puedo recorrer cada palmo de esta casa con los ojos cerrados.

—Como usted desee, milord.

Samuel reprimió una mueca de resignación; sabía que, tras las solícitas palabras de su mayordomo, se hallaba la intención de seguir haciendo lo que a él le pareciera más correcto.

Cuando se aproximaba a sus aposentos, el resplandor que se derramaba bajo la puerta de la estancia de Lynn hizo que se detuviese en seco. No sabría decir con exactitud qué hora era, pero sí sabía que era lo suficientemente tarde como para que Lynn llevase ya varias horas dormida. Con cierta sensación de alarma, abrió la puerta, sin molestarse en llamar antes. Lynn se sobresaltó al oír la puerta abrirse de manera brusca.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—No podía dormir…

—¿Cuánto tiempo llevas escribiendo?

Lynn trató de calcular, pero había perdido la noción del tiempo, así que se limitó a encogerse de hombros. Samuel resopló, se acercó a ella con decisión, la tomó con suavidad de las muñecas y la alzó.

—Por hoy se acabó. Llamaré a una criada y le pediré que te prepare una infusión, algo que te ayude a dormir.

—¡No, por favor! ¡No las molestes! Ya trabajan muy duramente durante el día.

—Una de sus funciones principales es procurar tu bienestar —respondió él con voz dura.

A pesar de sus palabras, no hizo el amago de tirar del cordel que comunicaba con el ala de la casa en la que se encontraban las habitaciones de los criados. Como si ella fuese una niña pequeña, la acompañó hasta la cama sosteniéndola por los antebrazos y la empujó suavemente para que se acostara. Cuando su cuerpo tocó el mullido colchón, Lynn se dio cuenta de lo cansada que se sentía en realidad y lanzó un suspiro de alivio. Samuel la arropó y, para su sorpresa, se quedó sentado en el colchón junto a ella, enroscando con suavidad mechones de su cabello en sus manos. Con esa ligera caricia, le provocó tenues escalofríos placenteros que le recorrieron la base del cráneo y se le deslizaron por la espalda. Poco a poco sintió una pesadez apoderarse de sus párpados, que ya no podían mantenerse abiertos, y una agradable languidez se le extendió por el cuerpo. Antes de dormirse, pensó en lo maravilloso que debía ser que un hombre capaz de mostrar tanta ternura y preocupación la amase. Se dijo que el señor Kindelan debía ser un hombre muy especial para que Emma Wells hubiese roto su compromiso con Samuel por él.

Samuel se dio cuenta perfectamente de cuándo Lynn se quedó dormida: su respiración adoptó un ritmo más profundo y la relajación de sus músculos fue evidente. Allí, acurrucada bajo las mantas, parecía apenas una niña. Con cuidado de no despertarla, le pasó los nudillos suavemente por la mejilla; seguía sorprendiéndolo la tersura y suavidad de la piel. Las larguísimas pestañas le caían sobre la mejilla formando dos arcos perfectos y los labios, entreabiertos, se veían voluptuosos y suaves. Era tan hermosa y exótica como una pieza extraña encontrada en medio de un desierto. Al pensar en lo vulnerable que en realidad era, el remordimiento se apoderó de él.

Desde un primer momento, ella había despertado poderosamente su atención, le había parecido tan refrescante y hermosa que quiso saberlo todo sobre ella; luego había comenzado a desearla, con tanta intensidad que no pudo negarse al disparatado trato que ella le había propuesto. La había querido y la había conseguido. Ahora se daba cuenta de que, aprovechándose de la necesidad de la joven, la había condenado a vivir en una jaula de oro, donde debía conducirse como su condesa, parir a sus hijos y criar al futuro conde de Tottenham sin haber pensado en lo más mínimo en cuáles eran los verdaderos deseos de la joven. Sin embargo, para su egoísmo había recibido un castigo más que inmisericorde: el deseo y el amor que sentía por Lynn crecían cada día que pasaba, mientras era consciente de que la joven apenas le profesaba un cortés afecto. No se engañaba con la respuesta que ella le mostraba cuando él le hacía el amor, sabía que la pasión, sobre todo cuando era recién descubierta, era un impulso poderoso y casi incontrolable. No solo deseaba la pasión de Lynn y, con profundo terror y desconcierto, se daba cuenta de que, cuanto mayor era su anhelo por ella, más sutilmente ella se alejaba.

* * *

A la mañana siguiente, Samuel se dispuso a escribir una misiva a Emily. Llevaba sin visitarla desde antes de su boda con Lynn y, aunque le había dicho que tras unos meses reanudaría las visitas, lo cierto era que había estado evitando la ruptura definitiva todo ese tiempo por una especie de ego masculino. Mantener a su amante suponía que aún conservaba una parcela de su libertad, que podía prescindir de Lynn, que seguía siendo el hombre que había sido…

Una risa breve y amarga se le escapó al tener ese pensamiento. ¿El hombre que había sido? Había sido un hombre que pensaba que no necesitaba a nadie, que había blindado su corazón contra el amor como un cruzado

blindaba su cuerpo contra la espada del sarraceno enemigo, un hombre sin expectativas, que se creía feliz. Y ahora, que volvía a sufrir por amor, se daba cuenta de que jamás se había sentido tan unido a otra persona y que los momentos de felicidad que Lynn le brindaba justificaban toda su existencia.

Una vez terminada la carta, la metió en un sobre sin releerla y escribió el nombre de la destinataria. No era necesario añadir nada más; Andrew sabía perfectamente a qué dirección debía llevarla. Iba a llamar al señor Davies para que entregase la carta al cochero, pero lo pensó mejor. Había programado una visita al doctor Landford para conocer de primera mano el estado de Lynn y los cuidados que había que dispensarle, por eso, podría aprovechar y dársela en ese momento.

Se dirigió hacia la entrada, pidió el abrigo y el sombrero. En ese momento se abrió la puerta y entró Lynn, acompañada de su doncella.

—Buenos días, milord.

A pesar de que debía haber dormido menos de lo acostumbrado, se la veía tranquila y parecía descansada.

—Lynn… Creía que aún estarías durmiendo.

—Oh, no, me desperté antes de lo habitual y decidí aprovechar para ir a curiosear esa nueva pastelería. —Samuel se dio cuenta de que la joven doncella llevaba una caja de cartón *beige* con los filos dorados y un primoroso lazo de color azul—. La que han abierto en Brompton Road, ya que, según Patsy, soy la única dama de todo Londres que aún no la ha visitado.

—Espero que haya merecido la pena la visita.

—Pues he traído unas pastas deliciosas que pensábamos probar a la hora del té. Si no estás muy ocupado, puedes comprobarlo por ti mismo.

Antes de que Samuel pudiese responder, apareció el mayordomo con el sombrero y el abrigo. Entonces Lynn se fijó en la misiva que Samuel llevaba en las manos y pudo leer perfectamente el nombre escrito en el sobre. Un enorme nubarrón negro pareció ensombrecerle el ánimo y, como pudo, intentó recomponerse.

—Intentaré estar aquí para tomar el té contigo y ver si las pastas hacen honor a la fama que las precede.

—Será estupendo —respondió ella de manera automática.

Una vez que el conde se marchó, ella alegó que estaría escribiendo hasta

la hora del té y que no la molestaran hasta entonces. Aunque realmente tenía intención de continuar con el relato de "El hombre tras la máscara", permaneció durante casi una hora con el manuscrito ante sí sin escribir ni una sola palabra. Lady Stanhope se había encargado de que ella supiese quién era Emily y, en una ocasión, había visto su nombre en un cartel que anunciaba la presentación de *Manfredo* en el Covent Garden, donde ella representaría a Astarté. Conocía lo suficiente de la obra como para saber que los elementos sobrenaturales abundaban en ella y se había sentido tentada de acudir, mitad por el argumento del poema dramático, mitad por la curiosidad de poner rostro a la mujer que gozaba de la atención de su entonces prometido. Sin embargo, se había sobrepuesto a tan indigna curiosidad, convencida de que ninguna importancia tenía en la naturaleza de su relación con el conde quién fuese su amante.

Ahora no sentía la misma ligereza al respecto, al contrario, la existencia de esa mujer era como una losa sobre su pecho. Tampoco se engañaba a sí misma, pues era consciente de que no era Emily la que impedía que Samuel le diese su amor. Aunque no había prestado mucho oído a los rumores que desde años atrás perseguían a su esposo, no le quedó más remedio, tras verlos juntos, que aceptar que él no había superado su ruptura con la señora Kindelan.

Suponía que, ahora que ella estaba embarazada, él reanudaría las visitas de manera habitual a su amante. Aunque sospechaba que la había visitado en alguna ocasión, debía haber sido de manera aislada, pues casi todas las noches desde que habían contraído matrimonio él había acudido a su cama. Ahora ya no tenía necesidad de hacerle el amor y era lógico que retomara las visitas a su amante. Aunque ella había tomado la decisión de no volver a recibirlo de manera íntima, saber que estaría en brazos de otra le causó un dolor desgarrador y, no por primera vez, lamentó la impulsiva decisión que la había llevado a proponer un trato al conde que se había convertido en una pesada e insoportable condena. Llevaría esa condena con dignidad y, sobre todo, jamás haría ni diría nada que le permitiera al conde sospechar cuánto le dolía la situación. Él había sido su ancla de salvación en un momento en el que la desesperación amenazaba con ahogarla y ella le pagaría con agradecimiento y con su libertad.

Lynn escuchaba el animado parloteo de Patsy que, sentada junto a ella, degustaba una de las pastas de mantequilla y ciruela que habían comprado esa misma mañana. La irrupción del conde hizo que la doncella se levantara sobresaltada y murmurase una disculpa, a la vez que se disponía a salir de la estancia.

—Patsy, no es necesario que huyas cada vez que me ves.

—Sí, milord, disculpe, milord, es que tengo que preparar… debo preparar… —La joven no fue capaz de terminar lo que pensaba decir y salió de la estancia.

—Estarás muy satisfecho de ti mismo, has asustado a la pobre Patsy.

—Tu doncella parece creer que soy un ogro; yo no tengo ninguna culpa de eso.

Ella se limitó a echarle una mirada que pretendía ser severa, pero que no logró su objetivo, ya que una sonrisa rebelde se le dibujó en los labios. Samuel pensó que nunca la había visto tan adorable y, al recordar que esa hermosa e inteligente joven llevaba un hijo suyo en el vientre, un sentimiento cálido de plenitud lo inundó como una agradable brisa de primavera. Consciente de que se había quedado mirándola ensimismado, carraspeó y señaló las primorosas pastas del plato.

—¿Son tan deliciosas cómo dicen?

Ella se limitó a tomar una y a tendérsela.

—El té ya se ha enfriado, pero llamaré a una doncella para que traiga más.

—Prefiero un café.

Mientras la doncella preparaba y servía el café, Samuel se comió casi todas las pastas que había en el plato bajo la risueña mirada de Lynn, que se preguntaba cómo, siendo tan goloso, podía mantener su cuerpo sin un gramo de grasa. Luego, bebió la taza de café casi de un trago, a pesar de que debía estar muy caliente. Lanzó un suspiro satisfecho y se echó hacia atrás en el asiento que ocupaba.

—¿Quieres que pida a la cocinera que ase un buey?

Tras la chanza, Lynn rompió a reír sin poder evitarlo. Samuel, de manera sorpresiva, la alzó de su asiento y la sentó en su regazo, lo que hizo que la risa se interrumpiera bruscamente.

—Eres una deslenguada. ¿Nadie te lo había dicho hasta ahora?

—Mmm, déjame que piense… frívola, caprichosa, presumida, ingrata… No, definitivamente, deslenguada nunca.

—Pues lo eres, una pequeña y atrevida deslenguada. —Su voz se volvió íntima—. Una hermosa y adorable deslenguada.

Y antes de que Lynn se diese cuenta de lo que pensaba hacer, Samuel se apoderó de sus labios en un beso exigente y tierno que la dejó sin capacidad de reacción. Ella no pudo hacer otra cosa más que responder al beso, llevada por la fuerza de la pasión incontrolable que sentía por su esposo. Samuel deslizó la lengua a lo largo de la columna de su cuello y le provocó un placentero cosquilleo. En cuanto Samuel comenzó a acariciarle la punta anhelante de los pechos, recuperó la cordura de golpe, lo empujó ligeramente, se apartó de él y se puso en pie.

—Samuel, no.

—Subamos a mi habitación, allí no nos interrumpirá nadie.

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

Había llegado el momento que ella tanto había temido. Debía echar mano de toda su capacidad de persuasión, pues, si flaqueaba lo más mínimo, su esposo se daría cuenta de que mentía.

—Samuel, creo que… pienso que no es necesario…

Con rodeos, no llegaría a ningún lado, entonces soltó a bocajarro:

—No quiero volver a hacer el amor contigo.

El rostro de Samuel adoptó una expresión pétrea y sus ojos se entrecerraron. Incapaz de mirarlo, ella le dio la espalda y cerró los ojos, deseando que él aceptara esas palabras sin más.

—No te creo.

—Por favor, no lo hagas difícil.

—Lynn, dime la verdad, ¿qué pasa?

—Estoy diciéndote la verdad, Samuel. No quiero seguir, no me siento… cómoda ni veo la necesidad. Estoy embarazada; eso era lo que tú querías, lo que necesitabas, un heredero… Pues bien, ya no tiene ningún sentido que sigamos… intimando.

—Lo que dices es una tontería. Tú me deseas, no te atrevas a negarlo.

Él se había puesto frente a ella, la tomó de los antebrazos y la zarandeó ligeramente.

—Eso no tiene nada que ver.

—¡¡Tiene todo que ver!! —Él la soltó y se mesó el cabello, desesperado —. Eres mi esposa legalmente, ante los ojos de los hombres y ante los ojos de Dios, me deseas y yo te deseo a ti, ¿por qué negarnos esto?

—Mi conciencia es mayor que mi deseo… Sé que este se apagará si tú, si nosotros dejamos de…

—No sabes lo que dices.

—Sí, lo sé, Samuel, y no puedes obligarme.

—En eso te equivocas, soy tu marido, claro que puedo.

—Pero no lo harías. —Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par.

En ese momento deseó ser capaz de arrastrarla al dormitorio, tumbarla sobre la cama y hacerle el amor hasta que olvidase esa horrible decisión. Sin embargo, la expresión suplicante de su mirada y, sobre todo, saber que ella se veía en esa situación única y exclusivamente por su egoísmo hizo que apretara fuerte los puños y saliera de la estancia dando un enorme portazo.

—¡Maldita seas!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Samuel decidió ir al White's, seguro de que una partida de cartas, la charla de los caballeros allí presentes y una copa lograrían tranquilizarlo. Nada más aparecer en el selecto club masculino, la voz de sir Gurnbly se alzó sobre la multitud.

—¡Un brindis por el futuro vástago de lord Tottenham!

Mientras los caballeros bebían a la salud de su futuro hijo y le palmeaban la espalda a la vez que expresaban su alegría por la noticia, Samuel pensaba en cuál sería la manera más dolorosa de acabar con Ransom: a su amigo se le había ido la lengua. Respondió de manera automática a las felicitaciones de los presentes y buscó entre la multitud el rostro de Ransom, pero se dio cuenta con fastidio de que él no estaba allí. Bebió la copa que le ofrecieron y, viendo que allí no encontraría la distracción que buscaba, se disculpó y se marchó.

* * *

—¡Samuel! No diré que me molestan tus visitas, pero me extraña la frecuencia: o te pasas meses sin aparecer o te tengo aquí día sí, día no, como sucede últimamente.

—¿Era necesario que pregonases que voy a ser padre?

Ransom lo miró, extrañado.

—No sabía que era un secreto.

—¡No, maldita sea! Pero tampoco era preciso que salieras a anunciarlo a los cuatro vientos…

—Solo se lo dije, de pasada, a mi tía. Vino a visitarme ayer y, al preguntarme por tus andanzas, se lo comenté. ¿He hecho mal?

Samuel movió la cabeza, arrepentido de su estallido y, a la vez, decepcionado de no poder descargar el enfado que sentía con su amigo. En silencio, se sirvió una copa.

—Yo tomaré lo mismo que tú, gracias —acotó Ransom con sarcasmo.

Tras servir a su amigo, Samuel bebió su vaso de un solo trago y se dispuso a servirse de nuevo, ignorando el silbido del dueño de la casa. Ransom lo observaba de hito en hito, repentinamente preocupado por la extraña actitud de Samuel. Aunque la vida de su amigo había sufrido en los últimos meses muchos vaivenes que, en ocasiones, lo habían desestabilizado, no recordaba nunca haberlo visto tan disgustado, tan fuera de sí. Parecía demacrado, con un brillo desquiciado en los ojos, aunque bien sabía Ransom que pocas personas podían presumir de ser tan sensatas y equilibradas como Samuel Clyde. Quería saber qué le pasaba a su amigo para mostrarse tan desesperado, pero creyó prudente esperar hasta que él se decidiera a hablar. Samuel terminó de beber la segunda copa y, cuando Ransom se percató de que se disponía a servirse una tercera, lo tomó del brazo y lo obligó a sentarse, sin mediar palabra.

—Está bien, Samuel, dime qué sucede.

—Deja que me sirva otra copa.

—Emborracharte como un patán no va a cambiar las cosas.

Por unos instantes Samuel miró a su interlocutor con los ojos entrecerrados y un gesto de enfado tan evidente que a Ransom le costó mantener el tipo, seguro de que Samuel le pegaría. Pero luego Samuel tragó saliva y enterró la cabeza entre sus manos.

—Nada va a cambiar las cosas.

—Oh, vamos, Samuel, no puede ser tan grave.

Sin embargo, la actitud derrotista de su amigo le hacía temer que sí lo fuera. La situación transportó a Ransom seis años atrás; entonces Samuel había comenzado a beber más de la cuenta, después de la ruptura de su compromiso con Emma. También se había metido en líos, algunos de faldas: él, que había sido célibe como un monje de clausura mientras había durado su compromiso con la joven, se había convertido en todo un libertino. En esos días le había costado reconocer en ese joven alocado y juerguista a su amigo, pero poco a poco Samuel parecía haber dejado atrás todos sus excesos y se había centrado en su patrimonio, sus posesiones, sus inversiones y su amante, la bellísima Emily.

A pesar de que la ruptura del compromiso le había afectado mucho, Samuel nunca había expresado sus sentimientos al respecto. Ransom no tenía muchas esperanzas de que ahora se explayara para explicar qué era lo que tanto lo atormentaba, pero no iba a dejar de intentarlo. Últimamente, su amigo

había acudido a él en más de una ocasión para compartir algunas inquietudes respecto a su matrimonio. Se preguntó si el motivo de su enfado tenía que ver con su esposa, y estuvo casi seguro de que la respuesta era afirmativa. Para su sorpresa, Samuel comenzó a hablar de manera espontánea.

—Lynn quiere dejarme.

—¿Estás diciendo que quiere divorciarse? —preguntó Ransom tras unos segundos de estupefacto silencio.

La posibilidad era tan extraña que consiguió enmudecer a Ransom. Unos años antes, en 1858, se había establecido el divorcio como figura legal, pero el proceso era caro, por lo que no estaba al alcance de cualquiera. Además, si una mujer quería divorciarse de su esposo, debía probar infidelidad agravada o bien acusarlo de incesto o sodomía. Un proceso así destrozaría completamente la reputación de su amigo y condenaría al ostracismo social a su esposa.

—¡Claro que no! No podría alegar ninguna razón válida. —Tras una breve pausa, añadió—: Para ella, nuestro matrimonio es una farsa.

—¿Y para ti no?

—¡No, maldita sea! ¡Para mí dejó de ser un matrimonio de conveniencia desde el primer momento en que la tuve entre mis brazos!

Aunque Ransom había sospechado que los sentimientos que Samuel albergaba por su esposa eran mucho más profundos de lo que él admitía, le sorprendió su exclamación, hecha con tono desgarrado.

—Pero ella ahora está esperando un hijo tuyo, es tu esposa… ¿Cómo piensa acabar con todo eso?

—Seguirá siendo mi esposa, pero solo de nombre.

—¿Estás diciéndome que tu esposa no quiere volver a acostarse contigo?

Samuel no respondió, se limitó a asentir una vez mientras se levantaba dispuesto a servirse otra copa. Esta vez Ransom no lo detuvo, también él necesitaba beber algo.

—Creía que no tenían problemas en ese aspecto.

—Y no los tenemos. Ella me desea casi tanto como yo la deseo a ella.

—Pues entonces no entiendo nada.

Para su consternación, Samuel sintió que un sollozo pugnaba por salirle

de la garganta. Tragó con fuerza para intentar reprimirlo.

—Tampoco yo, pero no puedo exigirle nada. Ella ha cumplido con lo que acordamos.

—Por ahora.

—¿A qué te refieres?

—Puede que dé a luz a una niña, en ese caso tú no tendrías a tu heredero.

—¿Y crees que yo, sabiendo que ella no quiere compartir su lecho conmigo, la obligaría a hacerlo para conseguir un hijo varón? —Movió la cabeza con gesto de tristeza y resignación—. No voy a exigirle nada más, no quiero que venga a mí forzada.

—Entonces… ¿volverás a visitar a Emily?

—No, he roto definitivamente mi relación con ella —respondió tras unos largos segundos.

Samuel no se encontraba en condiciones de volver a su residencia, había bebido mucho y se tambaleaba al andar, así que Ransom dispuso que le prepararan una habitación. Durante unos segundos dudó sobre la conveniencia de mandar aviso a su esposa, pero, en vista de la hora, prefirió esperar al día siguiente.

* * *

Lynn había creído que alejarse de Samuel le devolvería algo de paz, pero cada día que pasaba se sentía más y más desgraciada. El ambiente de la residencia se había vuelto silencioso y extrañamente opresivo. Samuel cada vez pasaba menos tiempo allí y, cuando coincidían, se comportaban como dos extraños. Lynn suponía que ahora él veía mucho más a su amante, pero sabía que ella, prácticamente, lo había empujado a sus brazos.

Por un momento fantaseó con la posibilidad de estar equivocada, se permitió imaginar que Samuel la amaba de la misma manera que ella lo amaba a él; se perdía en el recuerdo de los muchos momentos felices que habían compartido, las divertidas charlas que sostenían, las apasionadas noches en las que él la tomaba en sus brazos… Se decía que eso tenía que significar algo. Pero luego recordaba el motivo por el que se habían casado y

asumía que sus sueños eran solo eso, sueños.

Lynn no se veía con fuerzas para fingir que no le importaba el hecho de que Samuel no quería casarse –como les había dicho a ella y a Margaret–, que tenía una amante y, sobre todo, que continuaba amando a una mujer que lo había abandonado. Ni siquiera conservaba una frágil esperanza de que las cosas cambiaran y él algún día pudiera amarla. Dolía demasiado. Lo amaba demasiado.

Así las cosas, los días pasaban en una triste monotonía que la sumía cada vez más en el desánimo y la apatía. A duras penas, consiguió terminar de escribir "El hombre tras la máscara", pero ni ese hecho ni los éxitos que seguía cosechando con la publicación de sus relatos lograban animarla. Patsy, entristecida, intentaba alegrarla contándole chismes de los criados o hablando del futuro hijo que pronto nacería. Ella agradecía la preocupación y los esfuerzos de la joven, pero nada conseguía levantarle el ánimo. Añoraba a Samuel, lo añoraba con todo su ser. Añoraba contemplarlo mientras hablaba, añoraba sus fuertes brazos que siempre la hacían sentir segura y especial. Había escrito sobre el amor en multitud de ocasiones, lo había intuido como un sentimiento poderoso, pero jamás había imaginado que podría ser tan doloroso.

Su embarazo avanzaba de manera satisfactoria. El doctor Landford la visitaba a menudo y certificaba que todo iba bien, aunque le preguntaba si comía lo suficiente, ya que la veía demasiado delgada. A ella le parecía casi una broma que el doctor afirmara algo así cuando ya ni siquiera podía verse los pies. Samuel siempre se entrevistaba con el doctor después de las visitas, nunca le preguntaba a ella directamente, ya no sentía la necesidad de fingir. El abismo que poco a poco habían ido abriendo entre ambos se hacía cada vez más oscuro y más profundo.

Las semanas y los meses iban pasando lenta pero inexorablemente; Lynn, después de terminar su último relato, no había emprendido un proyecto nuevo porque no se sentía con ánimo. Lo único que consiguió alegrarla un poco fue la llegada de una misiva procedente del orfanato de St. Mary.

—Oh, Patsy, mira. Las hermanas del orfanato me invitan a visitar las instalaciones y conocer a los niños a los que atienden, ¿no es maravilloso?

—No sé, señora, el orfanato está bastante lejos y en su estado…

—¿Mi estado? Solo estoy embarazada, Patsy, no soy una enferma y me encuentro perfectamente.

Patsy tenía sus dudas al respecto de la conveniencia de esa visita, pero, como hacía mucho que no veía a Lynn tan animada, resolvió no expresar sus

objeciones en voz alta.

—Iremos mañana por la mañana, Patsy. Por favor, dile a Andrew que esté preparado.

Esa tarde, mientras leía en la sala que había acondicionado para su uso privado, apareció Samuel.

—¿Qué es eso de que vas a ir a Blackheath mañana?

Lynn debió haber supuesto que el cochero tendría órdenes de informar de todos sus pasos. Apretó los labios en un gesto de contrariedad y contestó:

—Así es, me han invitado las hermanas para conocer a los niños.

—¿Y por qué harían algo así?

De pronto, Lynn cayó en la cuenta de que nunca le había hablado a Samuel de las condiciones de su contrato ni, en realidad, de nada que estuviese relacionado con su trabajo de escritora.

—Las regalías de mis relatos las destino íntegramente al orfanato.

Samuel se limitó a asentir.

—Muy loable por su parte mostrarse agradecidos, pero creo que ahora no estás en condiciones de ir.

—Voy a ir, Samuel, y no me importa lo que digas.

Lynn comenzaba a sentirse enojada. Samuel llevaba semanas sin apenas dirigirle la palabra y solo veía la necesidad de hablarle para ordenarle lo que podía o no podía hacer.

—Puedes arriesgarte tú y poner en riesgo al niño.

—¡Oh, vamos, por Dios!

Con frecuencia, las damas de la alta sociedad se recluían en sus residencias mientras duraba el embarazo, recibían solo a los más íntimos y no participaban de ningún acto social hasta después del nacimiento del niño. Sin embargo, a Lynn le parecía una medida arbitraria y sin sentido, como muchas de las costumbres de la sociedad a la que pertenecía. Además, nadie tenía por qué enterarse.

—Apenas me llevará algo más de una hora llegar hasta allí.

—Más bien dos horas. Hay que atravesar todo el tráfico de Londres.

—A pesar de tus objeciones, estoy decidida a ir.

Samuel apretó los labios mientras pensaba cómo era posible que alguna vez hubiese encontrado atractiva la testarudez de su esposa.

—Está bien, entonces yo iré contigo.

Al día siguiente, cuando Lynn descendió de las escaleras acompañada por Patsy, Samuel ya la esperaba en la entrada. A pesar de la frialdad que se había instalado entre ellos, no pudo dejar de admirar su apostura, ese intenso atractivo al que nunca había sabido resistirse. Estaba segura de que, si Samuel hubiese insistido en seguir con las visitas nocturnas, ella no habría tenido manera de negarse. Afortunadamente, a él no le había importado tanto como para seguir intentándolo, pensó con tristeza.

El viaje se desarrolló en un tenso e incómodo silencio. Agobiada por el ambiente opresivo, ella hacía algún que otro comentario a Patsy, señalando aquí y allá lo que iban viendo a través de las ventanillas. Samuel, frente a ellas, parecía ignorarlas, pero no le quitaba la vista de encima. El embarazo le sentaba bien y solo se evidenciaba en el abultamiento de su vientre. Su rostro conservaba la forma; la piel lucía luminosa y tersa; el cabello le brillaba… Tan solo había algo desconcertante en su expresión, algo que antes no estaba allí y, sorprendido, se dio cuenta de que era un velo de tristeza. Esta constatación ahondó su sentimiento de culpa.

Lynn tenía que admitir que Samuel había tenido razón y el tráfico de la ciudad era tan intenso que en ocasiones los obligaba a permanecer parados. Transitaban por las cercanías de Kensington y los caballos que tiraban del carruaje iban a paso lento cuando oyó cómo Samuel contenía el aliento. Sorprendida, miró por la ventanilla para saber qué le había llamado la atención y entonces vio a una mujer rubia que lo miraba fijamente y dibujaba con sus labios el nombre del conde. La mujer, elegantemente vestida, iba sola y Lynn pudo observarla con detenimiento. El cabello, rubio, le caía en graciosos tirabuzones y los enormes ojos azules estaban orlados de oscuras pestañas. Al comparar la figura proporcionada y voluptuosa de la joven con la suya, deformada por el embarazo, se sintió avergonzada y deprimida. Samuel se repuso enseguida, miró al frente y su rostro adoptó una máscara pétrea que no dejaba traslucir los sentimientos que le inspiraba la visión de su amante, pues Lynn no tenía ninguna duda de la identidad de la hermosa mujer con la que se habían cruzado.

Capítulo veintitrés

Habían pasado un par de semanas desde la visita del orfanato. Samuel se había conmovido al ver cómo Lynn escuchaba y trataba a los pequeños allí alojados; algunos se acercaban a ellos al principio cohibidos, pero, al ver la franca sonrisa y el sincero interés de su esposa, se abrían como una flor cuando le da la luz del sol. Si Samuel había albergado alguna duda de cómo se desempeñaría su esposa como madre, se disipó en ese momento. Durante todo el tiempo que duró la visita, Lynn apenas se había dirigido a él, solo habían intercambiado algunas frases corteses. Las hermanas que se encargaban de los huérfanos le habían obsequiado multitud de dibujos realizados por los niños y, además, habían interpretado una canción para ella. Lynn había vuelto de la visita con las mejillas arreboladas por la satisfacción y, durante el viaje de vuelta, no había dejado de hablar de su estancia en el orfanato… con Patsy. No obstante, la evidente alegría de Lynn lo había reconfortado.

Un seco golpe en la puerta del despacho interrumpió sus pensamientos. Al otorgar su permiso, el mayordomo entró.

—Milord, la condesa está indispuesta.

—¿Qué le sucede?

—No estoy seguro, milord. Su doncella ha bajado bastante alterada y ha pedido que avisemos al doctor Landford.

Samuel sintió cómo el puño frío del miedo le atenazaba las entrañas y, sin mediar palabra, se dirigió hacia la habitación de su esposa. Al entrar allí, vio a Lynn acostada en la cama, con Patsy sentada a su lado. Su esposa se veía pálida y con una expresión de terror evidente en el rostro.

—Lynn… —Samuel no fue consciente de que su voz sonó entrecortada —. ¿Qué ha sucedido?

Antes de responder, Lynn le hizo un gesto a Patsy para que los dejara solos. Samuel ocupó el sitio que acaba de liberar la doncella junto a su esposa y la estudió con avidez.

—¿Qué ha sucedido? —repitió ansiosamente.

A pesar de su miedo y preocupación, Lynn se sonrojó al pensar en cómo explicarle a Samuel algo tan íntimo.

—He comenzado a sangrar. —Observó cómo su esposo abría los ojos con evidente pánico dibujado en ellos—. No es muy abundante. No debes preocuparte; estoy segura de que no será nada.

Samuel no contestó. Con una palidez cadavérica en el rostro, se puso en pie.

—Voy a ver si llega ya el doctor Landford.

Mientras descendía a la planta de abajo, Samuel se sentía mareado. El recuerdo del último embarazo de Margaret le cruzó por la mente; su hermana había estado a punto de perder la vida y pensar que a Lynn le sucediese algo parecido bastó para hacer que se tambalease. Se detuvo un momento seguro de que se caería por la escalera y trató de recuperar la calma. Jamás se lo perdonaría si a Lynn le sucedía algo porque no tenía ninguna duda de que, si ella se veía en esa situación, era únicamente por su culpa.

Hasta que por fin llegó el doctor Landford, estuvo dando vueltas de un lado a otro preso de la inquietud más grande que había sentido en su vida. Cuando el doctor entró, se abalanzó enseguida sobre él.

—¡Doctor! ¿Por qué diablos ha tardado tanto?

—He venido tan rápido como he podido, milord.

—¡Suba a ver a mi esposa de una vez!

El doctor pareció hacerse cargo del miedo de lord Tottenham y, sin replicar, se apresuró escaleras arriba, seguido de cerca por el conde. Una vez frente a la puerta de la condesa, se detuvo y, con toda la autoridad que pudo reunir, dijo:

—Será mejor que usted espere fuera, milord.

Samuel hizo el amago de negarse, pero pareció pensarlo mejor y se limitó a asentir. Mientras el doctor estuvo dentro, él comenzó a caminar por el pasillo sin parar. Le pareció que había transcurrido una eternidad hasta que por fin el doctor volvió a salir.

—¿Cómo está mi esposa, doctor?

El doctor hizo una seña con la cabeza para indicarle al conde que se alejaran de la habitación de Lynn. Este gesto lo aterrorizó, seguro de que lo que el doctor tenía que decirle era algo terrible.

—¡Desembuche ya! —exclamó, una vez en su despacho.

—El sangrado de su esposa no es demasiado alarmante, no creo que en ese sentido tengamos que preocuparnos.

—¿Entonces?

—Antes del alumbramiento, las mujeres expulsan una sustancia que abre el canal del parto.

—Pero aún queda más de un mes para el nacimiento, ¿no es así?

—Ese es el problema. Si no guarda reposo, puede que el nacimiento se adelante, con lo cual el bebé correría riesgo de no estar suficientemente desarrollado para la vida.

—¿Y mi esposa? ¿Corre algún riesgo?

—En un principio, no. Debería guardar reposo absoluto hasta el momento del alumbramiento. —Hizo una pausa—. El objetivo es que aguante al niño dentro de sí todo el tiempo que sea posible.

—Pero a ella… ¿podría sucederle algo?

El doctor se armó de paciencia, ya que la angustia del conde era evidente y se sintió conmovido por la preocupación que mostraba hacia su esposa.

—Milord, cualquier embarazo que no curse de la manera habitual siempre supone un riesgo añadido. —El galeno intentó imprimirle un tono tranquilizador a la voz—. No obstante, si la condesa guarda reposo y aguanta, digamos, un par de semanas más, lo más probable es que todo se desarrolle con normalidad y el niño pueda sobrevivir sin dificultades.

—¿Y qué sucedería si no pudiese aguantar esas dos semanas?

—En ese caso, la supervivencia del niño no estaría tan asegurada. Además, el parto podría ser más problemático, o quizá no; caben todas las posibilidades.

Samuel se mesó el cabello con desesperación, arrepintiéndose amargamente de haber puesto a Lynn y a su propio hijo en esa situación, llevado únicamente por su encaprichamiento hacia la joven. Nunca debió aprovecharse de esa forma de su desesperación y ahora pagaría caro su egoísmo.

A la mañana siguiente, el trasiego en la habitación espabiló a Lynn del duermevela en el que se hallaba sumida. Con sorpresa, vio cómo los criados portaban una mesita, un gran montón de libros, una mesa auxiliar pensada

para ser usada en la cama y diversos artículos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó sorprendida.

—Órdenes del conde, milady.

Estupefacta, vio cómo los criados iban disponiéndolo todo, sin duda alguna siguiendo instrucciones de Samuel. Junto a ella, ubicaron la mesita y, sobre esta, los libros –cuatro en total–, un cuaderno y una caja rectangular. La mesita auxiliar fue dejada a los pies de la cama.

—Milady, si tiene usted deseo de escribir o usar la mesita, debe avisar a uno de los criados para que se la coloque, en ningún caso debe levantarse usted y tomarla por sí misma —le advirtió el mayordomo.

Adivinando las objeciones que su señora se disponía a esgrimir, el mayordomo continuó:

—Son órdenes del conde, milady.

Antes de que los criados salieran, entró el conde, que echó un rápido vistazo, sin duda alguna para comprobar que se habían seguido sus instrucciones al pie de la letra.

—Está bien, señor Davies, pueden retirarse.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella una vez que los criados se marcharon.

—He pensado que, ya que no podrás levantarte de la cama, te gustaría tener estas cosas para distraerte. —Como al descuido, señaló los libros—. Espero que sean de tu agrado.

Sin responder, Lynn tomó uno de los ejemplares, *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe, siguió ojeando y vio un recopilatorio de cuentos de Edgar Allan Poe, un libro de ilustraciones de animales del mundo y otro libro de viajes, con abundantes imágenes. Con curiosidad abrió la caja y encontró un plumín de plata y nácar, tan bonito que le quitó el aliento.

—¡Samuel! Es… todo es perfecto.

Con horror, se dio cuenta de que se le humedecían los ojos, absolutamente conmovida por la generosidad del conde. Escondió la cara entre las manos y comenzó a llorar, abrumada por las intensas emociones que la desgarraban: el amor hacia su esposo, el agradecimiento porque, a pesar de que su matrimonio era un gran teatro, él se mostrara tan solícito, el miedo por

el hijo que llevaba en sus entrañas…

—¡No llores, por favor! ¡Lynn, cálmate, no llores!

Al ver que sus palabras no hacían ningún efecto y que los sollozos de la joven eran cada vez más desgarradores, Samuel la encerró entre sus brazos a la vez que la mecía suavemente y murmuraba palabras de consuelo.

—¡Tranquila, cariño, todo está bien! No llores más, por favor, no puedo soportarlo…

Poco a poco la joven fue tranquilizándose, hasta que, por fin, se separó de él, se enjugó los ojos y la nariz con el pañuelo que Samuel le acaba de ofrecer.

—Discúlpame, por favor, no sé qué me ha pasado…

—No hay nada que disculpar.

Una vez roto el hechizo del extraño momento de intimidad que acababan de vivir, Samuel se puso de pie, carraspeando con incomodidad.

—Estás soportando mucha tensión, así que es normal que reacciones así, pero no debes preocuparte, ya he dado instrucciones para que no permanezcas nunca sola. Además, Margaret llegará mañana.

—¡No tenías que haberla molestado!

—Créeme, para ella no es molestia. —Hizo una divertida mueca—. Es más, estoy seguro de que, si no la hubiera invitado a venir, igualmente ella se habría presentado.

Lynn sonrió tenuemente, mientras Samuel la miraba, sintiendo un pellizco dulce y doloroso en el pecho.

—Bueno, me marcho para que descanses.

Lynn se limitó a asentir con la cabeza, pero no sentía ningún deseo de descansar, tampoco quería tener a su alrededor a alguna sirvienta o a lady Kindersley. Quería estar con Samuel, que él le agarrase la mano en los momentos de incertidumbre, que la tranquilizase cuando el miedo se apoderase de ella, que la encerrase entre sus brazos como había hecho unos instantes antes y le hiciese sentir que todo iba a salir bien. Pero no podía pedirle nada de eso, no era justo para él y sería demoledor para ella.

* * *

Diez días después, Lynn se puso de parto. Cuando se hizo evidente que las contracciones no iban a remitir, Samuel comenzó a dar gritos a todos los sirvientes para que trajeran al doctor Landford, a rastras si era necesario, seguro de que Lynn corría un peligro mortal por haberse puesto de parto cuatro días antes de lo recomendado por el doctor. Las horas que siguieron fueron las más largas y terribles de su vida.

Tras más de seis horas de parto, Lynn dio a luz a una hermosa niña. Cuando se la pusieron en los brazos y sintió el cálido cuerpecito de su pequeña apretarse contra su pecho, experimentó una oleada de amor tan intensa y pura que la dejó aturdida. Miró a la niña con detenimiento, desde la suave pelusilla rubia que le coronaba la bien formada cabeza hasta los pequeños deditos que se aferraban con fuerza a su dedo. Le pareció que era perfecta y quiso llorar al notar que quizá Samuel se sentiría decepcionado por no tener el heredero que esperaba. Patsy y Margaret, a su lado, cloqueaban como gallinas satisfechas, mientras el doctor terminaba de examinarla.

—Avisaré al conde antes de tener que atenderlo a él también.

Samuel esperaba en el salón con Ransom, que había acudido nada más conocer que la esposa de su amigo se había puesto de parto, seguro de que Samuel agradecería su presencia. Ahora se alegraba infinitamente de haber acudido. Samuel se había comportado como un demente, dando vueltas, tironeándose el pelo y gritando como un energúmeno cada vez que un sirviente irrumpía en la estancia, para preguntar si había novedades de la condesa.

Cuando el doctor Landford apareció en el salón, Samuel se levantó como impulsado por un resorte.

—¿Qué sucede, doctor?

—Es usted padre de una hermosa niña.

—¿Mi esposa está bien?

—Sí, ambas, madre e hija, se encuentran perfectamente. Puede usted subir a verlas.

Samuel subió los escalones de dos en dos mientras Ransom esbozaba una ancha sonrisa.

—Disculpe al conde, doctor, tiene una imaginación desbordante y durante todas estas horas ha ido hilvanando una desgracia tras otra…

—No se preocupe, es más común de lo que usted se imagina.

Una vez ante la puerta de la habitación de Lynn, Samuel dudó un poco, pero el deseo de comprobar que lo que había dicho el doctor era cierto y que Lynn y su hija estaban bien fue más fuerte que su aprensión y, sin dudar más, abrió la puerta. Al verlo, Margaret se echó en sus brazos, sonriendo alborozada.

—Enhorabuena, Samuel querido, tienes una hija preciosa. —A continuación, hizo un gesto a Patsy—. Dejémoslos a solas.

Cuando su hermana y la doncella salieron, Samuel se acercó a la cama. Lynn parecía muy pequeña, con el cabello suelto y un gesto de cansancio en el rostro. Al verlo junto a ella, tragó saliva y le mostró el bulto que apretaba celosamente sobre su pecho. Trató de ocultar el miedo que le producía ver la desilusión en los ojos de Samuel e imprimió a su voz un tono neutro:

—Es una niña.

Samuel pareció dudar, pero ella lo animó a que la tomara con un gesto; él tendió los brazos y, con reverente temor, tomó a su hija entre sus brazos. Cuando observó la pequeña carita que lo miraba fijamente, mientras hacía tiernos mohines con la boca, elevó una plegaria de agradecimiento a Dios por haber permitido que su hija viviese y sintió cómo esa pequeñez de ser humano lo llenaba de ternura y amor.

—He pensado llamarla Ann Margaret —comentó Lynn—, si a ti te parece bien.

—Me parece perfecto —respondió él, sin dejar de mirar a su pequeña hija.

Cuando por fin devolvió a la pequeña a su madre, murmuró:

—Quiero que sepas que, por mi parte, tú ya has cumplido tu parte del trato. No me debes nada. No voy a volver a… molestarte íntimamente.

Luego de estas palabras, salió de la estancia.

Renunciar definitivamente a Lynn había sido una decisión terriblemente dolorosa que había meditado con mucha calma, pero se dijo que al menos ahora tendría una hija a la que dar su amor, una hija por la que mantenerse fuerte y por la que seguir adelante.

La llegada de la pequeña Ann Margaret alteró poco la rutina que se había instalado en Tottenham Manor. Samuel visitaba cada mañana a su hija; se limitaba la mayor parte del tiempo a contemplarla embelesado. Ver a Lynn con la pequeña en brazos, acunándola o cantándole en voz baja le colmaba los sentidos y le llenaba el corazón de un amor tan intenso que a veces no le quedaba otro remedio que salir de la estancia para no sucumbir ante tanta dulzura. Lynn lo animaba a sostener a la pequeña y, aunque él adoraba tener abrazado ese pequeño y cálido cuerpecito y aspirar su dulce aroma, se sentía torpe y asustado.

Los esposos habían instaurado una relación cordial pero distante, tan solo se veían durante la cena y por las mañanas cuando el conde visitaba a su hija; la conversación era escasa o giraba solo en torno a la pequeña.

Lynn se sentía profundamente apenada por Samuel: había renunciado a tener un heredero, forzado sin duda por su negativa a tener relaciones y por la falta de afecto. Ella había ganado todo: libertad para escribir y publicar, una vida cómoda y confortable, el respaldo del título de su esposo y una hija maravillosa a la que adoraba. ¿Qué había conseguido él? Estar atado a una esposa con la que ni siquiera podría tener un heredero.

Le debía su futuro y le pagaría su generosidad aunque al hacerlo muriese por dentro.

* * *

Varias semanas después, ya totalmente recuperada, Lynn irrumpió en el despacho de Samuel, sabiendo que él estaría ahí. Desde el nacimiento de la pequeña Ann, él pasaba más tiempo en la casa. De hecho, desde que ella había tenido que guardar reposo, él apenas se había ausentado, y la solicitud y deferencia que les mostraba, a pesar de las circunstancias, hacía que ella lo amase aún más, si cabía.

Cuando Samuel le comunicó que no iba a exigir nada más a cambio del trato, Lynn había sentido como si le tirasen una jarra de agua helada por encima. De nada le servía decirse a sí misma que eso era lo que ella había querido. El hecho de que Samuel renunciara a tener un heredero legítimo le hizo suponer que el antiguo deseo que antes sentía por ella había desaparecido. Solo Ann Margaret los unía.

Samuel alzó la vista, sorprendido de verla allí a aquella hora. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para ocultar el anhelo que

experimentaba siempre que la veía. La añoraba más de lo que podía expresar con palabras, pero sabía que no tenía ningún derecho a pedirle nada.

—Samuel, hay algo que debo decirte.

—¿Le sucede algo a la pequeña Ann?

—No, no, tranquilo; ella está bien.

—¿De qué se trata entonces?

Él soltó la lupa que había estado usando para estudiar un enorme listado de lo que parecían apuntes contables y, señalando la silla frente a él, se dispuso a prestarle toda su atención. Lynn apretó las manos sobre el regazo y comenzó a hablar:

—He decidido que no quiero vivir más en esta casa. He pensado que tanto Ann como yo podríamos trasladarnos a Dorset…

Por un instante Samuel pensó que no había oído bien, pero Lynn continuó:

—Allí estaremos bien. El aire del campo seguro que es bueno para la niña y… bueno, allí tendré mucha tranquilidad para continuar escribiendo. Por supuesto, tú vendrás a visi…

—¡¿Cómo puedes ser tan cruel?! —la interrumpió—. ¿Tanto te repugna mi presencia?

Lynn lo miraba sorprendida por el exabrupto inesperado de su esposo.

—¿Por qué dices algo así?

—¡Pretendes separarme de mi hija!

—¡Por supuesto que no! Tú podrás visitarla siempre que quieras…

—¿Te estás oyendo? Iría a visitarla, como un pariente lejano, pero yo quiero poder mirarla todos los días, ver cada nuevo gesto, cada cambio en su rostro, sus primeros logros… ¿De verdad quieres despojarme de todo eso? —Profundamente alterado, añadió—: Nunca voy a dejar que me quites a mi hija. Si quieres irte, vete tú sola.

—¿De veras crees que podría irme sin Ann Margaret?

—Pues entonces no tienes más remedio que aguantarme, por mucho que me desprecies.

Lynn no entendía nada; había creído que Samuel, en vista de que ya no quería reanudar su vida marital, se alegraría de tener vía libre para estar con su amante. Ella se sabía incapaz de ser testigo mudo de algo así y por eso había pensado que, retirándose a Elm Cottage, favorecía a todos. No había contado con el inmenso cariño que Samuel sentía por su hija. Pero había algo más que escapaba a su comprensión…

—¿Por qué dices que te desprecio?

—Oh, vamos, ¿acaso no resulta obvio?

—Samuel, yo no te desprecio.

—¿Ah, no? ¿Por eso me expulsaste de tu cama y pretendes ahora expulsarme también de la vida de mi hija? —Samuel se había levantado y daba vueltas como un león enjaulado—. Sé que nunca debí aceptar ese trato, sé que me aproveché de ti, pero puedes estar tranquila; estoy pagando caro mi error.

—Nunca te aprovechaste de mí, Samuel. Yo quería realmente este matrimonio.

—¡Porque no tenías otra opción!

—Sí, claro que tenía otra opción, pero era inaceptable para mí.

—Y yo me aproveché de eso; te deseaba, pensaba en ti noche y día, quería tenerte en mi cama y por eso accedí, llevado por la lujuria.

—Cada uno tuvo sus razones.

—En el fondo yo sabía que estaba mal, debí negarme, pero fui egoísta.

Lynn sonrió con tristeza, por fin entendía algo de lo que Samuel decía.

—Estoy de acuerdo contigo, estuvo mal, por eso intento repararlo ahora. Tú ya no me deseas y yo no quiero ser un impedimento para que sigas con tu vida.

—¿De qué estás hablando?

—Te estoy diciendo que, aunque tú me hayas liberado de mi parte del trato, yo seguiré cumpliendo la mía. Quiero que te sientas libre, que puedas visitar a tu amante como lo hacías antes, que…

—¿Mi amante? ¿Te refieres a Emily?

Ella asintió.

—Lynn, no he estado con Emily desde que me casé contigo.

—Eso no es cierto. Vi la carta que le escribiste.

—En esa carta le decía que lo nuestro se había acabado.

Por un momento Lynn dudó de lo que Samuel le decía, pero la lógica se impuso. ¿Qué motivo podría tener él para engañarla en ese asunto?

—No entiendo, ¿por qué hiciste algo así? ¿Acaso hay otra?

—Sí, Lynn, eso es, hay otra. Una mujer a la que amo con todo mi ser, una mujer que me ha hecho más feliz de lo que nunca antes había sido, una mujer hermosa, testaruda e inteligente que me ha robado toda la tranquilidad de la que gozaba, que me hace sufrir como nadie, pero sin la que no podría vivir. —Ignoró las lágrimas de Lynn—. ¿De verdad no sabes quién es esa mujer?

—Sí, lo sé. —Las lágrimas resbalaban ya sin control por sus mejillas, lágrimas de dolor y compasión—. Sé que sigues amando a la señora Kindelan.

—¿A Emma? —La sorpresa dibujó una cómica expresión en el rostro de Samuel—. ¿De dónde sacas eso?

—Vi cómo la mirabas en el funeral de su padre.

—Lynn, quise mucho a Emma, es cierto, pero hace ya años que dejé de amarla. Ella fue mi primer amor, intenso pero efímero.

—Oh, Samuel, no juegues conmigo.

Él se acercó y la tomó de los antebrazos, obligándola a mirarlo.

—¿Es posible que no sepas quién es la mujer a la que amo? —Ella negaba, confundida, emocionalmente agotada—. Eres tú, Lynn, tú eres la única mujer a la que quiero, la única que realmente me ha robado el corazón.

—Samuel, ¿estás hablando en serio?

—Nunca he dicho algo más en serio que esto.

—¿Cómo es posible?

Un sentimiento de inmensa felicidad se iba abriendo paso entre las brumas de la desesperación que aún la cubrían, temerosa de creer que algo tan

maravilloso pudiese ser cierto.

—No podía ser de otra manera, Lynn. Desde la primera vez que te vi, llamaste poderosamente mi atención; luego, conforme te iba conociendo, caí irremediablemente a tus pies y me cuesta imaginar que no te dieras cuenta.

—Samuel, yo creí que tú nunca podrías sentir algo así por mí. Al principio, pensé que podía soportarlo, pero cada vez se fue haciendo más difícil para mí aceptar que tú no me amabas como yo te amo a ti.

—¡¡Pero, Lynn, yo sí te amo!!

Ella sonrió.

—Eso parece. Lo cual demuestra que no soy tan inteligente como creías.

Él la estrechó entre sus brazos.

—Hemos sido dos tontos, Lynn —murmuró.

—Sí, así es y creo que deberíamos hacer un trato…

—¡No, por Dios, no más tratos entre nosotros! —exclamó él con fingido horror.

—A partir de ahora, pondremos toda nuestra voluntad en recuperar el tiempo que hemos perdido.

Samuel fingió sopesar sus palabras.

—Sí, ese trato estoy dispuesto a cumplirlo.

Bajó la cabeza y se apoderó de sus labios para sellar con un apasionado beso el comienzo de la que sería una larga y feliz vida en común.

EPÍLOGO

"… inseguro y temeroso, el hombre se despojó lentamente de la máscara, esa máscara que durante años había ocultado sus inseguridades y le había servido de parapeto contra todos aquellos que él creía que podrían hacerle daño. La había usado para ocultarse, como excusa para vengarse de los que le habían hecho aquello, pero ya estaba cansado de luchar, quería rendirse, rendirse a la esperanza, jugar su última carta.

Cuando su rostro quedó expuesto, tragó saliva, pero ella pareció hacer caso omiso de la cuenca vacía de su ojo derecho. Tomó su mano y se limitó a susurrar:

—Volvamos a casa.

Y él la siguió, gozoso, mientras dejaba en el suelo, abandonada sin merecer siquiera una última mirada, la máscara que durante tanto tiempo había sido su prisión". (Lynn Ross)

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)